

HACIA UNA ETNOGRAFÍA DEL PELIGRO

**Violencias cotidianas vividas por personas LGBT en espacios públicos de Chapinero y
Tunjuelito (Bogotá)**

Presentado por

Laura Ximena Pabón Buitrago

Tesis para optar al título de Antropóloga

Directores

Dr. Jose Gregorio Hernández Pulgarín

Dra. Alba Elena Ávila González

Universidad de Caldas

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

2021

ES MOMENTO DE AGRADECER

Ninguna línea de este trabajo habría sido escrita sin la compañía de cada persona que, de una forma u otra, me abrió las puertas de su cotidianidad, su intimidad, sus afectos y su historia. Sería un enorme desacierto limitar mi gratitud a una serie de nombres propios, ya que, a pesar de la incansable presencia y lucha de diversos movimientos sociales en la ciudad, no puedo negar la relevancia de cada testimonio anónimo, ni de las vivencias compartidas con personas LGBT que han preferido mantenerse alejados de actividades colectivas.

Por ello, prefiero agradecer a los momentos, a los gestos, a cada hogar donde recibí un café, una comida, un trago; a cada caminata y recorrido, a cada invitación a participar en actividades en espacios públicos. Quiero dar gracias a todos, todas y todes quienes narraron sus vivencias, me incluyeron en sus actividades cotidianas e incluso dedicaron su tiempo a leer este trabajo y expresar sus comentarios de toda índole, pues de principio a fin fue conocimiento construido en conjunto.

También quiero agradecer a mis tutores, el doctor Gregorio Hernández Pulgarín y la doctora Alba Elena Ávila, quienes pese a la distancia, estuvieron atentos a mis inquietudes y apoyaron mi trabajo con paciencia y dedicación.

Agradezco a mi Giuseppe, por darme la mano mientras enfrentaba los problemas que fueron afectando este proceso.

Finalmente dedico este escrito a mi madre y a mi Tita, por y para quienes soy. Anhelo que me acompañen toda la vida y un día más.

RESUMEN

Esta investigación busca generar reflexiones en torno a las violencias vividas cotidianamente por personas LGBT, cuyas formas de performar el género retan a la heteronorma, sea en términos de identidad, orientación sexual, corporalidad; lo cual ha resultado en actos de discriminación, sanciones sociales o abierto ostracismo, especialmente por parte de quienes, aparentemente, se rigen por el binarismo heterosexual.

Pese a ser hechos que ocurren en múltiples esferas, en este caso se sitúan en unos de los principales lugares de socialización, los espacios públicos; específicamente calles, parques, centros comerciales de dos localidades de la ciudad de Bogotá con características físicas y socioeconómicas disímiles: Chapinero y Tunjuelito. Lejos de ser terrenos inertes, los espacios públicos resultan lugares con significados y normas donde el encuentro con el otro es prácticamente inminente. De ahí la importancia de observarlo e incluirlo a la hora de analizar hechos problemáticos como la violencia motivada por las expresiones diversas de género.

Las experiencias violentas antiguas y recientes de la comunidad, sus consecuencias, los movimientos sociales surgidos para combatirlas, la dualidad apoyo/represión por parte del Estado frente al tema, los avances y desaciertos de cada acción y los espacios donde ello ha tenido lugar son abordadas en las siguientes páginas.

ÍNDICE GENERAL

RESUMEN.....	3
INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO 1: EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	10
1.1 Unidades de estudio y metodología.....	11
1.2 Referentes teóricos	19
CAPÍTULO 2: HISTORIA DE LA VIOLENCIA Y EL MOVIMIENTO LGBT EN BOGOTÁ	26
2.1 Activismo LGBT en Bogotá.....	28
2.2 Intervención Estatal: trabajo conjunto en pro de la igualdad.....	31
2.3 Aún no es suficiente: casos recientes registrados en Bogotá.....	33
CAPÍTULO 3: VIOLENCIAS COTIDIANAS VIVIDAS POR SUJETOS CON PERFORMANCE DE GÉNERO NO NORMATIVO EN ESPACIOS PÚBLICOS DE CHAPINERO Y TUNJUELITO	38
3.1. Características generales de las localidades.....	38
3.2. Espacios locales de participación LGBT	44
3.3 Violencias cotidianas vividas en cada localidad	54
3.3.1 Historias de violencia en Chapinero	54
3.3.2 Historias de violencia en Tunjuelito	67
3.3.3. Violencia policial	82
CAPÍTULO 4. LA IMPORTANCIA DE ACCIONES EN CONTRA DE LAS VIOLENCIAS	86
4.1 Movimientos sociales como contrapoder	87
4.2 Política Pública Lgbti de Bogotá.....	92
4.3 Falencias en su aplicación.....	95

REFLEXIONES FINALES102
BIBLIOGRAFÍA:111

ÍNDICE DE IMÁGENES

Imagen 1: Mapa de Bogotá y sus localidades	12
Imagen 2: Pancarta ubicada en el Estadio El Campín como parte de la campaña realizada por la Alcaldía en 2006. Fotografía publicada por Elizabeth Castillo (2018).	30
Imagen 3: Mapa de Tunjuelito y sus barrios	39
Imagen 4: Mapa de Chapinero y sus barrios	42
Imagen 5: Marcha del Orgullo, 2018.....	45
Imagen 6: Marcha del Orgullo, 2019	46
Imagen 7: Marcha del Orgullo, 2018.....	47
Imagen 8: Kermesse LGBT en San Carlos	50
Imagen 9: Instalación en el Parque de Los Hobbies.....	61
Imagen 10: Lugares de topofobias en Chapinero	103
Imagen 11: Lugares de topofobias en Tunjuelito	104

INTRODUCCIÓN

Recuerdo la primera vez que estuve inmersa en una situación de discriminación en la calle. Fue a mis quince años; caminaba con una amiga por El Carmen, un barrio del sur de Bogotá, quien era reconocida gracias a su look tomboy¹ y su orientación homosexual. Ese día no fue la excepción, nos detuvimos en una esquina, empezamos a darnos la mano, a abrazarnos. Nos expresamos afecto, algo plenamente normal, pero no todos lo vieron así. Un hombre se aproximó, empezó a insultarla, diciéndole “arepera”, “marimacha cochina” y continuó su camino. Sigo recordando la respuesta de mi amiga: “ah, se me olvidaba cómo es por acá, la próxima nos quedamos en la casa o nos vamos a Chapi,² acá a mí siempre me joden mucho”.

Varias preguntas surgieron a la vez ¿Por qué si estábamos haciendo lo mismo, la agresión la recibió ella y no yo? ¿Sólo por su apariencia “masculinizada”? ¿Por qué ella se limitó a agachar la cabeza? ¿Acaso sentía miedo a recibir una agresión mayor? ¿Por qué vio como única solución encerrarse o alejarse de su barrio para ir justo a “Chapi”?

Tal recuerdo dejó de ser un pensamiento recurrente rápidamente. Fueron necesarios años de cursos universitarios para traerlo a colación y entender la gravedad del asunto. Poco a poco regresó mi interés en el tema. Empecé a revisar novelas, textos académicos, archivos, sucesos nacionales e internacionales, a charlar con amigos de orientaciones sexuales e identidades diversas. Entre más consultaba más segura estaba de algo, aquel suceso no era una simple anécdota, era un hecho recurrente.

Así surgió el presente trabajo de grado. De antemano, quisiera aclarar que mi intención aquí no es dar una explicación unívoca del fenómeno de las múltiples violencias vividas por personas cuyas expresiones de género u orientación sexual resulten *diferentes* a las de la mayoría. Por el contrario, mi finalidad es compartir información obtenida de diversas fuentes; dar voz -aunque

¹Originalmente, el término era utilizado en países angloparlantes para denominar a hombres “rudos”. En la actualidad, se ha acogido el término en países hispanos, resignificándolo para denominar a “mujeres poco femeninas”, cuya vestimenta, peinado, y en ocasiones tono de voz procuran asemejar lo masculino. No debe confundirse con “chico trans”, en tanto las tomboy se identifican como mujeres que desafían los roles de género, mientras un chico trans se identifica como hombre, a pesar de haber nacido con genitales femeninos.

²Diminutivo del barrio Chapinero Central, ubicado en el nororiente de Bogotá.

en algunos casos prefieran el anonimato- a los afectados por esta problemática en Bogotá; exponer reflexiones personales al respecto, dando paso a nuevas investigaciones, sumando herramientas a la elaboración de futuros aportes académicos y estrategias comunitarias, con las cuales puedan ser contrarrestados los efectos de la violencia en las calles de la ciudad.

La recopilación de datos en campo, se efectuó entre febrero de 2018 y octubre de 2019³, principalmente con activistas LGBT y funcionarios públicos de la ciudad, específicamente de Chapinero, la localidad que en el imaginario de muchos es sinónimo de libertad y diversidad sexual, y Tunjuelito, una localidad principalmente residencial, considerada por algunos como un sector inseguro, ultra conservador, donde tuvo lugar la historia inicial. Estas percepciones fueron rebatidas poco a poco.

Los contenidos de la investigación serán presentados de la siguiente manera: En el primer capítulo, describo el problema de investigación abordado, los lugares de estudio, la metodología empleada, los referentes teóricos que orientaron el trabajo durante todas sus etapas. El segundo apartado, es un recuento histórico de las violencias vividas por las personas LGBT en Bogotá, los casos registrados en prensa en los últimos años, sin dejar de lado el panorama nacional bajo el cual han ocurrido situaciones violentas. Así mismo, expongo cómo el movimiento LGBT surgió en respuesta a las múltiples expresiones de discriminación por homo/lesbo/transfobia y algunos de sus logros en los últimos años. Tras contextualizar la investigación, paso al capítulo tres, en donde narro la información recopilada en campo. Allí describo las localidades (aspectos demográficos, geográficos y socioeconómicos); luego, los espacios de participación en cada una. A continuación, están los relatos etnográficos, donde se describen las situaciones violentas narradas por integrantes de la comunidad, los espacios y momentos donde tuvieron lugar.

El movimiento LGBT y las redes de afecto surgidas en él han sido cruciales en la transformación física y social de espacios históricamente temidos. Ello nos lleva al siguiente capítulo, dedicado al análisis de las organizaciones sociales, sus repercusiones en instituciones estatales presentes en las localidades estudiadas, el trabajo colectivo que llevó a la actual Política Pública LGBTI de Bogotá, sus logros y falencias.

³ Si bien, el trabajo de campo fue desempeñado en este periodo, regresé a los barrios en algunas ocasiones entre octubre del 2019 y marzo de 2020, tras sistematizar y analizar la información obtenida, principalmente para recibir la opinión de las personas con quienes compartí durante la investigación, sobre algunas de mis dudas, reflexiones y productos como mapas, los cuales expongo más adelante.

A modo de cierre se encuentran las reflexiones sobre las formas de violencia dadas en espacios públicos de ambas localidades, y digo reflexiones en lugar de conclusiones al ser un tema dinámico, el cuál espero que sea re-pensado por otros colegas, en otros contextos, con nuevas preguntas, opiniones e hipótesis.

CAPÍTULO 1: EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Bogotá es un punto de afluencia de población proveniente tanto del territorio nacional como de otros países, de diferentes etnias, variadas ocupaciones y con orientaciones sexuales diversas. La heterogeneidad propia de los contextos urbanos conlleva la coexistencia de múltiples normas sociales. No obstante, al centrarnos en aquellas relacionadas con la sexualidad, continúa imperando el modelo heteronormativo, es decir, “una heterosexualidad obligatoria y naturalizada que reglamenta al género como una relación binaria directamente relacionada con el sexo biológico, en la que el término masculino se distingue del femenino” (Butler, 2007:81). De este modo, sujetos no heterosexuales, intersexuales y quienes no performen su género de acuerdo a la asignación social, como transexuales, transgénero o travestis se consideran trasgresores.

Un ejemplo importante de sujetos no heteronormativos es la población LGBT (Lesbianas, gays, bisexuales, trans), con quienes llevé a cabo mi trabajo de campo. Históricamente han sido castigados mediante discriminación, agresiones verbales, físicas, psicológicas. Colombia no ha sido la excepción; no son pocas las manifestaciones de odio hacia el performance no normativo de algunos sujetos. Una clara muestra de ello fueron los asesinatos ocurridos durante 2016 de 108 personas LGBT, evidencia de cómo la violencia contra esta población es impulsada por el deseo de castigar a quienes desafían las normas de género (Comisión Interamericana de Derechos Humanos y Organización de Estados Americanos, 2015:38). En promedio más del 80% de las personas pertenecientes a los sectores LGBT en la ciudad se sienten inseguras en sitios públicos. Más del 73% de los grupos sienten que existe una alta probabilidad de ser víctimas de agresiones en las calles por ser una persona LGBT.⁴

Para esta población, en la esfera pública, a diferencia de la esfera privada donde “conocemos el lugar en el que estamos, lo habitamos de acuerdo a nuestra forma subjetiva de representarlo” (Aguirre, 2010:11), la incertidumbre al caminar genera miedo e inseguridad, producto de los posibles castigos ante su desacato a la heteronorma. Informes distritales, nacionales, prensa y conversaciones cotidianas dan cuenta de actos violentos, evidenciando una clara problemática

⁴Tomado de *Bogotá: Ciudad de estadísticas, Boletín No. 25. Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en cifras*, Secretaría de Planeación, Alcaldía Mayor de Bogotá, en <http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/InformacionTomaDecisiones/Estadisticas/Bogot%E1%20Ciudad%20de%20Estad%EDstic%2011/DICE108-CartillaEstadisticasLGBT-2011.pdf>

social. Sin embargo, dichas situaciones han sido reducidas a un conjunto de cifras, estadísticas de los hechos más relevantes como asesinatos y abusos sexuales, donde se pierden las particularidades de cada caso.⁵ Asimismo, se han omitido dos factores cruciales: el día a día, las violencias ocurridas mientras se transita, naturalizadas por sus víctimas y el contexto donde se presentan: las calles de la ciudad, específicamente Bogotá, una metrópoli con tantas similitudes como diferencias entre sus espacios.⁶

Tener en cuenta las particularidades de los casos, sus posibles causas, contextos sociales, espaciales e históricos con el fin de comprender estas situaciones, hacen que este problema social pase a ser un problema antropológico. Además, la investigación estuvo enfocada en hechos ocurridos en un contexto urbano, pero ¿es la ciudad simplemente un escenario? Evidentemente no y de ser así ¿por qué las agresiones, los insultos y los delitos tienen lugar en algunos espacios y en otros no? Considero que el espacio público no es un ente netamente físico, sino un espacio social, construido y modificado por los sujetos que lo habitan, lo transitan, es resultado y creador de identidades, normas, conflictos, soluciones. De este modo, mi problema de investigación pasó a ser objeto de la antropología urbana.

1.1 Unidades de estudio y metodología

Los espacios públicos son lugares de socialización y (re)producción de imaginarios sociales. Considerar que un sujeto no normativo será violentado sin importar dónde se encuentra es una postura reduccionista, en tanto factores como la ubicación, las condiciones físicas del lugar, las actividades socioeconómicas desarrolladas ahí son importantes a la hora de pensar cómo se relacionan los múltiples espacios públicos con la ocurrencia de actos violentos.

Corroborar lo antes dicho e identificar e incluso comprender las formas de violencia ocurridas en diversos espacios requirió aplicar la propuesta metodológica de George Marcus, la etnografía multilocal (2001). Esta clase de investigación define para sí un objeto de estudio que no puede

⁵La Secretaría Distrital de Planeación, la organización Colombia Diversa y Caribe Afirmativo, han publicado informes donde muestran cifras relacionadas con calidad de vida de personas LGBT de Bogotá y Colombia, incluyendo ingresos, asesinatos por homofobia y transfobia, seguridad, acceso a salud, trabajo, educación.

⁶ Esto no supone una negación de violencias en contextos privados. Únicamente, limita este trabajo específico a hechos dados en espacios públicos.

ser abordado etnográficamente si permanece centrado en una sola locación intensamente investigada. Supone que el objeto de estudio es la formación cultural producida en diferentes localidades, por ende, abordarlo implica “conjuntar múltiples sitios en el mismo contexto de estudio y postular su relación con base en una investigación etnográfica directa en ellos” (Marcus, 2001:114).



Imagen 1: Mapa de Bogotá y sus localidades⁷

Teniendo en cuenta el gran tamaño de la ciudad, las limitaciones metodológicas, temporales y espaciales que impedían efectuar una investigación en toda el área y el importante aporte de la etnografía multilocal, elegí dos unidades de estudio, es decir “el ámbito espacial donde se lleva a cabo el trabajo de campo” (Guber, 2004:60). En primer lugar, tenemos Chapinero, una de las localidades con mayor cantidad de lugares de entretenimiento e interés cultural en la ciudad. Algunos de sus barrios pertenecen al área rural de Bogotá, otros son estratos 1 y 2, pero la mayoría se encuentran clasificados en estratos 4 a 6, evidenciando el alto nivel económico de sus

⁷Tomado de *Localidades de Bogotá*, 2020. Recuperado de <https://tierracolombiana.org/localidades-de-bogota/>

residentes.⁸ Son varias las razones para tomar esta localidad como un punto de referencia crucial en materia de investigación sobre temas LGBT en Bogotá.

Los ciudadanos suelen denominarla “Chapigay” gracias “al número de establecimientos de socialización homosexual, como residencias, cafés, y bares. Históricamente, Chapinero ha sido la localidad de homosocialización por excelencia. Estas dinámicas están ligadas a acciones políticas, relevantes como la instalación en esta localidad del Centro Comunitario LGBT, el primero en América Latina” (Delfín, 2014:71), lo cual fue un precedente primordial a pesar de estar ubicado actualmente en las localidades Santa fe y Teusaquillo. En junio de 2006, el Alcalde Mayor Luis Eduardo Garzón, declaró parte de la localidad como la *zona gay de Bogotá* pese al desacuerdo de muchos, dando un paso importante en la integración de esta población.⁹ El barrio Chapinero Central se caracteriza por abarcar la mayoría de establecimientos *gay friendly*.

A ellos se suman otros espacios de entretenimiento ubicados al norte de la localidad, como el centro comercial Atlantis Plaza, el Parque de la 93, la Zona T, el Parque el Virrey, la Plaza Lourdes, que afirman no tolerar ningún tipo de discriminación, sean o no establecimientos netamente LGBT, en tanto la mayoría de edificios allí pertenecen a centros de negocios, oficinas, agencias de publicidad y hoteles.

A pesar de problemáticas dadas en espacios públicos -asaltos, explotación sexual, abuso policial y discriminación en áreas rurales de la localidad¹⁰-, en el imaginario colectivo, Chapinero se considera un espacio seguro. En comparación con otras localidades, allí son menos frecuentes las agresiones en las calles hacia otros sujetos no heteronormados. Empero, que los hechos ocurran en mayor o menor medida, no los hace menos significativos o peligrosos para la ciudadanía, todo

⁸ La estratificación socioeconómica en Colombia es una clasificación en estratos de los inmuebles residenciales que deben recibir servicios públicos. Se realiza principalmente para cobrar de manera diferencial por estratos los servicios públicos domiciliarios permitiendo asignar subsidios y cobrar contribuciones en esta área. De esta manera, quienes tienen más capacidad económica pagan más por los servicios públicos y contribuyen para que los estratos bajos puedan pagar sus facturas. Esta medida se instauró en la Ley 142 de 1994. Tomado de *Estratificación Socioeconómica para servicios públicos* recuperado en <https://www.dane.gov.co/index.php/servicios-al-ciudadano/servicios-informacion/estratificacion-socioeconomica#generalidades>

⁹ Tomado de Historia y Patrimonio de la Localidad, Alcaldía Local de Chapinero, en <http://www.chapinero.gov.co/mi-localidad/conociendo-mi-localidad/historia>

¹⁰ Para profundizar ver *Ejercicio de derechos de personas de los sectores sociales LGBTI en el Distrito Capital. Lectura de realidades*, elaborado por la Subdirección para asuntos LGBT de la Secretaría Distrital de Integración Social, en http://old.integracionsocial.gov.co/anexos/documentos/2015_centro_documentacion/10152015_LECTURAS_DE_REALIDAD_ES.pdf

lo contrario, en tanto la importancia de esta localidad para la comunidad LGBT de la capital colombiana, hace de ella un entorno importante en este estudio.

La segunda localidad elegida es Tunjuelito. Su elección implicó un proceso un poco más largo de revisión de archivo y prospección en campo. Inicialmente me acerqué a la Mesa LGBT de Bogotá, organización conformada por colectivos sociales y comunidad en general, quienes actúan en defensa de la visibilización y protección de derechos de lesbianas, gays, bisexuales y trans. En sus reuniones conocí a integrantes de la Mesa LGBT del Sur, organización creada en el 2008 con el fin de visibilizar las problemáticas del sur de la ciudad, darle voz a quienes, por diversos motivos, no pueden acceder a espacios como Chapinero, e identificar problemáticas específicas en la zona.

Las reuniones de la Mesa LGBT resultaron clave, ya que delegados de la Mesa del Sur solían expresar su inconformidad por las pocas acciones realizadas, tanto por la Alcaldía como por la comunidad, en esta parte de la ciudad. Un fuerte ejemplo de ello tuvo lugar en la reunión del 17 de mayo del 2018, en la cual se discutieron temas relacionados con la logística de la Marcha LGBT de Bogotá. Uno de los representantes de la Mesa del Sur expresó:

“Muchachos, ustedes no más piensan en las carrozas, en las organizaciones que van a ir, toca poner el foco en la comunidad más vulnerable. Nadie ha dicho que las chicas trans del sur están amenazadas, tienen miedo de ir a la marcha porque les puede pasar algo. Las cosas más feas pasan por allá y la gente ni se entera” (Comunicación personal, 2018).

Este y otros comentarios similares demarcaron un primer límite: la segunda localidad a elegir debía pertenecer al sur de la ciudad, debido a la necesidad de identificar las problemáticas que llevaron a los activistas del sur a crear un espacio independiente, contrastar realidades geográfica y socialmente diferentes.

Al revisar el boletín número 88 de Bogotá Ciudad de Estadísticas, publicado por la Alcaldía Mayor de Bogotá en 2014, tuve como primer referente la identificación de las localidades del sur que se encontraban entre las nueve más inseguras de la ciudad para la comunidad LGBT (Ciudad Bolívar, Kennedy, San Cristóbal, Tunjuelito). Luego, haciendo una prospección más detallada, encontré que en las tres primeras localidades cuentan con múltiples espacios de participación e integración de la comunidad.

En Ciudad Bolívar se encuentran la Mesa Local LGBT, los colectivos sociales Madonna y Sus Divas, La Casa de Raúl, Divas y Diosas, Las Zanahorias. En Kennedy cuentan con la Mesa Local, los colectivos Café y Géneros, Prisma del Lago, Nuestro Estilo LGBTI y la Fundación Diferencia. Adicionalmente cuenta con tres bares dirigidos a población homosexual. La localidad San Cristóbal, alberga a su respectiva Mesa Local, los colectivos Útero Goloso, Herederos LGBT, Archipiélago Diverso. Si bien, cada organización procede con mecanismos distintos, todas resultan espacios de visibilización e integración de personas no heteronormadas. En cambio, Tunjuelito sólo cuenta con la Mesa Local LGBT, integrada por cuatro participantes activos de la comunidad en general, más dos delegados de instituciones distritales. De entrada, podía asumirse como la localidad con menor intervención social y estatal en materia de derechos LGBT del sur de la ciudad.

Es una localidad pequeña, principalmente residencial, con pocos sectores netamente comerciales. Hasta el momento ahí no existe ningún establecimiento LGBT o con sello de Tolerancia Cero Con Cualquier Forma de Discriminación.¹¹ Según el boletín anteriormente mencionado, se encuentra entre las nueve localidades más inseguras en términos de seguridad personal (protección personal frente a la amenaza de violencia física, acciones delictivas o cualquier otra que amenace la integridad personal) y comunitaria (protección frente a amenazas asociadas con la intolerancia e irrespeto frente a las diferencias sociales, es decir, todas aquellas que vulneren el libre desarrollo de la identidad). Las principales muestras de inseguridad se dan en espacios públicos, siendo los atracos, homicidios y desapariciones las más recurrentes.

En la actualidad, no es usual presenciar actos de violencia física dirigidos a parejas del mismo sexo, no porque haya mayor respeto a la diferencia, sino porque estas parejas evitan darse muestras de afecto en zonas públicas, por miedo a la agresión. “Las situaciones que más afectan a las personas de los sectores LGBTI en Tunjuelito son: situaciones de violencia física, verbal y psicológica (burlas, risas, palabras ofensivas, golpes) en espacios públicos; barreras de acceso a la denuncia, acompañamiento, investigación y resolución de hechos y situaciones de vulneración de derechos por parte de las instituciones locales encargadas de la administración de justicia;

¹¹ Múltiples establecimientos de la ciudad, ubicados principalmente en las *zonas rosas* de Chapinero, Usaqué y Teusaquillo, tienen en su entrada o muros letreros con la frase “En este establecimiento tenemos cero tolerancia con cualquier forma de discriminación”. No es una estrategia consolidada de forma legal. Principalmente es una estrategia de marketing, que a la vez ha logrado integrar a sujetos diversos en tales lugares, permitiéndoles sentirse seguros mientras departen.

maltrato y abuso por parte de las autoridades policiales, particularmente al CAI Tunal; situaciones de discriminación en edificios públicos como el Parque Metropolitano Tunal y el Centro Comercial Ciudad Tunal” (Secretaría de Integración Social, 2015:78). A lo anterior se suma la experiencia personal, narrada al inicio de este escrito, la cual tuvo lugar en esta localidad. El conjunto de aspectos mencionados conllevó la elección de Tunjuelito como segundo lugar de estudio. De este modo delimité mis lugares de investigación a dos localidades de Bogotá, ambas disímiles geográfica, económica y socialmente.

Desde el principio, tuve claro que el método privilegiado sería el etnográfico, al ser el método que “busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros, entendidos como “actores”, “agentes” o “sujetos sociales [...] las etnografías no sólo reportan el objeto empírico de investigación -un pueblo, una cultura, una sociedad— sino que constituyen la interpretación/descripción sobre lo que el investigador vio y escuchó” (Guber, 2001:12). La etnografía permite al investigador una inmersión en el campo, una interacción con los sujetos a investigar, un acercamiento al día a día del grupo social, ineludible si se pretende conocer la cotidianidad de los sujetos.

Al principio, tuve la intención de llevar a cabo el trabajo etnográfico con personas a quienes conociera en espacios públicos de ambas localidades, procurando encuentros cotidianos. No tardé mucho en experimentar las limitaciones de esto. No es un secreto que el arribo de una desconocida a entablar una conversación genera desconfianza, sobretodo en contextos urbanos caracterizados por altos índices de delincuencia. A ello se suma la prisa constante de los sujetos en las calles. Transitan velozmente por cuestiones de tiempo y/o seguridad. Quienes se detienen en algún punto, suelen tener un propósito: esperan a alguien más o buscan un momento de tranquilidad. Ese mecanismo de aproximación era inapropiado, sobre todo cuando el trasfondo era ahondar en un tema sensible como las violencias.

Tales falencias metodológicas me llevaron a centrar mi trabajo en las organizaciones sociales, crear vínculos con líderes y participantes activos de eventos –locales y distritales- de integración para la comunidad LGBT. También me aproximé a funcionarios públicos, específicamente a los referentes LGBT de la Secretaría de Integración Social, encargados de identificar y buscar solución a las diversas problemáticas de la comunidad.

Ellos se convirtieron en los informantes clave en mi investigación, ya que cuentan con información de primera y segunda mano sobre todas las violencias vividas en aquellos espacios. Son personas no heteronormativas que en su mayoría han afrontado alguna experiencia de discriminación, pero adicionalmente su liderazgo o su representación institucional, les ha permitido conocer múltiples historias de vida, abusos, agresiones, de personas quienes por seguridad se mantienen en el anonimato, fingiendo roles de género con los cuales no se sienten identificados e incluso heterosexualidad a pesar de tener orientaciones sexuales diversas. Las experiencias narradas por informantes clave abarcan múltiples temporalidades. De ahí la importancia de aclarar que mi énfasis estuvo en las violencias ocurridas desde el año 2008 en adelante, al ser un punto de inflexión importante gracias a la implementación de la Política Pública LGBTI¹² de Bogotá, con énfasis en el 2018, al ser el año durante el cual realicé la mayor parte del trabajo de campo.

A lo largo de la investigación fueron combinadas técnicas de investigación. La fase de prospección estuvo marcada por el uso de observación flotante, técnica “propuesta por Colette Pétonnet que consiste en mantenerse vacante y disponible, sin fijar la atención en un objeto preciso sino dejándola “flotar” para que las informaciones penetren sin filtro, sin aprioris, hasta que hagan su aparición puntos de referencia, convergencias, disyunciones significativas, elocuencias..., de las que el análisis antropológico pueda proceder luego a descubrir leyes subyacentes” (Delgado, 1999:49-50). Así mismo, la apliqué en la fase final del trabajo de campo, cuando visité la gran mayoría de los sitios categorizados como “espacios violentos” por los informantes clave. “Flotar” en las calles, me permitió identificar distintas formas de violencia (o ausencia de las mismas), así como caracterizar los espacios, sus particularidades físicas, socioeconómicas.

Otra de las técnicas más importantes fueron las entrevistas semi estructuradas. En ellas identifiqué las principales formas de violencia vividas por personas con performance de género no normativo en cada localidad, factores relacionados con el aumento y reducción de actos violentos en espacios públicos, espacios de miedo e historias de agresiones ocurridas en ellos.

¹² La “I” hace referencia a las personas intersexuales. En la investigación no usé esta sigla, primero porque la intersexualidad es una condición biológica y no una identidad de género u orientación sexual; segundo, debido a que no es algo que conlleve un performance de género no normativo, en tanto no es usual poder identificar a simple vista a una persona intersexual y finalmente, ya que no llegué a conocer a nadie que afirmara tener tal condición.

La observación participante también tuvo un papel clave, “consiste en dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno del investigador, y participar en una o varias actividades de la población” (Guber 2001: 57). Esta me facilitó conocer de primera mano algunas formas de violencia –producto de sanciones sociales- vividas en espacios públicos y establecer vínculos de confianza para conocer historias de acontecimientos aun no denunciados. Lo anterior estuvo acompañado por la revisión de informes ya mencionados, prensa (los periódicos ADN, EL Tiempo, El Espectador y la Revista Semana) de los últimos cinco años, en busca de reportes sobre actos violentos, política pública o movimientos LGBT en Bogotá.

La etnografía audiovisual brindó herramientas valiosas durante la recolección de datos, en especial con base en los aportes de Raúl Beceyro desde la fotografía. Para él “el fotógrafo toma un hecho real, elige el encuadre, los elementos capturados, los que permanecen fuera de campo, el ángulo de la cámara [...] crean contextos porque no es la fotografía la que habla, es el contexto” (2003). Esta fue empleada en eventos como conmemoraciones de días importantes para la comunidad LGBT, donde la información era tan amplia que algunos detalles se escapaban al ojo, pero las imágenes permitían capturar mensajes, características espaciales, vestimentas que pude observar detenidamente después. Aquí se volvió relevante la forma en que los sujetos deseaban ser representados. En ocasiones se presentaban discusiones durante los eventos, por temas logísticos, reconocimientos, cronograma, que mermaban cuando aparecía el lente. Empezaban a posar, sonreír, abrazarse, dejando en el registro imágenes alegres. Todo debido a que la comunidad deseaba transmitir eso, ser recordada por su unión, su fuerza, sus colores, no por sus disputas.

Finalmente, realicé mapas de cada localidad donde se plasmaron las topofobias de los sujetos de investigación, es decir “la relación incómoda que establece un sujeto con su espacio debido a un estado de disonancia o incongruencia. Se diferencian grados de topofobias, desde la sensación de incomodidad leve hasta el rechazo profundo por el lugar o incluso el miedo pánico que le impide al sujeto estar en cierto lugar” (Lindón & Hiernaux, 2006:358), de acuerdo al grado de peligrosidad de cada espacio.

Recordemos que mi investigación resultó una etnografía multilocal. Esa no representa una nueva forma de efectuar el método comparativo, pero tampoco lo excluye “En proyectos de investigación basados en la etnografía multilocal se desarrolla de facto la dimensión comparativa

como una función del descubrimiento fracturado y discontinuo entre localidades, mientras se mapea el objeto de estudio y requiere plantear lógicas de relaciones, traducciones y asociación entre estos sitios” (Marcus, 2001:115). Debido al método empleado las conexiones establecidas durante el análisis de información se basan en datos netamente cualitativos. Si bien los informes revisados permitieron obtener un panorama general de la problemática, en el trabajo de campo evidenció que el porcentaje de casos denunciados y registrados en tales informes es mínimo comparado con las situaciones de múltiples violencias vividas diariamente por la población LGBT.

Por ende, la etnografía multilocal implicó hallar puntos que permitieron establecer un diálogo para comprender el fenómeno de las violencias en espacios públicos; las formas en que se ejerce la violencia (verbal y física), el estrato socioeconómico, las principales actividades de los habitantes de cada localidad, las política pública de Bogotá, la intervención (o no) de agentes privados (colectivos sociales, redes de comerciantes) en actividades en pro de derechos igualitarios, son algunos de los aspectos que permitieron reflexionar sobre el problema investigado. Sin esto, el presente trabajo habría resultado la descripción de dos estudios de caso aislados, en lugar de una reflexión sobre una problemática social que continúa afectando a sujetos no normativos de ambos lugares.

1.2 Referentes teóricos

La investigación inicialmente tuvo tres conceptos principales que rigieron la óptica desde la cual se desarrollaría el problema de estudio, el trabajo de campo y el análisis de información: *performance de género no normativo*, *violencia cotidiana* y *espacios públicos*. A continuación, explicaré los referentes desde los cuales tomé cada concepto, la forma en la cual se relacionan e integraré otras categorías importantes.

El primer concepto es el *performance de género no normativo*. Fue construido a partir de las nociones de *performance de género*, propuesta por la filósofa Judith Butler (2002; 2006; 2007), y las sanciones sociales basadas en los roles de género, expuestas por Butler y Alexis Gros (2016). Para comprender esta construcción teórica es crucial iniciar explicando la noción de *heteronormatividad*.

En la mayor parte de sociedades occidentales el tema de la sexualidad humana es regido por la heteronormatividad. A su vez, esta reposa en el género, es decir, la “construcción simbólica e imaginaria sobre los atributos asignados a las personas a partir de la interpretación cultural de su sexo: distinciones biológicas, físicas, económicas, sociales, psicológicas, eróticas, afectivas, políticas y culturales impuestas [...] se constituye entonces en un orden de poder” (Hernández, 2006). Para el régimen heteronormativo, el género es de carácter binario, siendo lo masculino y lo femenino sus dos polos

La heteronormatividad hace parte de los sistemas de normas sociales, las cuales son la “medida y forma de producir un estándar común [...] el género es una norma reguladora. En cierto sentido, la regulación implícita del género tiene lugar a través de la regulación explícita de la sexualidad.” (Butler, 2006:80). Las normas establecidas para limitar el género al binarismo masculino/femenino y controlar la sexualidad, protegen “el privilegio heterosexual, naturalizándolo y afirmándolo como lo original” (Butler, 2002:185).

Los sujetos incorporan y reiteran el modelo heteronormativo mediante la performatividad, entendida como

“la repetición obligatoria de normas que configuran al individuo, son reglas mediante las cuales nos concretamos. La performatividad debe entenderse, no como un "acto" singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra. [...] las normas reguladoras del "sexo" obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual. En este sentido, lo que constituye el carácter fijo del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, será plenamente material, pero la materialidad deberá reconcebirse como el efecto del poder, como el efecto más productivo del poder” (Butler, 2002:18).

Hablar de performatividad del género implica que el género es una actuación reiterada y obligatoria. Las normas de género se concretan en la performatividad mediante actos, efectuados por cada sujeto de forma subjetiva, aunque mediada socialmente. Butler denomina estos actos “performance o actuaciones de género [...] que la realidad de género sea performativa significa que es real sólo en la medida en que es actuada” (2007:309).

Establecer un conjunto de normas y roles correspondientes a los dos géneros socialmente aceptados no garantiza un performance acorde con ellos por parte de todos los integrantes de un

grupo social. A pesar de los diversos mecanismos para transmitir y proteger la heteronormatividad, son numerosos los casos donde el performance seguido por algún sujeto no corresponde con el asignado a su sexo, “la materialización de las normas requiere que se den esos procesos identificatorios, a través de las cuales alguien asume tales normas o se apropia de ellas y estas identificaciones preceden y permiten la formación de un sujeto, pero éste no las realiza en el sentido estricto de la palabra” (Butler, 2002:39).

En otras palabras, no todos los sujetos se identifican con la norma ni la performan al pie de la letra. La construcción de nuevas identidades lleva a la aparición de performances distintos a los esperados socialmente, las cuales quebrantan las actuaciones consideradas correctas. Es importante denotar el carácter corpóreo de la performatividad de género, “no trata sólo de los actos del habla. Esencialmente, trata sobre los actos corporales” (Butler, 2006:282). El género no viene dado, “es algo que todos debemos "practicar" en nuestra actividad cotidiana. La experiencia de los transexuales -aquellos que se someten a un tratamiento médico para cambiar sus atributos sexuales físicos- pone de manifiesto hasta qué punto es difícil pasar de un género a otro” (Giddens, 2000:74). No podemos olvidar que la corporalidad incluye el cuerpo del sujeto, sus gestos, movimientos e indumentaria (ropa, accesorios, modificaciones, maquillaje si se presenta).

Con base en los postulados de Judith Butler, fue establecido el concepto de *performance de género no normativo*, entendido como aquellas actuaciones de género, tanto corporales como verbales, que trasgreden la heteronormatividad. Dicha trasgresión puede realizarse mediante el quiebre de roles (hombres femeninos, mujeres masculinas, personas no binarias o queer) o a través del deseo no heterosexual (homosexuales, bisexuales, pansexuales y asexuales). “El género está hecho para cumplir con un modelo de verdad y falsedad que sirve a una política social de regulación y control. Actuar mal el propio género inicia un conjunto de castigos a la vez obvios e indirectos, y representarlo bien otorga la confirmación de que a fin de cuentas hay un esencialismo en la identidad de género [...] la verdad o la falsedad del género son sólo socialmente forzadas” (Butler, 1998).

Las personas LGBT (Lesbianas, gays, bisexuales, trans) son las principales trasgresoras del género normal o “correcto”, en tanto su orientación sexual, su corporalidad e inclusive su identidad de género traspasan la norma heterosexual.

En términos analíticos, es valioso el aporte de la antropóloga estadounidense Gayle Rubin, quien en su texto *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad* (1989), expone cómo las sociedades occidentales establecen privilegios y castigos basados en actos sexuales, mediante lo que ella denomina un sistema jerárquico de valor sexual:

“En la cima de la pirámide erótica están solamente los heterosexuales reproductores casados. Justo debajo están los heterosexuales monógamos no casados y agrupados en parejas, seguidos de la mayor parte de los demás heterosexuales. El sexo solitario flota ambiguamente. El poderoso estigma que pesaba sobre la masturbación en el siglo XIX aún permanece en formas modificadas más débiles, tales como la idea de que la masturbación es una especie de sustituto inferior de los encuentros en pareja. Las parejas estables de lesbianas y gays están en el borde de la respetabilidad, pero los homosexuales y lesbianas promiscuos revolotean justo por encima de los grupos situados en el fondo mismo de la pirámide. Las castas sexuales más despreciadas incluyen normalmente a los transexuales, travestís, fetichistas, trabajadores del sexo, tales como los prostitutas, las prostitutas y quienes trabajan como modelos en la pornografía [...] El sexo malo es el homosexual, promiscuo, no procreador, comercial o el situado fuera del matrimonio” (Rubin, 1989:18-21).

Siguiendo la pirámide erótica propuesta por Rubin, se explica que personas LGBT suelen sufrir algún tipo de castigo. Aquellas sanciones pueden traducirse en actos de violencia verbal, psicológica, o en los casos más graves en agresiones físicas. Al hablar de violencia, entonces:

“se hace referencia a algo o alguien que está fuera de su estado natural, que obra con ímpetu o fuerza, y que se dirige a un objetivo con la intención de forzarlo. Puede ser física y verbal, puede emplear la amenaza, la persecución o la intimidación como formas de ejercicio del poder, y se va imponiendo como forma para resolver los conflictos o reclamar los derechos ciudadanos” (Salas-Menotti, 2008:332).

Las psicólogas Mariela González y Norma Delucca, proponen una característica de la violencia fundamental para el levantamiento y análisis de información:

“pensándolo como un fenómeno propiamente humano, la violencia supone un accionar que intenta someter al otro por el uso de la fuerza. La violencia apunta a anular la singularidad del otro, sus límites y autonomía. En el espacio intersubjetivo, la violencia supone el despojo del carácter de ajenidad del otro, intentando tornarlo similar o idéntico al Yo” (González y Delucca, 2011:169).

Esto se evidencia en la violencia perpetuada por sujetos heteronormativos a sujetos trasgresores, al incumplir la norma sexual y/o de género socialmente establecida. Es preciso mencionar que, siguiendo los postulados de Carles Feixa y Francisco Ferrándiz “no toda violencia implica el uso

de la fuerza, hay otras formas de agresividad no física (verbal, simbólica, moral) que pueden hacer más daño [...] la violencia no se limita al uso de la fuerza sino se ubica en la posibilidad o amenaza de usarla” (2014:160-161). Ligando lo anterior con el performance, tenemos que “los actos de género son vigilados y regulados por un severo aparato coercitivo que castiga a quienes performan su género de manera incorrecta. Aquellos que no cumplen con el papel que les ha sido asignado por la heteronormatividad sufren una sanción social que puede ir desde el desprecio y el ostracismo hasta la abierta violencia física” (Gros, 2016:254).

La investigación se centró en la violencia cotidiana, definida por Philippe Bourgois como “las prácticas diarias y expresiones de violencia a nivel micro-interaccional: interpersonal, doméstico y delincuencia [..] es una experiencia vivida individualmente, que normaliza las pequeñas brutalidades y el terror a nivel comunitario y crea un ethos de violencia” (2001:8). Cabe mencionar que la violencia cotidiana puede ir desde violencia verbal o discriminación hasta abiertas agresiones físicas e inclusive asesinatos, siendo que los diversos contextos llevan a las víctimas a naturalizar estos hechos al ser recurrentes, pese a su gravedad.

Es primordial aclarar que el carácter micro-interaccional de la violencia cotidiana al cual hace alusión Bourgois fue motivado por el trabajo de Nancy Sheper-Hughes sobre violencia y vida cotidiana en Brasil (1993) y por sus propias investigaciones en el Harlem de Nueva York y en El Salvador, tras los cuales asumió las micro-interacciones como actos rutinizados, de ocurrencia diaria, de carácter fugaz, corto, pero cuyos significados se instauran en el grupo, sea este una comunidad barrial, étnica, entre otros. De ahí que estas micro-interacciones sean el reflejo de aspectos culturales importantes como las normas sociales y significados colectivos (Bourgois, 2001; 2002).

Las micro-interacciones (re)producen el imaginario social, adicionalmente lo conservan y protegen. Estas se presentan en diversos contextos, sean privados, como el hogar o el lugar de trabajo de cada sujeto, o en espacios públicos, donde cualquiera transita siendo observado todo el tiempo. “Cuando los cuerpos se reúnen en la calle u otro espacio público, ejercen un derecho a aparecer que es de carácter plural y performativo, en tanto colocan al cuerpo en el centro del espacio político, y con ello su condición vulnerable” (Navarro, 2016:159).

Recordemos que la investigación se enfocó en sucesos de violencia cotidiana dados en espacios públicos, los cuales “en términos físico-espaciales, son todo elemento urbano no edificado que

no tiene dueño, o mejor, sobre el que no se puede ejercer el derecho de propiedad. Por consiguiente, este espacio le pertenece a la ciudad en sí misma, a todos los ciudadanos y comúnmente son las autoridades de gobierno quienes deben garantizar la existencia de los mismos y claro está, su buen funcionamiento” (Aguirre, 2010:14).

No obstante, aunque los espacios públicos suelen diseñarse para cumplir cierto tipo de funciones, son las personas las que a través del uso rutinario construyen su significado (Páramo, 2007). La importancia de los espacios públicos radica en la socialización que allí se genera; tal como postula

Gaspar Mairal

“situados en el espacio, los seres humanos lo primero que podemos hacer es «ver» y también lo primero que nos sucede es que otros «nos ven». Cuando esta mirada, la de los otros, empieza a resultar impactante para nosotros, el espacio comienza a ser público. A partir de ahí nuestro comportamiento empezará a estar influido e incluso configurado por esta propiedad, la de ser público” (Mairal, 2000:184).

Los espacios públicos son “espacios que han sido pensados para que sean accesibles para todos; lugares de encuentro e interacción social donde todas las personas, sin importar su condición social, puedan encontrarse” (Páramo & Burbano, 2014:8). A las propuestas de Páramo, Burbano y Mairal, se suman los importantes aportes teóricos de Henry Lefebvre, quien encuentra en la *calle* el espacio público por excelencia:

“La calle no se trata únicamente de un lugar de paso y de circulación. ¿Qué es la calle? Es el lugar (topo) del encuentro, sin el cual no caben otros posibles encuentros en lugares asignados a tal fin (cafés, teatros y salas diversas). Estos lugares privilegiados o bien animan la calle y utilizan asimismo la animación de ésta, o bien no existen. En la escena espontánea de la calle yo soy a la vez espectáculo y espectador, y a veces, también, actor. Es en la calle donde tiene lugar el movimiento, de catálisis, sin los que no se da vida humana, sino separación y segregación, estipuladas e inmóviles” (Lefebvre, 1972:14).

En la investigación, la calle fue el espacio público privilegiado, empero, han sido abordados otros espacios públicos (parques) y público-privados (centros comerciales).

Lo anterior, lleva a que en mi investigación el espacio público no sea un simple escenario o lugar de la acción, sino un foco de atención. La estética del espacio, su infraestructura, las actividades socioeconómicas o políticas llevadas a cabo en él, son producto de la sociedad que lo habita, pero además influyen en ella. Lo público alberga un conjunto de prácticas, normas, relaciones

desiguales. Si bien son contingentes, al ser ocupado por sujetos distintos, también siguen pautas de comportamiento, producen expectativas, estigmatizaciones sobre ellos.

El espacio público es un lugar de encuentro, “está lejos de ser neutro; por el contrario, es el entorno donde se escenifican múltiples exclusiones” (Zúñiga, 2014:78), dichas exclusiones pueden ser causadas por factores como el género, la clase social, la etnia y el incumplimiento de las normas, al alterar el orden social protegido por ellas. “Una de las acciones sobre el espacio público, que manifiesta emociones urbanas profundas de relacionamiento social con él, son las expresiones de poder sobre el mismo. Se plantea el espacio público, sobre todo la calle, como el lugar de la manifestación de relaciones sociales y de expresiones de poder en la ciudad. Los espacios públicos son múltiplemente ocupados y esto genera conflicto porque cada grupo social se adjudica el derecho a ocuparlo, a ejercer un poder sobre él, con lo que se presenta un cuestionamiento a su carácter de libre accesibilidad” (Barrientos, Benavides & Serrano, 2015:101).

Si pensamos las desigualdades sociales y espaciales en relación con el género, “implica no solo cómo se entiende y se da un lugar en el mundo a las personas según sean mujeres u hombres, sino también qué pasa con quienes de alguna manera se salen de los márgenes admitidos en las sociedades para la variabilidad de posiciones sexo-genéricas y cómo se organiza la vida social a partir de estas construcciones culturales: qué valores, estereotipos, deseos, expectativas, prohibiciones, relaciones, instituciones y poderes circulan sobre la base del género” (Soto, 2016: 228).

Estas consideraciones teóricas, fueron fundamentales desde la construcción del problema de investigación, hasta el análisis de información y las reflexiones finales, en tanto nos aproximan a cómo el performance de género, las normas heterosexuales, son la base de múltiples sanciones y violencias situadas en espacios públicos, los cuales reúnen una serie de características físicas, sociales y económicas que lo hacen un agente activo en la aparición de estas violencias, en vez de un escenario inerte.

CAPÍTULO 2: HISTORIA DE LA VIOLENCIA Y EL MOVIMIENTO LGBT EN BOGOTÁ

Centrarme en violencias cotidianas ocurridas recientemente no excluye la importancia de conocer el panorama general e histórico que llevó al fortalecimiento del movimiento LGBT en Colombia y de estrategias sociopolíticas para combatir los crímenes motivados por la discriminación.

Históricamente la represión a personas homosexuales, bisexuales, transexuales ha sido brutal, al considerar sus expresiones corporales y orientaciones sexuales “transgresoras del género frente a su concepción hegemónica, por cuanto desafiaba la pretensión de naturalidad y originalidad de la heterosexualidad” (Butler, 2002). Hasta 1980, los actos homoeróticos voluntarios eran considerados delito en Colombia (Cotrina, 2017). Si bien en ese año fueron despenalizados, continúan considerándose moralmente incorrectos e inaceptables.

En ese entonces la comunidad gay se encontraba en la clandestinidad. “Aunque la resistencia a la heterosexualidad obligatoria ha existido en todos la épocas y culturas, hasta las tres últimas décadas no se han desarrollado en todo el mundo movimientos sociales en defensa de los derechos de los gays y las lesbianas y afirmando la libertad sexual, que comenzaron en los Estados Unidos en 1969-1970, luego en Europa y posteriormente en gran parte del planeta” (Castells, 2001:230). En Colombia algunos movimientos sociales en defensa de derechos LGBT salieron a la luz, mientras otros empezaron a organizarse cuando la homosexualidad dejó de ser un crimen. Un hito en este contexto fue la primera marcha gay en el país, llevada a cabo en Bogotá, en 1982. Sus líderes fueron León Zuleta, Manuel Velandia y alrededor de treinta homosexuales más (Conversación personal, integrante del Colectivo León Zuleta, 2016). A partir de ese momento, Bogotá fue la cuna de importantes organizaciones homosexuales y colectivos trans.

Durante la década de los ochenta, se gestaron movimientos *underground*, que se reunían en discotecas, bares, restaurantes principalmente de Chapinero con el fin de promover espacios de esparcimiento, donde cada asistente pudiese demostrar sus deseos erótico-afectivos, sus expresiones de género con total libertad. Algunas formas de resistencia fueron crear redes de afecto, visibilizarse poco a poco en espacios predominantemente heterosexuales y apoyar el crecimiento de establecimientos de homosocialización.

Paralelamente, continuaban los crímenes de odio en el país. Uno de los golpes más fuertes fue el asesinato de León Zuleta, reconocido por ser uno de los “padres del movimiento LGBT en Colombia”. Después de años de amenazas por su orientación sexual y su activismo, fue hallado muerto el 23 de agosto de 1993, en su apartamento de Medellín. El cuerpo presentaba varias heridas de arma blanca. Las autoridades se escudaron en la crisis de violencia que vivía la ciudad en esos momentos y todavía se desconocen los responsables.¹³ El asesinato de Zuleta no solo fue doloroso por la pérdida de uno de los principales líderes a nivel nacional. Él representó la forma de morir de múltiples ciudadanos a lo largo del siglo XX: asesinatos basados en el odio, sin investigaciones ni culpables convertidos en un número más de las enormes cifras de violencia a nivel nacional. Afortunadamente, el movimiento no se debilitó, por el contrario, se alimentaba su sed de cambio, justicia y su necesidad de unión.

Son mínimos los registros escritos de sucesos violentos vividos por personas LGBT en Colombia durante el siglo XX, ya que la mayoría de pertenecientes a esta comunidad se encontraban en la clandestinidad, el Estado no les prestaba ningún tipo de seguridad, por el contrario, la violencia policial sigue siendo una constante. En el 2015, Colombia Diversa publicó el informe *Cuerpos excluidos, rostros de la impunidad*. Este es una de las publicaciones con mayor análisis y descripciones de violencia policial perpetuada hacia personas LGBT en el país. Ya he mencionado que esta es una de las formas de violencia más recurrentes incluso en la actualidad, no obstante, es efectuada por una institución de poder, la cual representa al Estado. De ahí que sea la más comentada por las personas con quienes efectué mi investigación y a la vez sea de las menos registradas en publicaciones en prensa o informes elaborados por la Alcaldía de Bogotá.

“Durante el 2015 se registraron 61 hechos de violencia policial hacia personas LGBT en Colombia. Sin embargo, el número de víctimas es mayor, ya que la información disponible indica que en 21 de los hechos fueron afectadas dos o más personas. En este sentido, por lo menos 91 personas LGBT resultaron afectadas en los hechos de violencia policial registrados en 2015. De ellas, 57 eran personas trans, 15 eran hombres gay, 6 eran mujeres lesbianas y 13 eran personas LGBT de las cuales no pudimos obtener información sobre su orientación sexual o identidad de género específica. Según el tipo de violación principal, clasificamos los hechos de violencia policial registrados en 2015 como 39 casos de lesiones personales, 10 de aplicación selectiva de la ley y de procedimientos policivos, 5

¹³ Tomado de *A 25 años del asesinato de León Zuleta, precursor del movimiento LGBT en Colombia*, realizado por Caribe Afirmativo, 2018. Recuperado de <http://caribeafirmativo.lgbt/2018/08/22/25-anos-del-homicidio-leon-zuleta-precursor-del-movimiento-lgbt-colombia/>

amenazas, 3 detenciones arbitrarias, 1 presunta ejecución extrajudicial, 1 tentativa de homicidio, 1 agresión verbal y 1 hecho que no pudimos clasificar ya que la Policía sólo reportó una investigación disciplinaria, pero no reportó información sobre las circunstancias de tiempo, modo o lugar. En este sentido, la mayor parte de los hechos de violencia policial se trató de agresiones físicas que afectaron la vida e integridad de las víctimas. Sin embargo, así como un hecho de violencia policial puede afectar a más de una persona a la vez, también suele involucrar distintas formas de violencia” (Colombia Diversa, 2015:70-71).

Lo anterior brinda un pequeño panorama de la situación, dejando por fuera casos sin denunciar, y sobre todo un registro de la situación en años anteriores. Sumado a esto, se tienen a las víctimas LGBT del conflicto armado, pero no me detendré en este punto ya que es un problema amplio que responde a otras dinámicas, el cual desviaría la atención de mi investigación.¹⁴

2.1 Activismo LGBT en Bogotá

En los noventa, se consolidaron colectivos con nombres, objetivos y metodologías de trabajo claramente definidos. En 1995 nació el Grupo de Apoyo y Estudio de la Diversidad de la Sexualidad de la Universidad Nacional-GAEDS UN, primero en combinar activismo e investigaciones con enfoque de género en el país. Ese mismo año inició el Proyecto Agenda, liderado por el activista gay Germán Rincón. Su objetivo era reunir información sobre las acciones realizadas en todo el país en relación con los derechos igualitarios, fortaleciendo la red de movimientos sociales. En 1996 surgió el primer grupo de lesbianas en el país: Triángulo Negro, al cual podían pertenecer mujeres homosexuales de cualquier edad, lugar de origen, etnia u ocupación.¹⁵ Indudablemente, fueron dos décadas de suma importancia, al sentar las bases para acciones posteriores.

La llegada del nuevo milenio se caracterizó por la consolidación de políticas públicas, organizaciones sociales, creación de establecimientos de entretenimiento dirigidos a clientes homosexuales, bisexuales o transgénero. La primera acción relevante fue el proyecto Planeta Paz,

¹⁴ Si desea profundizar en el tema, recomiendo el informe *Aniquilar la diferencia: Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en el marco del conflicto armado colombiano* publicado en 2015 por el Centro Nacional de Memoria Histórica. Puede encontrar el informe en <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2015/aniquilar-la-diferencia/aniquilar-la-diferencia.pdf>

¹⁵Esta información es producto de conversaciones en campo con activistas LGBT de GAEDS, el Colectivo León Zuleta y la Mesa LGBT de Bogotá.

desarrollado entre los años 2001 y 2006. Tuvo origen en el marco de las fallidas negociaciones de paz adelantadas por el gobierno de Andrés Pastrana, con el apoyo del Gobierno Noruego. Su misión era contribuir al fortalecimiento de las capacidades de las y los líderes y organizaciones de los sectores sociales populares para que participen e incidan de manera visible y articulada las propuestas de reivindicación de sus intereses y derechos en la construcción de la paz.¹⁶

La combinación de iniciativas mencionadas, llevó a que entre los años 2004 y 2008 se hicieran grandes logros. En este periodo fue creada la organización defensora de derechos LGBT más importante (hasta el momento) a nivel nacional, Colombia Diversa. Desde su creación presta asesoría jurídica, psicológica, guía para rutas de atención en salud, atención a violencias, e investiga permanentemente problemáticas relacionadas con esta población, publicando informes anuales con cifras sobre crímenes por homofobia, acceso a salud, educación, trabajo y vivienda. Así mismo, a nivel distrital fue creada la Mesa LGBT de Bogotá, la cual:

“Es una coalición de organizaciones, activistas independientes, que constituye un espacio de articulación y trabajo de grupos LGBT en Bogotá. Desde su nacimiento hasta el presente sus objetivos han sido la transformación de imaginarios sociales, políticos y culturales que generen exclusión hacia las personas lesbianas, gays, bisexuales y trans o con identidades de género u orientaciones sexuales diferentes de la heterosexual, articular las organizaciones de base LGBT de Bogotá y promover el desarrollo de prácticas culturales y artísticas que permitan transformar las ideas sobre la población L, G, B y T para la promoción de sus derechos y el reconocimiento de una ciudadanía plena para todos y todas, incluyendo la lucha contra la violencia, discriminación y desigualdad de la que son objeto a causa de su preferencia sexual, construcción o identidad de género”.¹⁷

La Mesa de Bogotá resultó un espacio de encuentro para múltiples organizaciones sociales, o comunidad en general, donde compartían el deseo de combatir la discriminación y la desigualdad. En ese mismo lapso, Luis Eduardo Garzón fue elegido alcalde de Bogotá. En época electoral fue el único candidato quien buscó establecer alianzas con organizaciones sociales LGBT, prometiendo apoyar iniciativas contra violencias hacia sujetos homosexuales o trans. Un año

¹⁶Tomado de Proyecto Planeta Paz-Colombia, realizado por Olga Beatriz Gutiérrez, 2003. Recuperado de <http://www.comminit.com/la/node/34115>

¹⁷ Tomado de la página en Facebook Mesa LGBT de Bogotá, <https://www.facebook.com/mesaLGBT/>

después de ser elegido, líderes de la Mesa y otros colectivos sociales exigieron el cumplimiento de lo pactado. La Alcaldía Mayor nombró delegados en dos áreas específicas: Secretaría de Gobierno para atender la grave situación de violaciones de derechos humanos a la población LGBT de la ciudad –siendo un tema muy relevante la violencia policial contra las personas trans- y la Secretaría de Salud. Se empezaron a perfilar apoyos a actividades puntuales realizadas por la Mesa LGBT de Bogotá como la Marcha de la Ciudadanía Plena y la Gala de la No Homofobia. Una de las apuestas de la administración de Garzón fue hacer una campaña de comunicaciones en toda la ciudad para dar a conocer el tema LGBT y así involucrar a la ciudadanía en ese proceso novedoso de visibilidad (Castillo, 2018). Murales, carteles en edificios de Gobierno, avisos en los paraderos de buses, fueron algunos de los instrumentos empleados en la campaña.



Imagen 2: Pancarta ubicada en el Estadio El Campín como parte de la campaña realizada por la Alcaldía en 2006. Fotografía publicada por Elizabeth Castillo (2018).

A su vez, la ciudadanía continuaba liderando actos de visibilización y protesta contra las violencias producto de la homofobia y/o transfobia, tales como *La homofobia no es cristiana*, llevado a cabo en la Catedral Primada de Bogotá; quienes se sumaron a tal iniciativa usaron camiseras con dicha frase, en oposición a la falta de apoyo a la adopción igualitaria y el matrimonio entre parejas del mismo sexo por parte de la iglesia católica, además del uso de la

Biblia y los mandatos allí consignados sobre la familia tradicional, empleados para justificar el odio a parejas o sujetos no heteronormados. La visibilización permitió una mayor cohesión, atrayendo a nuevos rostros a sumarse a las actividades adelantadas. El sector Chapinero Central continuaba siendo epicentro de establecimientos de homosocialización. A su vez, en otras localidades, universidades e institutos iniciaron colectivos de investigación, estudio, activismo o grupos de apoyo LGBT.

2.2 Intervención Estatal: trabajo conjunto en pro de la igualdad

Los esfuerzos, aunque resultaron de inmenso valor, se quedaban cortos frente a los crímenes de odio, las agresiones u otras situaciones de abuso. Sólo entre los años 2000 y 2005 hubo más de 60 casos de homicidios contra hombres gay en Bogotá, frente a los cuales no ha habido una acción suficiente ni de investigación ni sanción por parte de las autoridades (Colombia Diversa, 2005). No existen cifras claras sobre asesinatos de personas trans o mujeres lesbianas en el mismo lapso. Otras formas de violencia –acoso, insultos, golpizas, abusos sexuales- ni siquiera eran tenidas en cuenta a falta de denuncias correspondientes.

Los pocos casos denunciados se hundieron en la impunidad, al ser tratados como crímenes pasionales u homicidios por hurto, omitiendo el trasfondo homofóbico o transfóbico. El experto forense Andrés Rodríguez, aseguraba que “es claro que hay un móvil de hurto, pero también es claro que hay otras cosas netamente homofóbicas y es el exceso de lesiones, porque yo puedo robar a alguien y darle un tiro, pero ¿Para qué lo amarro, para qué le produzco tanto dolor? ¿Cuál es el objetivo o por qué razón hay evidencia de actividad sexual? ¿Por qué los cuerpos están desnudos, por qué hay semen? Va más allá, tiene características perversas”.¹⁸ Sin duda, hay grandes fallas en el sistema de justicia. No obstante, el objetivo central no era investigar mejor los crímenes, sino evitarlos. En este contexto nacieron los dos aportes más importantes (hasta el momento) del trabajo conjunto Estado-Ciudadanía: el Centro Comunitario LGBT y su marco de creación, la Política Pública LGBTI de Bogotá.

¹⁸ Tomado de *Derechos humanos de lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en Colombia*, informe realizado por Colombia Diversa, 2005. Recuperado de <https://colombiadiversa.org/colombiadiversa2016/wp-content/uploads/2016/12/colombia-diversa-informe-dh-2005.pdf>

El Centro Comunitario fue fundado en 2006, en Chapinero, gracias a los recursos de la Alcaldía Local, los procesos de Planeta Paz, el trabajo voluntario de la comunidad y las donaciones de los propietarios de establecimientos gay friendly de la localidad. No sólo se eligió este punto por los recursos de su Alcaldía, también por ser un punto central donde confluye la mayor parte de población homosexual, bisexual y trans de la ciudad. Su creación es histórica, al ser el primer Centro Comunitario de esta índole en Latinoamérica. Allí se prestaba apoyo legal, psicológico y de salud:

“no solamente para gente LGBT, sino también para sus familiares, a través del esquema de grupos de apoyo y del apoyo terapéutico [...] el objetivo era claro: ofrecer servicios para ayudar a disminuir los índices de discriminación y violencia y construir un modelo que luego sirviera como propuesta interesante [...] La idea era mostrar a las diferentes instancias de la alcaldía la enorme necesidad de servicios que tenían las personas homosexuales, bisexuales y trans que vivían en Bogotá, para que el asunto se asumiera como un ejercicio desde el Estado y no como un proyecto de carácter temporal” (Castillo, 2018:129-130).

Iniciar fue complejo, pues algunos vecinos del sector se opusieron y la ciudadanía temía entrar al desconocer cuál era la finalidad del centro; otros conocían la misión del lugar, pero temían ser vistos ingresando porque aún no habían “salido del closet”. Empero, estas dificultades fueron superadas con el tiempo, llevando a la consolidación del Centro Comunitario como un lugar seguro. Muchos llegaban con miedo tras alguna amenaza o tras el rechazo de su familia y amigos, pero la metodología de trabajo les permitió crear redes de afecto e iniciar procesos jurídicos. Más que brindar asesorías, era un espacio para compartir y *poder ser lo que son libremente* (integrante del colectivo León Zuleta, comunicación personal, 2018). El Centro Comunitario pasó a ser dos Centros de Atención Integral a Diversidad Sexual y de Géneros (CAIDS-G), ubicados en los barrios Teusaquillo y Santa Fe, por razones logísticas y la necesidad de prestar atención especializada en dos contextos con problemáticas disímiles. Pese a ello, el primer Centro Comunitario siempre será un hito en los procesos apoyados por el Gobierno en temas Lgbt.

Otro logro de suma importancia fue la creación de la Política Pública LGBTI. Asesinatos, agresiones en el espacio público, abuso policial, segregación en el espacio urbano, llevaron a que la Mesa Distrital, la Secretaría de Gobierno, la Secretaría de Planeación, y otros líderes sociales

establecieran los lineamientos de la política para la garantía plena de los derechos de las personas diversas.¹⁹ Su justificación fue establecer lineamientos institucionales que dieran respuesta a violencias vividas en todos los ámbitos de vida de la comunidad.

Algunos de los puntos más importantes en esta política son la prohibición de cualquier forma de abuso de policial, bastante recurrente en procedimientos, principalmente con mujeres trans; el establecimiento de rutas de atención en salud, apoyo económico, seguridad y educación; la gestión de eventos, capacitaciones, expresiones artísticas u otras estrategias de visibilización de la comunidad LGBT. Profundizaré en su contenido, estrategias de implementación, alcances y limitaciones más adelante.

El apoyo estatal ha sido de suma importancia, empero, prácticamente ninguna acción ha sido producto de iniciativas gubernamentales. La organización, la movilización e insistencia ciudadana gestaron cada proyecto. Es común encontrar posters en las calles, carteles, cartillas, donde el principal crédito es otorgado a la gestión de la Alcaldía. Pese a esto, no debemos olvidar quienes son los mayores responsables de las diferentes organizaciones, la visibilización de la comunidad, la política pública y los centros de atención ciudadana: los líderes sociales. Ellos han dedicado su vida, e incluso algunos la han perdido por defender derechos colectivos.²⁰

2.3 Aún no es suficiente: casos recientes registrados en Bogotá

Crear que las acciones descritas en el apartado anterior serían suficientes para frenar la violencia resulta utópico. Las muestras de rechazo hacia la homosexualidad, bisexualidad e identidades trans se evidencian día a día. Publicaciones anuales de Colombia Diversa no dan un panorama alentador. Desde el primer informe, publicado en 2004 hasta los más recientes, publicados en 2019, se ha encontrado una cifra común; cada año han sido asesinadas más de cien personas en el país únicamente por su orientación sexual o expresión de género. A lo anterior se suma la

¹⁹ Tomado de *Por una ciudad de derechos. Lineamientos generales de la política pública para la garantía plena de los derechos de las personas lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas –LGBT- y sobre las identidades de género y orientaciones sexuales en el Distrito Capital*. Alcaldía Mayor de Bogotá D.C., 2008. Recuperado de http://www.sdp.gov.co/sites/default/files/lineamientos_ppgdglt_2008.pdf

²⁰ León Zuleta (Q.E.P.D.), Manuel Velandia, Javier Leonardo Varón (Q.E.P.D.), Elizabeth Castillo, son algunos de los precursores de estas luchas.

imposibilidad de calcular violencias cotidianas al no haber denuncias correspondientes. Los afectados prefieren evitar ser juzgados o culpados –como suele suceder- de lo ocurrido. “Uno ya no va a demandar, sabiendo que le van a decir ‘Ay eso le pasa por marica, por arepera, por ir vestido así’ como si ser lo que uno es hiciera que sí o sí uno tenga que aguantarse todo lo que le quieran hacer” (Integrante de la Mesa LGBT del Sur, comunicación personal, 2018).

Su confianza en organismos de “justicia” (Policía Metropolitana, Fiscalía, Medicina Legal) es poca o nula. Cuando deciden denunciar se encuentran con procesos largos, que pocas veces culminan en sanciones para los agresores. Además, problemáticas adicionales generan más temor: “Uno no sabe quién fue el que se metió con uno, ¿Qué tal sea un man de una pandilla y me termine yendo peor? Mejor uno se aguanta para no empeorar las cosas” (Integrante de la Mesa LGBT del Sur, comunicación personal, 2018).

Tales limitaciones impiden conocer con exactitud el número de hechos violentos vividos por esta población en la ciudad. En un intento de llenar dichos vacíos, entre el 2013 y el 2015, la Subdirección Para Asuntos LGBT de la Secretaría Distrital de Integración Social llevó a cabo en todas las localidades de la ciudad Agendas Integradas, en las cuales participaron diferentes actores locales para discutir las principales problemáticas relacionadas con el ejercicio de los derechos de las personas LGBTI en sus territorios. A nivel general, se identificó que:

“El 100% de los y las transgeneristas partícipes de los encuentros han sufrido algún tipo de agresión física, verbal, comportamientos que hacen sentir miedo, agresiones donde ha sido atacado, agarrado o tocado con intensiones sexuales, ofensivas o abusivas; seguido de las lesbianas con el 57.5%, los gays con el 48.4% y por último las y los bisexuales con el 31.4%. El 80% de estas personas se sienten inseguras en sitios públicos. Así mismo, el estudio evidenció irregularidades en el procedimiento de Policía aplicado a las personas de los sectores LGBT que en algún momento fueron detenidos por las autoridades. Las personas transgeneristas han experimentado más detenciones sin que exista un debido proceso (40%), en el 30% de los casos hubo uso de la violencia por parte de la policía. Finalmente, el 13% de los participantes de los encuentros conocen a alguien de los sectores LGBT que haya muerto de forma violenta por causas relacionadas con su orientación, expresión o identidad de género” (Secretaría de Integración Social, 2015:13-15).

En la mayoría de los casos no se cuenta con denuncias formales, investigaciones policiales, reportes de prensa o algún otro registro que permita a la comunidad conocer los rostros e historias de las personas asesinadas ni de quienes afrontaron agresiones y sobrevivieron a ellas.

Sólo en años recientes y en casos donde la vida está en riesgo explícito, es relativamente efectiva la intervención institucional. Actualmente en Bogotá, quienes se encuentren en situaciones de riesgo vital pueden acudir a los CAIDS, exponer su situación, presentar testimonios y pruebas (si las tienen) de las amenazas e ingresar a la Casa Refugio LGBT del Distrito, creada en el 2013 para “atender a personas LGBTI víctimas de violencia, quienes recibirán, mediante un modelo integral de atención, servicios de psicología, pedagogía, salud y trabajo social. Los casos que se atiendan en la Casa Refugio serán canalizados a través de las Comisarías de Familia, Fiscalía General de la Nación y el equipo jurídico de la Secretaría de Gobierno, instancias a las cuales pueden acudir las personas LGBTI que han sido víctimas de violencia que atentan contra su vida”.²¹

Aun así, las medidas no han logrado frenar golpes ni muertes. En Bogotá, años después de la creación de las Mesas LGBT, la Política Pública, la Casa Refugio y los CAIDS, siguen presentándose sucesos dolorosos. En el 2014, el activista gay Guillermo Garzón, fue torturado, asfixiado y asesinado en su apartamento en Chapinero. Hubo dos capturados por su homicidio, quienes fueron acusados por homicidio bajo el móvil de “hurto”²²; algunos medios divulgaron la especulación de que fue un crimen pasional, sin tener en cuenta la sevicia con que fue asesinado, los signos de tortura u otros indicios de un crimen de odio en vez de un simple robo. Uno de sus amigos y compañeros de activismo, Andrés Useche aseguró que:

“A Guille no lo mataron por un celular o un televisor, a Guille lo mataron por ser marica, por ser activista, por ser libre y por querer amor. Lo de él se supo porque lo mataron y era conocido en los sectores, pero no creas que no pasa, yo creo que eso es pan de cada viernes. Salen, los escopolaminan, les pegan y los roban, o los convencen de irse al apartamento y allá les hacen lo mismo. La vaina es que uno no cuenta, que oso, todo el mundo va a decir que eso pasó por ser marica, les da es risa. Eso

²¹ Tomado de *Bogotá abre las puertas de la primera Casa Refugio LGBTI*, publicado en la web de la Alcaldía Mayor de Bogotá, 2013. Recuperado de <http://www.wold.gobiernobogota.gov.co/prensa/93-noticias/792-primera-casa-refugio>

²² Tomado de *Semana, Capturan a presuntos asesinos de activista LGBTI*, 2014. Recuperado de <https://www.semana.com/nacion/articulo/capturan-presuntos-asesinos-de-activista-lgbti-guillermo-garzon/411402-3>

se va volviendo costumbre, uno es la loca entonces tarde o temprano nos va a tocar a alguno una golpiza, una violada o una robada [...] Que digan que eso fue crimen pasional es ofensivo, esa es la excusa para no investigar bien y echarnos la culpa de lo que nos pasa. Mira por ejemplo a Guille lo mataron muy horrible, lo amordazaron, le cascaron y quien sabe cuanta cosa fea no le dijeron o le hicieron antes de ahogarlo. Si fuera por robar lo habrían amarrado, hasta les creo que lo maten ¿Pero así? Es que son muy horribles. Él se había ido de rumba ese día a Chapi, mínimo ahí le cayó uno de los manes.

Yo pienso en eso y todavía no me lo creo. Por eso te digo que no es que no haya violencias, sino que se esconden entre el reguero de pinzas de todo el mundo, pero fácilmente en Chapi es donde pasan las cosas más feas. Uno va confiado creyendo que puede ponerse su pinta diva, caminar bien diva, irse de la mano o darse picos donde sea con el ligue porque acá a nosotros no nos insultan, acá nos violan o nos matan. Eso nadie lo cuenta” (Comunicación personal, 2018).

En agosto del mismo año, otras formas de violencia acabaron con la vida de Sergio Urrego, un joven de 16 años, quien sufrió discriminación y acoso escolar por parte de las directivas, docentes y la orientadora del colegio Gimnasio Castillo Campestre. También le fue negado el derecho a la educación, prohibiéndole el ingreso al colegio a pocos meses de terminar su último año escolar. La gota que derramó el vaso fueron las falsas acusaciones por abuso y acoso sexual, realizadas por los padres de su ex novio. Tras afrontar violencia simbólica y verbal, Sergio decidió arrojararse desde el centro comercial Titán Plaza, acabando con su vida el 4 de agosto de 2016.²³ Gracias a su madre Alba Reyes -quien actualmente dirige la Fundación Sergio Urrego, dedicada a la prevención de acoso en ámbitos escolares-, este caso no ha pasado al olvido. En más de una ocasión los participantes de mi investigación hacían alusión al caso, alegando que “lo de Sergio no fue suicidio sino homicidio, porque lo mató la discriminación”.²⁴

El 27 de diciembre de 2017, Andrés Felipe Lesmes fue asesinado en su apartamento en Suba, el cuerpo se halló atado, con signos de tortura. Al igual que Garzón, Lesmes murió por asfixia.²⁵ Ese mismo año, ciento nueve lesbianas, gays, bisexuales y transexuales fueron asesinados en

²³ Tomado de Semana, *El joven que se habría suicidado por discriminación sexual*. Recuperado de <https://www.semana.com/nacion/articulo/sergio-urrego-se-habria-suicidado-por-la-discriminacion-sexual-en-su-colegio/402016-3>

²⁴ Tomado de mi diario de campo, conversación personal con grupo de jóvenes en la Plaza Lourdes.

²⁵ Tomado de El Tiempo, *Vidas acabadas por el odio*, 2018. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/datos/dos-muchachos-asesinados-por-el-odio-171326>

Colombia. Al menos cuarenta muertes están asociadas a prejuicios por orientación sexual o identidad de género de la víctima. Doce de estos crímenes tuvieron lugar en Bogotá.²⁶.

No sólo se presentaron hechos fatales. En mayo de 2017 una pareja de jóvenes lesbianas fue insultada y posteriormente golpeada por un conductor de SITP (medio de transporte público de la ciudad), tras besarse dentro del bus. El 23 de agosto de 2018, se presentaron hechos similares en un bus articulado de Transmilenio (principal medio de transporte masivo en Bogotá), donde dos novias fueron insultadas, fotografiadas y grabadas por el conductor del bus. En ambos casos, los agresores fueron obligados a pedir disculpas, sin tener que afrontar sanciones económicas o jurídicas.²⁷

Uno de los acontecimientos recientes más sonados en medios fue la golpiza propinada en julio de 2018 a tres mujeres trans en su peluquería en Fontibón. Siete hombres las golpearon con cascots, candados, cinturones y otros objetos contundentes. Hubo indignación colectiva, expresada en redes sociales, comunicados oficiales de colectivos lgbt de la ciudad, plantones frente a la peluquería.²⁸

Los anteriores son algunos casos que salieron a la luz. Lastimosamente, la mayoría se convierten en una cifra más de informes anuales, sin contar todas las voces que jamás denunciarán. La realidad del problema de la violencia vivida por personas LGBT, sólo puede vislumbrarse con una inmersión en campo, marcada por la confianza, la cercanía con líderes sociales y comunidad en general. Ya no basta con establecer leyes, estadísticas y realizar eventos de integración social. Es hora de comprender el trasfondo de las violencias, evitarlas en vez de sólo contarlas.

²⁶ Tomado de El Tiempo, *Casi la mitad de muertes de personas LGBT es por su orientación*, 2018. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/aumento-numero-de-muertes-de-lesbianas-gays-bisexuales-y-transexuales-239406>

²⁷ Tomado de El Tiempo, *Pareja de lesbianas denunció discriminación de género en Transmilenio*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/pareja-de-lesbianas-denuncio-discriminacion-de-genero-en-transmilenio-261806>

²⁸ Tomado de El Tiempo, *Vulneración sistemática de derechos, realidad de los trans en el país*. 2018. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/situacion-y-problemas-de-la-comunidad-trans-en-colombia-243642>

CAPÍTULO 3: VIOLENCIAS COTIDIANAS VIVIDAS POR SUJETOS CON PERFORMANCE DE GÉNERO NO NORMATIVO EN ESPACIOS PÚBLICOS DE CHAPINERO Y TUNJUELITO

Investigar el fenómeno de la violencia situada en espacios públicos, dirigida a una población tan específica como sujetos no heteronormados implica no solo pensar en testimonios generales de hechos violentos, sino en las características de los espacios donde tuvieron lugar y los imaginarios construidos sobre ellos, en tanto el “conjunto de interrelaciones que se dan entre los individuos, sus experiencias y el espacio son absolutamente personales, diferentes y heterogéneos” (Avendaño, 2014:3). Bajo este panorama, es de suma importancia abordar sus historias dándoles voz propia. Por ello en el presente capítulo son descritos el contexto socioeconómico, geográfico de cada localidad, sus espacios de integración, la perspectiva de cada víctima y si participan o no en ellos. Cabe aclarar que algunas narraciones fueron en tercera persona o de manera anónima por seguridad de quienes compartieron sus experiencias.

Así mismo, existen aspectos comunes entre los espacios donde suelen ocurrir las violencias movidas por la heteronorma, dando cuenta de que cada acontecimiento “no está distribuido por azar en cualquier lugar, sino que, por el contrario, hay factores del entorno que permiten vincular y concentrar los delitos en un determinado sitio” (Mape y Avendaño, 2017:59). Por lo tanto, es crucial describir las características específicas de espacios objetos de topofobias.

3.1. Características generales de las localidades

Empecemos por Tunjuelito. Es la localidad número seis del Distrito Capital, se localiza al sur de Bogotá, sobre la parte baja de la cuenca del río Tunjuelo. Alberga 25 barrios, en donde el uso del suelo es principalmente residencial y comercial. Tiene una extensión total de 991 hectáreas, en su totalidad de suelo urbano. En el año 2015 el DANE identificó una población de 200.048

personas. Según el sexo²⁹, para el año 2015, el 50,4% son mujeres y el 49,6% hombres.³⁰ Es importante resaltar que hasta el momento ninguna fuente incluye información demográfica precisa sobre ciudadanos que no se identifiquen con el género masculino o femenino. Esta brecha omite datos cruciales para la población diversa, principalmente personas trans o de identidades no binarias.

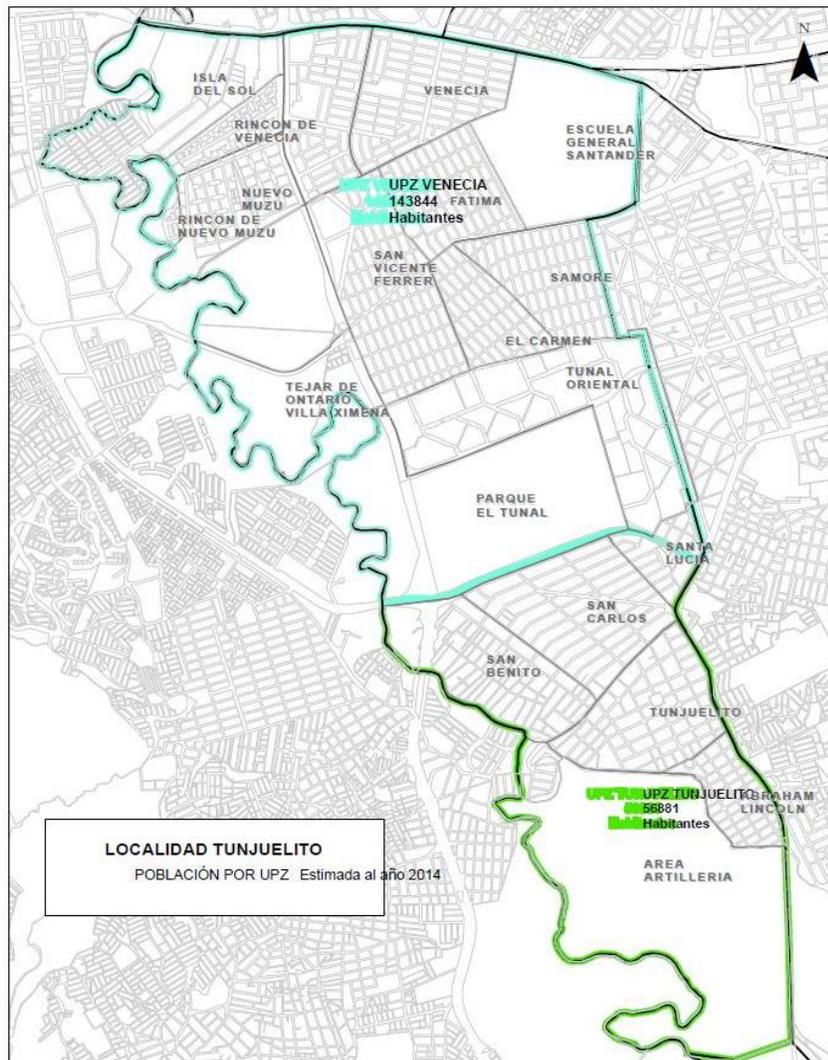


Imagen 3: Mapa de Tunjuelito y sus barrios³¹

²⁹ Aquí hago mención del “sexo” al ser la denominación usada por el DANE, sin embargo, es importante recordar que en nuestro análisis tomamos el sexo como una categoría netamente biológica, que se diferencia del género, el cual resulta una categoría social, mucho más amplia que responde a la identidad de cada persona.

³⁰ Tomado de *Análisis de condiciones, calidad de vida, salud y enfermedad. Localidad Tunjuelito*. Alcaldía Mayor de Bogotá, 2017. Recuperado de <http://www.saludcapital.gov.co/DSP/Diagnosticos%20distritales%20y%20locales/Local/2017/Subred%20Sur/TUNJUELITO.pdf>

³¹ Tomado de Alcaldía Local de Tunjuelito, recuperado de <http://www.tunjuelito.gov.co/mi-localidad/mapas>

La única estadística al respecto es la *Encuesta Bienal de Culturas*, realizada en el 2015 con una muestra de 15674 personas de la zona urbana residencial de Bogotá. La muestra es mínima si tenemos en cuenta que, según el censo del DANE en el 2018, la ciudad cuenta con 7'181.469 habitantes. El informe final de la encuesta expone que “el 2.4% de la población de la localidad se identificarían como homosexuales; el 0,3% como bisexuales; No se identificaron personas transgénero ni intersexuales” (Secretaría Distrital de Planeación, 2017:37). Durante el trabajo de campo conocí a personas trans que viven y/o trabajan en Tunjuelito. Encontrar informes con sello institucional que niegan su existencia en los territorios promueve su invisibilización, reduce las posibilidades de efectuar planes de salud, educación, integración y seguridad de calidad para tal población, excluyendo desde la institucionalidad a personas con performances de género no normativos.

Retomando las características generales tenemos una localidad pequeña, donde las dinámicas socioeconómicas llevan a que la mayoría de sus pobladores establezcan fuertes lazos entre sí. Los primeros vínculos de niños y jóvenes se dan con otros habitantes de la localidad, en parques, establecimientos comerciales, esquinas y en casa, ya que las personas de mayor edad sostienen relaciones amistosas fomentando acercamientos entre los más jóvenes. En barrios como San Carlos, Venecia, Fátima, El Carmen e Isla del Sol son comunes las casas de dos a cuatro pisos, ocupadas por diferentes generaciones de una misma familia, lo que ha facilitado la conservación de costumbres, creencias religiosas y normas sociales en el sector:

“Son dinámicas muy diferentes y agresiones muy diferentes las que se dan en Chapinero a las de Tunjuelito. Aquí hay mucha comunidad³² pero camuflada, por lo mismo que es tan conservador, entonces le quiero evitar rabia a la familia, tengo que estar bien puestecito en mi lugar porque qué dirán los vecinos. Acá no se ven edificios casi, sino casas, mucha gente lleva toda la vida viviendo acá. No más en mi casa se ve, está mi abuela, mis tíos, mis primos, mis sobrinas, yo. Somos la misma familia, pero terminamos siendo como veinte y así pasa en todos lados, las familias duran toda la vida en el mismo sitio. Tienen sus creencias y no se las cambia nadie, dicen que esas cosas son del diablo, que mijito cambie que eso no es de Dios. [...] Acá todavía andan muy arraigados con eso, la discriminación sigue porque son barrios y personas muy longevas y son ellos los que dicen “no haga eso, eso está mal visto, no se porte así. Es muy triste que se ven familias donde prefieren dejarle de

³² Las personas con quienes se efectuó la investigación suelen usar el término “la comunidad” para referirse a los sujetos LGBT.

hablar al familiar por el oso de que el hijo le salió travesti o marica” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Aquello quiebra la noción de familiaridad como sinónimo de seguridad. “Las familias juegan un papel crucial en la tarea de imponer la conformidad sexual. Hay mucha presión social dirigida a negar a los disidentes eróticos las comodidades y recursos que una familia proporciona. La ideología popular mantiene que las familias no deben producir o albergar a este inconformismo erótico. Muchas responden a éste intentando reformar, castigar o desterrar a los miembros” (Rubin, 1989:34). Esto fomenta las sanciones sociales desde el hogar y el barrio hacia quienes trasgreden la norma, al ser mecanismos legítimos para proteger el orden. En Tunjuelito, no solo vemos varias generaciones de familias consanguíneas habitando una misma casa desde varios años, incluso décadas atrás; también se presentan vínculos entre vecinos. El reconocimiento y cercanía del espacio y quienes habitan los barrios, protege la heteronorma al ser parte de las tradiciones; las reglas que rigen el orden de los integrantes de la comunidad han prevalecido por mucho más tiempo que en contextos con poblaciones principalmente flotantes.

Pasamos a Chapinero, ubicada al oriente de la ciudad. Va de la calle 39 a la calle 100, desde la Avenida Caracas hasta los Cerros Orientales. Cuenta con 50 barrios y una UPR (Unidad de Planeación Rural) en la cara oriental de los cerros llamada la Vereda El Verjón. Es la séptima localidad en extensión total (3.899 hectáreas), posee 2.596 hectáreas de suelo rural. Allí predomina la clase alta y media-alta: el 45% de los predios son de estrato 6, 11,7% estrato 5 y el 30,8% estrato 4. Tiene una población total de 126.951 personas, de las cuales 60.502 son hombres y 66.449 son mujeres.³³ El barrio Chapinero Central, la Zona T, el Parque de la 93 y sus alrededores se caracterizan por ser espacios donde predominan el comercio y los espacios de entretenimiento (discotecas, bares, restaurantes y centros comerciales), mientras que el resto de área urbana es principalmente residencial.

³³ Tomado de *Localidad No. 2: Chapinero. Gestión del Riesgo y Cambio Climático*. 2018, Alcaldía Mayor de Bogotá. Recuperado de <https://www.idiger.gov.co/documents/220605/255251/Identificaci%C3%B3n+y+Priorizaci%C3%B3n.pdf/aad77368-a272-47d3-8ce6-31f28eb35c34>

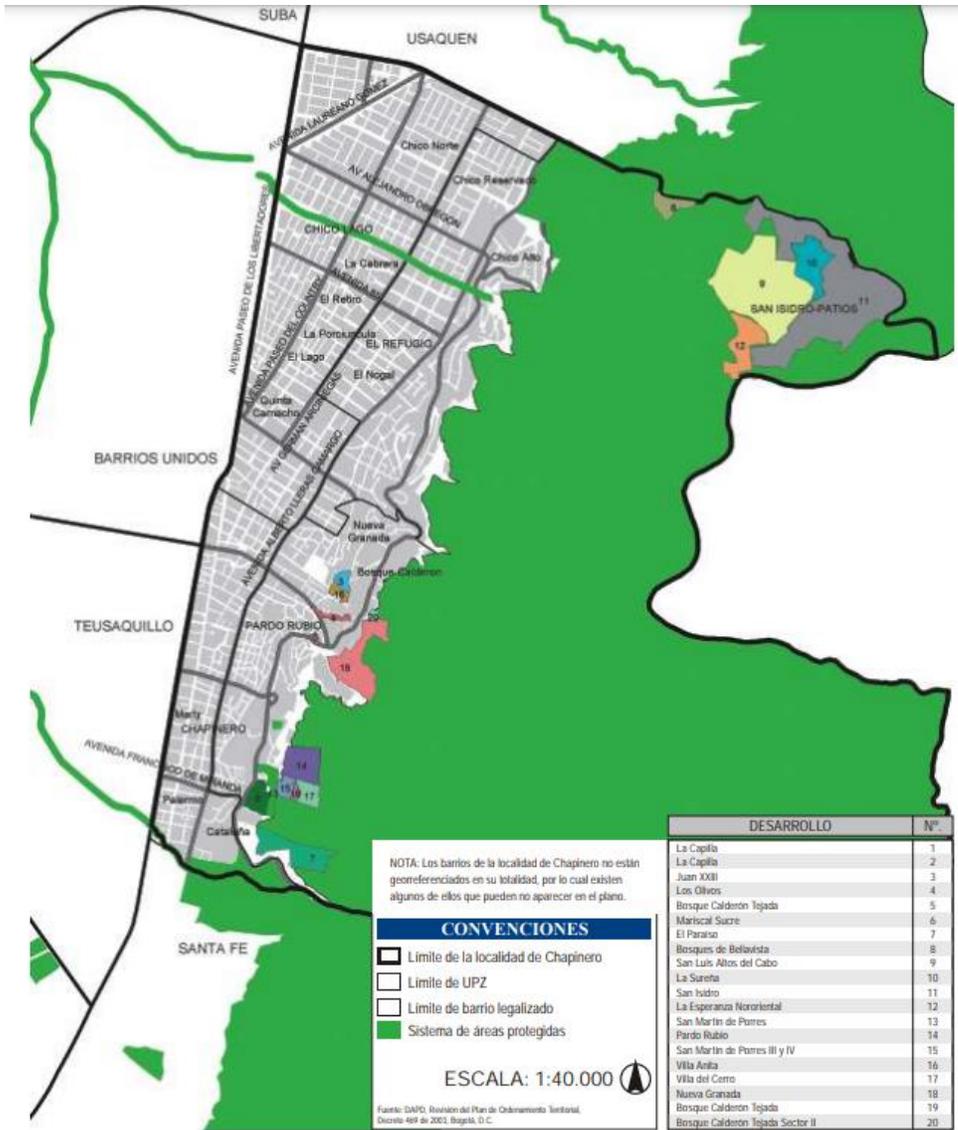


Imagen 4: Mapa de Chapinero y sus barrios³⁴

En la *Encuesta Bienal de Culturas*, se expone que de los habitantes de Chapinero “el 51,6% se identifican como mujeres y el 43% como hombres, no se identificaron personas transgénero. En relación con la orientación sexual, el 88,2% se reconocen como heterosexuales, el 0,5% homosexuales y el 0,5% bisexuales. No se identificaron personas intersexuales” (Secretaría Distrital de Planeación, 2017:32). Es difícil determinar la veracidad de estos datos, al ser una de

³⁴Tomado de *Recorriendo Chapinero, diagnóstico físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá D.C.*, Secretaría de Hacienda, 2004, p.p. 28. Recuperado de <https://www.shd.gov.co/shd/sites/default/files/documentos/Recorriendo%20CHAPINERO.pdf>

las localidades con menos habitantes en la ciudad cuya gran cantidad de establecimientos de homosocialización permiten la llegada de personas con múltiples identidades, orientaciones sexuales y nivel de ingresos económicos a la localidad, bien sea por diversión o por trabajo, dejando una población flotante de 500.000 personas en promedio.³⁵

En cuanto a las dinámicas de ocupación, exceptuando barrios del área rural como San Luis, en Chapinero la mayoría de pobladores viven en edificios de apartamentos. El contacto entre vecinos es bastante reducido, dejando vínculos frágiles o nulos entre los habitantes del sector. La mayoría de relaciones se establecen en otros espacios (lugar de estudio, trabajo, parques y discotecas).

“Yo crecí en el Tunal, me fui a Chapi y ahora vivo en Teusaquillo porque me queda más cerca al trabajo. En Chapi estuve siempre mis nueve años y ¿tú crees que yo conocía a mis vecinos? De cara solamente y estoy seguro de que si nos encontramos en la calle no nos reconocemos. Mis cercanías eran con los hombres gay con los que hago activismo, mis amigos. O sea, yo sé que eso le pasa a todo el mundo, menos los que estudian en la universidad y los amigos viven en el mismo edificio. El resto está en su propio mundo, llega a la casa sólo a descansar y no tiene tiempo ni ganas de quedarse conociendo al vecino de arriba” (A. Useche, comunicación personal, 2018).

El desconocimiento en este caso resulta un arma de doble filo. Cada persona cuenta con mayor privacidad, al no tener la vigilancia permanente de otros habitantes del sector emitiendo juicios morales. No obstante, en casos de peligros (potenciales o materializados), es poco probable recibir ayuda, ya que pasan desapercibidos para el resto del grupo

Mientras en Tunjuelito, las dinámicas familiares, religiosas, espaciales y residenciales conllevan la cercanía entre la mayoría de sus habitantes, en Chapinero se ve reflejada la que, según Angela Giglia, es una de las principales cualidades de las metrópolis, “las distancias sociales, étnicas, económicas, culturales y espaciales. El viaje por la ciudad es una experiencia cargada de peligros, por lo menos potenciales. La sociabilidad es reducida al mínimo y predominan más bien la evitación y la elusión” (Giglia, 2012:52).

³⁵Tomado de *Localidad de Chapinero*, Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, en <http://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/es/localidades/chapinero>

3.2. Espacios locales de participación LGBT

Aunque en Chapinero ya no se encuentra conformada ninguna Mesa LGBT, continúa siendo el lugar de acción de diversos colectivos de la ciudad. El más antiguo y activo de ellos es la Fundación Colectivo Hombres Gay; liderado por Andrés Useche. Han realizado actividades con finalidades distintas. Desde el 2018 se han enfocado en prevención de enfermedades de transmisión sexual, mediante charlas, entrega de preservativos afuera de las discotecas y realización de pruebas rápidas de VIH. A ellos, se suman colectivos universitarios (U.d. Es Igual, Stonewall Javeriano) y de jóvenes (Colectivo León Zuleta), quienes más que realizar actividades de visibilización, se han concentrado en encuentros (académicos, artísticos, de ocio) con el fin de brindar a las personas LGBT partícipes de los mismos un espacio seguro, donde puedan compartir e incluso formar una red de apoyo, de amistad.

La Alcaldía Mayor de Bogotá y las organizaciones sociales suelen encontrar en los espacios públicos de la localidad el entorno ideal para presentar obras de teatro, entregas de premios, conmemoraciones de fechas especiales como el día contra la homofobia, la transfobia y la bifobia (17 de mayo), el “Coming out day” o “Día de salir del closet” (11 de octubre). El Parque de los Hippies, ubicado en la Carrera 7 con calle 60, el Parque Nacional (Carrera 7 con calle 35) y la Plaza de Lourdes (Carrera 13 con calles 63 y 64) son los espacios públicos favoritos para estos eventos. Al ser espacios amplios, abiertos, centrales, con alta afluencia de ciudadanos, y presencia de locales gay friendly a sus alrededores, permitieron la realización tranquila de cada conmemoración. Las violencias de quienes no estaban de acuerdo con ellos nunca escalaron a confrontaciones directas o agresiones físicas, únicamente se presentaron miradas de reproche, acompañadas de cuchicheos.

La importancia de estos espacios es tal que, desde hace aproximadamente 15 años, el Parque Nacional es el punto de salida en la Marcha del Orgullo Gay, realizada anualmente a finales de junio o principios de julio, a excepción de este año que se hizo de forma virtual debido a la emergencia por Covid-19. El recorrido va hasta la Plaza de Bolívar. Es una multitudinaria manifestación donde la comunidad denuncia múltiples violencias, exige igualdad de derechos y

se hace visible tomándose espacios públicos, llenándolos de color con banderas, maquillaje, flores, carteles, entre otros.

La importancia de la Marcha del Orgullo radica en que esta es la mayor manifestación pública, donde la diversidad de género se hace visible. Los participantes se toman las calles para denunciar violencias históricas que prevalecen en la actualidad. Con color y alegría le hacen frente al odio. Además, en el evento no solo participan personas LGBT, sino sujetos cisgénero y/o heterosexuales quienes viven con respeto a la diferencia, acompañando actos simbólicos como estos en pro de la lucha contra la discriminación.



Imagen 5: Marcha del Orgullo, 2018.

Durante las más recientes marchas se presentaron problemas logísticos. La única forma de violencia física fueron múltiples asaltos y robos bajo la modalidad de “cosquilleo”, en los cuales no me detendré ya que son hechos que ocurren usualmente en cualquier manifestación multitudinaria de la ciudad, así que no se consideran parte de las violencias basadas en género.

Lo que sí resulta relevante, es la forma en que muchos transeúntes que no estaban participando reaccionaban al paso de la misma. En ambas marchas (la del 2018 y 2019) cuchicheos, miradas de repudio, padres obligando a sus hijos a cubrir sus ojos fueron constantes, evidenciando que a pesar de ser protestas pacíficas con mensajes claros, no son bien recibidas por las personas heteronormadas. Se presentaron calificativos discriminatorios, homofóbicos y transfóbicos cuando aparecían personas con vestimentas llamativas, Drag Queens, vestidos de lentejuelas,

pelucas y tacones altos, tales como “tan cochinos”, “una vieja mostrona pasa pero un man es muy gas”, “ellas son putas ¿cierto?” refiriéndose a personas drag, “esos manes tan pervertidos” para referirse a una pareja de hombres que se besaron en la boca, dando cuenta de que lo más problemático es performar el género de formas radicalmente opuestas a lo asignado y darse muestras de afecto con una persona de tu mismo sexo.

La calle y la luz del día fueron el escenario del evento. Al menos por unas horas la comunidad LGBT pasó de ser la minoría disidente a la mayoría manifestante. Transitar en grupo por vías principales brindaba la seguridad que en condiciones cotidianas no suelen tener, permitiéndoles mostrar sus identidades en su máxima expresión, rompiendo los esquemas de género y los códigos de vestimenta socialmente establecidos como vemos en la siguiente imagen.



Imagen 6: Marcha del Ogullo, 2019

Continuando con los espacios de integración distrital, cada año se celebra el Festival por la Igualdad, financiado por la Subdirección para asuntos LGBT de la Secretaría Distrital de Planeación. Su finalidad es propiciar la visibilización de las personas LGBT en todas las localidades de la ciudad, mediante el arte, el comercio, el humor. Las muestras son ejecutadas por los ciudadanos que deseen exponer sus talentos o productos, contando con apoyo del Gobierno en la logística de cada evento. Adicionalmente, se realizan galas en las cuales son premiadas las organizaciones sociales dedicadas a la defensa de derechos LGBT en la ciudad.

El tramo entre la Plaza Lourdes y el Parque de los Hippies fue decretado *Zona Distrito Diverso*, durante una Kermesse efectuada el 11 de julio de 2018, al contar con la mayor concentración de

sitios de socialización gay de la ciudad. Semanas antes de la Kermesse donde se anunció el decreto, se unieron la Asociación de Comerciantes LGBT de Chapinero, la Mesa LGBT de Bogotá y algunos ciudadanos voluntarios, para pintar una serie de “espacios seguros” en la zona. Estos consisten en cebras de cruce peatonal, pintadas con los colores de la bandera LGBT y murales alusivos a las parejas gay y lesbianas en las fachadas de locales, parqueaderos. Su objetivo central era embellecer el sector, representando orientaciones no heterosexuales, acompañados con frases de amor y respeto a la diversidad de género.



Imagen 7: Marcha del Orgullo, 2018.

Sin embargo, fueron elegidos sitios estratégicos para hacerlo. Las cebras pintadas se encuentran ubicadas en los cruces más concurridos del sector (Cruce de la carrera 7 con calle 60, en el Parque de los Hippies, la carrera 13 con calle 58, 59 y 60, la carrera 9 con calle 59), y los murales, entre callejones de la carrera 13 y la carrera 10. Varios de estos murales sólo son visibles antes de las 5 pm al estar en las puertas de los locales. Es común escuchar que Chapinero es una localidad “nocturna”, al ser más evidente la presencia de personas con performance de género no normativo después de las seis de la tarde, principalmente de jueves a sábado.

Si bien, la mayoría de símbolos no fueron pintados en espacios oscuros o solitarios, si resultan un fuerte mecanismo para mantener la visibilización de identidades diversas sin importar el día o la hora. De este modo, personas no heteronormadas que transiten de día pueden apropiarse del espacio, sentirse seguros de expresar su identidad u orientación sexual al identificarse con los colores o mensajes. Así mismo, se les recuerda permanentemente a quienes no pertenezcan a la comunidad LGBT la diversidad sexual y de género que caracteriza la zona. Las imagines alusivas fortalecen los sentimientos de pertenencia y seguridad de la comunidad en determinados espacios públicos, “en la apropiación, intervienen emociones y afectividades que provocan en la colectividad un sentimiento de ida y vuelta en el cual, por un lado, se sienten pertenecientes a algo y, por otro lado, sienten cierta propiedad sobre un espacio, es decir que lo sienten propio y son parte de él, aunque sea momentáneamente” (Barrientos & Serrano, 2015:104).

Sin ánimo de minimizar el valor simbólico de esto, idealizar el apoyo a la comunidad en este sector resultaría erróneo, en tanto este no necesariamente se basa en el respeto, sino en fines económicos. De jueves a domingo los vendedores ambulantes, establecimientos comerciales o de entretenimiento atienden principalmente a sujetos LGBT. De ellos devengan la mayoría de sus ingresos, por ende, deben atenderles con amabilidad. Esta crítica debe hacerse presente, al representar una brecha de clase que demarca si hay respeto o no. Si la persona LGBT que transita se encuentra en situación de pobreza no resulta un beneficio para la economía del sector. En ese momento vuelven a ella las miradas de repudio, los insultos y las burlas, como fue evidente en uno de los callejones que dan a la Plaza Lourdes, donde vi cómo una persona trans habitante de calle recibió fuertes insultos mientras caminaba. Un grupo de hombres, ubicados en la esquina de la carrera 11 con calle 63^a, donde inicia la llamada “cuadra del rock en Lourdes” empezaron a gritarle “¿venga venga, usted que es? Oiga conteste, o es que me va a pegar alguna mierda si me mira” mientras los demás se limitaron a burlarse. Es posible que otros habitantes de calle sufran sucesos similares, pero en esta apelaron a la burla por el performance de género no binario, y el estigma con respecto a las enfermedades de transmisión sexual que suelen vivir personas trans u hombres gay. Otros aspectos relevantes son el horario (esto ocurrió a las 3 pm, cuando no suele haber mucha afluencia de población con corporalidad o vestimentas disidentes), entrando a un callejón de bares de rock, espacio poco transitado a esa hora que no fue incluido entre los *espacios seguros* pintados.

Otra muestra de la importancia del poder adquisitivo se dio charlando con una vendedora ambulante en Lourdes, quien de jueves a sábado acostumbra tener jornadas laborales de 5 pm a 4 am. Según ella es porque “a las 5 o 6 empiezan a llegar los gays y ellos son los que me arreglan la venta. Eso vienen, se encuentran entre ellos, me hacen mucho gasto. Con tal que me compren yo no me fijo en que vainas hacen, aparte como no se meten con nadie. Esa gente es hasta bien” (Comunicación personal, 2018).

Cuando pasamos a Tunjuelito el panorama frente a la participación es distinto, allí los espacios son mínimos. En el año 2012 Freddy Vanegas, fundador de la Corporación Universo Lgbt, lideró durante cuatro años encuentros quincenales en la Casa de la Cultura de Tunjuelito, donde se realizaban talleres de arte, costura, escritura, entre otros, con la finalidad de integrar a las personas con orientaciones sexuales diversas en la localidad. Posteriormente trasladó sus actividades a Kennedy.

Empero, esto sentó un precedente para la comunidad. Si bien, no concluyó en ningún proyecto material, permitió la consolidación de la Mesa LGBT de Tunjuelito, integrada permanentemente por Fredy Suarez, Shannon Delgadillo, Luis Sáenz y dos participantes esporádicos más, quienes prefirieron mantenerse en el anonimato; con el apoyo de Camilo Cortés, referente para la comunidad LGBT de la Secretaría de Integración Social hasta finales de 2019, y Mariana, representante local de la Subdirección Para Asuntos LGBT de la Secretaría de Planeación. La Mesa Local sólo se reúne cuando se está planeando algún evento o surgen casos a tratar con urgencia. La falta de recursos económicos, físicos y el estar conformada por pocos participantes limitan la capacidad de acción. Aun así, sus integrantes mantienen relaciones de amistad con la comunidad de Tunjuelito, que en su mayoría prefiere no ser tan visible ni activa.

En Chapinero es posible encontrar gran diversidad establecimientos dirigidos a personas diversas. En Tunjuelito no existe siquiera un local similar, pero la dedicación de los integrantes de la Mesa ha permitido sostener una importante red de afecto. Mujeres trans lograron hacer sus tránsitos en compañía de amigos; hombres gay y bisexuales empezaron a “salir del closet” sin

miedo a quedarse solos a pesar del rechazo de sus parientes, gracias a la certeza de encontrar una segunda familia en sus amigos.

Como mencioné anteriormente, en la localidad se preservan vínculos longevos. El repudio a un vecino o familiar cuando admite abiertamente su homosexualidad o su incomodidad con su género es bastante usual, pero a pesar del rechazo, cuando se consolidó esta red entre personas LGBT sus integrantes empezaron a sentirse acompañados en sus procesos.

“No te imaginas cuantas personas murieron solas en sus apartamentos, porque se suicidaban, o porque estaban haciendo el tránsito y se metían cualquier cosa, o porque les daba sida y no sabían que tomarse y se morían solos, como les daba pena contar. Nosotros ahora nos activamos lo más que podemos para que esas cosas no vuelvan a pasar. Si sale algún cero positivo ahí lo empezamos a acompañar en los tratamientos, o si la vecina quiere hacer tránsito y el papá la pilló vestida de mujer entonces la echa de la casa pues ahí le llegamos y si hay modo le encontramos una casita, o si no activamos ruta para que la reciban en la casa refugio. Lo que hay son opciones, pero la gente casi no sabe. Ahí es donde la familia se vuelven los amigos, los que le dicen qué hacer, a donde ir o al menos le damos que el abrazo, la cervecita, el amor que necesita en esos momentos difíciles” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Uno de los propósitos de la Mesa Local desde el 2016 ha sido realizar por lo menos un evento de integración y visibilización anual en puntos estratégicos de la localidad, elegidos por ser zonas



Imagen 8: Kermesse LGBT en San Carlos

donde se tenga un antecedente de violencia o discriminación. Durante los casi dos años de campo asistí a tres eventos (los únicos realizados en ese lapso). El primero fue una Kermesse LGBT en el Parque San Carlos, donde hubo muestras artísticas y venta de productos. Tal punto fue elegido por la Mesa tras recibir durante años denuncias de discriminación en el barrio, principalmente insultos, acoso

callejero a hombres gay, a mujeres trans y la relación complicada con los policías del sector, quienes usualmente se negaban a atender las denuncias de los ciudadanos, culpándolos de los hechos por su vestimenta u orientación sexual. “Hay persecución a los procesos sociales, se rechazan espacios de este tipo, por eso fue estratégica la kermesse que se hizo en el parque de San Carlos que está junto al salón comunal y frente a la Iglesia, que son súper conservadores. Todo eso ha servido porque San Carlos antes era terrible terrible y ahora ha mejorado un poquito, uno ya se siente más tranquilo allá. Antes las violencias eran más seguidas, siempre había burlas, rechazo, miradas, tu no podías entrar a la plaza porque no te atendían y si empezaban con el cuchicheo. Ahora al menos te atienden” (S. Delgadillo, comunicación personal, 2018). Fue un éxito, ya que logró integrar en armonía a la comunidad LGBT, la comunidad en general y la policía sin ningún percance.

Los otros dos eventos se hicieron en el marco del Festival Por La Igualdad en el Parque El Tunal. Uno fue denominado el Festival Tunjuelito Libre, Diversa y en Paz, caracterizado por presentaciones musicales, obras de teatro, baile, humor y la firma del Pacto de Convivencia entre la Policía Metropolitana y la comunidad LGBT local, donde ambas partes se comprometían a atender con respeto los requerimientos del otro, con el fin de reducir violencias e incrementar las denuncias ante las mismas.³⁶

Al inicio del evento hubo discursos por parte de líderes sociales quienes compartieron sus historias de vida, mientras los transeúntes observaban desde lejos, pero cuando iniciaron las muestras donde cada artista evidenciaba sus performances no normativos con su vestimenta y maquillaje propio de su género, pero ligado al sexo opuesto, estilos drag, travestismo, bailes hechos por hombres usando elementos considerados femeninos como tacones, ropa de cuero ajustada, movimientos de cadera y glúteos, las miradas curiosas pasaron a ser expresiones de desdén. Aparecieron frases como “Qué hijueputa asco”, “Mire mire, llegaron esas maricas”, “Ayyy amiga llegó lo suyo” entre grupos de hombres que usaban la homosexualidad y transexualidad como cualidades negativas, al igual que tiempo después, donde otro hombre

³⁶ Para mayo del 2020 no ha sido publicado este pacto. La comunidad todavía no puede acceder al documento completo donde se resumen todos los acuerdos firmados por la Policía Metropolitana, la Alcaldía Local y los líderes de la Mesa LGBT de Tunjuelito. Cuando me comuniqué con la Alcaldía para solicitarlo, únicamente me dijeron que en cuanto fuera oficial la publicación lo enviarían a mi correo, pero eso aún no ocurre.

cisgénero al escuchar cómo anunciaban a una de las artistas trans, dijo a otro en tono burlón “Jajaja dizque una vieja y tiene más verga que usted, esas son las viejas que a usted le gustan ¿no?, como usted es re marica”, desconociendo que sin importar los rasgos biológicos, la identidad de la persona es femenina, por ende es una mujer. Otro exclamó “qué gonorra esas locas, no fueran tantas las cogía a piedra” al amigo que lo acompañaba, quien contestó “vaya dígales uno algo y se le vienen encima, como las maricas esas son bien gabilleras”.

Mujeres cisgénero también expresaron repudio a la comunidad apelando a la moral, mediante expresiones como “Ay mijo no mire eso, no papi mira esos como vienen acá a pervertirnos, yo no sé por qué la policía no hace nada y saca a esa gente si toda esa gente es enferma, corrompida. Ay no Dios mío, que mi chinito nunca me salga con esas cosas”, dicho por una mujer a su pareja mientras le cubría los ojos a su hijo, de unos ocho años para que no viera el escenario, transmitiendo el odio a la diferencia a los más pequeños. Otra transeúnte me habló directamente mientras caminaba a cierta distancia de la concentración de personas, diciéndome “Quién sabe ahora qué se inventarían. Yo no entiendo por qué no hacen sus cosas por allá lejos, ¿A qué vienen acá donde está uno con la familia? ¿cierto veci?”. La sola presencia de personas trans y parejas del mismo sexo besándose generó gran incomodidad en el resto.

A diferencia de eventos en Chapinero, donde quienes transitaban los alrededores de parques se limitaron a fruncir el ceño y seguir caminando, en Tunjuelito el odio se hace explícito, materializándose en los discursos y ninguno de los sujetos tuvo ningún reparo en expresarlo abiertamente. Si bien, prácticamente todos los que usaron expresiones verbales de discriminación estaban a varios metros del punto de concentración del evento, fue solo por la cantidad de integrantes reunidos en ese momento. Cuando hablé del tema con Juan David Rincón, líder LGBT travestista cuyo activismo se dirige principalmente a los jóvenes de la localidad San Cristóbal, enseguida dijo:

“Amor por eso es que ninguna de nosotras llegó arreglada, sino que nos tocó traernos la maletota y cambiarnos aquí para nuestros shows o no más pa’ sentirnos regias. Nosotras no somos bobas, si saliéramos así solas por bien que nos vaya nos van a gritar y no nos van a bajar de mariconas. Una sabe que la pueden coger a pata o le hacen cualquier cosa. Acá relajadas porque estamos todes juntas y al menos por cantidad nos dejan sanas. Y eso que al menos yo la tengo suave porque acá me pongo

la súper pinta de Carolina y cuando me vaya me la quito para montarme en el Transmi vestida de hombre, pero las compas trans no se visten de mujer, ellas son mujeres entonces todo el día están así, aparte si no se maquillan y se arreglan no se sienten ellas y ellas son muy solas, no siempre tienen al que las acompañe y por eso son las que más llevan del bulto. Para ellas el acoso es diario” (Comunicación personal, 2018).

En la comunidad cada persona no heteronormada puede encontrar un respaldo, un lugar seguro. No obstante, cuando no cuentan con compañía deben desarrollar estrategias de autocuidado como evitar ciertos espacios, horarios y ocultar al máximo sus identidades de género u orientaciones sexuales. Estos no son hechos aislados, son parte de la cotidianidad limitando las posibilidades de habitar los espacios.

El último evento, llamado Actívate Por La Igualdad fue una jornada de aeróbicos en la cual fueron regalados termos, gorras y camisetas con el mensaje “#OrgulloBogotá” inscrito con los colores de la bandera del orgullo LGBT. Hubo apoyo logístico de la Secretaría de Planeación y acompañamiento policial. Desafortunadamente muchos de los participantes no captaron el mensaje inscrito en los diferentes objetos, únicamente vieron la posibilidad de recibir objetos gratis. No participó ninguna mujer trans y nuevamente fue constante la burla por parte de hombres cisgénero aparentemente heterosexuales hacia la forma de bailar de los hombres gay asistentes. En cada evento fue evidente que la Alcaldía solo se preocupaba por mostrar resultados (fotos para los registros, entrega de regalos) pero en ningún momento fomentaron el diálogo con personas cisgénero o heterosexuales, invitándoles, explicando el sentido de cada símbolo y lo más grave, nunca abordaron a este sector para socializar la Política Pública Lgbti, la importancia de eliminar cualquier forma de violencia motivada por discriminación, más teniendo en cuenta que la mayoría de victimarios son, precisamente, personas cisgénero y/o heterosexuales.

Aun así, la intervención en calles y parques fue y seguirá siendo una herramienta de gran valor ya que usualmente “el espacio está ocupado por los intereses de las élites dominantes y sus redes, por eso los movimientos sociales tienen que labrarse un nuevo espacio público que se haga visible en los lugares donde se desarrolla la vida social. Por eso ocupan el espacio urbano. Históricamente los espacios ocupados han tenido un papel destacado en la historia del cambio social, así como en las prácticas actuales” (Castells, 2012:27). Al tomar y ocupar el espacio

urbano los ciudadanos recuperan su propia ciudad, una ciudad de la que fueron desalojados por no adherirse a la heteronorma.

3.3 Violencias cotidianas vividas en cada localidad

Inicialmente enfrenté un dilema ético sobre si debía o no transcribir los testimonios, por miedo a caer en la re-victimización de quienes los vivieron. Optar por no transcribir sino solo narrar mi interpretación de cada historia resultaría en el paternalismo que ha caracterizado la mayoría de investigaciones sobre violencia. Mis dudas se fueron gracias a Philippe Bourgois; en su trabajo realizado en *El Barrio* (2002), planteó que “el combate contra los prejuicios moralistas y la hostilidad no debe acometerse al costo de presentar las calles como si la destrucción y el sufrimiento no existiesen. Me niego a omitir o minimizar la miseria social [...] pues eso me haría cómplice de la opresión. Es lógico que encare las contradicciones inherentes a la marginación social mediante la exposición de los acontecimientos sin censura” (2002:42). Expondré los hechos, la naturalización del miedo, producto de la violencia cotidiana.

3.3.1 Historias de violencia en Chapinero

Una de las principales características de Chapinero es su gran extensión. Sin intención de olvidar que el espacio público inicia en cuanto salimos del hogar, lo que hace importante toda la localidad, hice énfasis en zonas específicas habitadas (permanente o temporalmente) por los informantes clave donde se presentan las principales violencias. De antemano quiero aclarar que no por eso otros puntos de la localidad sean completamente seguros, “la violencia no discrimina, es una condición que se puede dar en cualquier situación socio económica, por lo que ningún espacio está libre de convertirse en un lugar violento. En otras palabras, los espacios concebidos para el buen desenvolvimiento de la población que los utiliza, pueden eventualmente convertirse en escenarios de violencia, las causas de esto son múltiples y complejas y sería difícil predecir con certeza, si uno u otro espacio estará libre de estos actos” (Concha-Eastman, 2000:23). Partimos con una premisa, “lo común de Chapinero es la violencia más visual, hacen como la cara de asco, como que ver dos manes cogiéndose de la mano es como un show, es el escándalo, pero no es

violencia física, es gesticular” (A. Useche, comunicación personal, 2018). Varios casos cuestionan su veracidad.

Inicialmente tenemos Lourdes, una amplia plaza ubicada en Chapinero Central. Cuenta con algunos árboles, faroles y bancas hechas de cemento; unos no funcionan y otros dan luz tenue. Es un espacio frecuentado mayormente por hombres, donde vendedores ambulantes, trabajadores de locales comerciales, grupos de amigos o sujetos del común se detienen a observar a los transeúntes que la atraviesan mientras llega el momento de cambiar su actividad (terminar su jornada de ventas, encontrarse con otros, dirigirse a lugares de entretenimiento o a sus hogares). Su principal símbolo es la Basílica Menor Nuestra Señora de Lourdes, un templo católico de estilo neogótico, rodeado de locales de comidas, cercana a una cuadra de bares rock en la 63 y de la discoteca ODEM. De domingo a miércoles la Plaza es un lugar de paso para trabajadores, residentes del sector, estudiantes. De jueves a sábado la Plaza, en especial las escaleras de acceso a su iglesia, pasan a ser un importante punto de encuentro, ya que a pocas cuadras están los principales establecimientos LGBT de la ciudad, como Theatron, El Perro y la Calandria, Leo's, El Recreo de Adán, entre otros.

Alrededor de las 5:30 pm empiezan a arribar grupos de amigos de todas las edades, parejas del mismo sexo, mujeres con looks estilo “tomboy”, personas trans, quienes posteriormente se dirigen a bares o restaurantes. Los árboles rodean la plaza, lo que obliga a quienes la atraviesan a cruzar por el centro y ser observados por el resto. Es común ver cómo se repiten determinadas situaciones con diferentes actores. Cuando parejas de hombres homosexuales con ropa “casual” (pantalones, camisas, abrigos), o de mujeres lesbianas con ropa masculina y cabello corto transitan de la mano algunos les observan con desagrado, pero para la mayoría pasan desapercibidos incluso si se detienen a besarse o abrazarse. Si la pareja es de mujeres lesbianas estéticamente más femeninas es similar, aunque las miradas de desagrado pasan a ser de interés e incluso deseo, en especial por parte de hombres heterosexuales.

Con las mujeres trans la situación es distinta. Hubo casos donde algunos simplemente las ignoraban, mientras otros hombres en diferentes momentos -pero especialmente entrada la noche- lanzaban comentarios tipo “*qué rico, para donde van con todo eso*”, “*a como la hora*” y “*ay esas putas tan creídas*” cuando eran ignorados. No solo son formas de acoso verbal,

vividas día a día por mujeres trans o cisgénero, sino que reproducen el estigma que liga a las mujeres trans al trabajo sexual. A su vez, ellas ponían los ojos en blanco mientras aceleraban el paso con temor, “el miedo es muy expresivo y comunicativo; se puede leer en el cuerpo cuando las personas modifican sus gestos y comportamientos, enviando señales claras a otros sobre la sensación de amenaza. Por ello es sorprendente la omisión de quienes observan, así como la presunción del agresor de que su acto no tiene afectaciones visibles o de que como algunos plantean, es una forma de halago o cortejo. Al contrario, consideramos que ese miedo es motivante para el agresor, quien lo reconoce y se aprovecha de él para manipular o continuar la agresión. Hay una especie de autoafirmación o ratificación del poder de quien agrede, cuando el miedo es expresado” (Toro y Ochoa, 2017:69-70). Empero esto no es el pan de cada día, al menos en este punto. Son más las personas trans o no binarias cuyo miedo se liga más a la posibilidad de asaltos, frecuentes en todo el barrio, mas no a agresiones por su identidad. A pesar de estos inconvenientes, es notable la amplia presencia de personas no heteronormadas sentadas en grupos de al menos tres personas.

Pese al rechazo por parte de iglesias judeocristianas a todo lo trasgresor de la norma, aquí la economía tiene más peso que la religión. Son pocas las agresiones verbales o físicas dirigidas a población LGBT, ni siquiera cuando se ubican a la entrada de la Iglesia, al ser los principales clientes y activadores de la economía. En varias ocasiones parejas de personas del mismo sexo se saludaban de beso tranquilamente, y solo cuando había feligreses entrando o saliendo del templo recibían miradas despectivas, más no insultos o agresiones. Según habitantes del sector, son espacios seguros hasta aproximadamente las 9:30 pm. Después de esa hora la Plaza empieza a “vaciar”, los visitantes se dirigen a sus destinos de entretenimiento. Cuenta con una iluminación paupérrima, lo cual alimenta sensación de inseguridad. Los vendedores ambulantes poco a poco se retiran, pero la Plaza no queda vacía. En su lugar, es ocupada por sujetos que en el imaginario social suelen representar potenciales peligros: habitantes de calle, grupos de metaleros, punks, o tribus urbanas caracterizadas por su agresividad como los Skinhead.

Los grupos de amigos diversos que no ingresan a ningún local se trasladan al Parque de Lourdes, ubicado detrás de la iglesia, en él se encuentra un CAI (Comando de Acción Inmediata de la Policía). La presencia de la policía permite contrarrestar la poca iluminación, brindando cierta

sensación de seguridad, al menos frente a robos o golpes. Brenda García, mujer trans referente para asuntos LGBT de la SIS (Secretaría de Integración Social) en Chapinero asegura que:

“Es el guetto gay de Bogotá, donde las personas del sector LGBTI inician la lucha de derechos por parte de organizaciones sociales y se hacen visibles. Anteriormente si yo era LGBTI donde me podía expresar era en Chapinero, porque de resto eran espacios hostiles [...] de todas formas la libertad nunca fue cien por ciento, hubo épocas muy violentas para la comunidad. En Chapinero central todavía se ve eso, reciben insultos, groserías. Siendo Lourdes una zona céntrica pasa que iba con mi pareja de la mano por la noche y entonces nos intentaron pegar y nos empezaron a gritar cosas, no pasa tanto como antes, pero si pasa” (Comunicación personal, 2018).

En contraste, la presencia de tribus urbanas elimina la seguridad que el guetto representa para la comunidad, “en el ámbito urbano, el guetto resulta el refugio de cualquier grupo minoritario. Al ser una forma de segregación, impide que personas diferentes se muevan o crucen fronteras por los vecindarios normales evitando al grupo sentimientos de ansiedad, nerviosismo o temor” (Santos, 2002:89). Cuando llegan otros grupos violentos a intimidar, como lo hacen las tribus urbanas mencionadas, surgen disputas por el manejo del orden. Esto es evidente en el testimonio de Melissa Moor, integrante de la Subsecretaría para la Gobernabilidad y la Garantía de Derechos:

“Hace unos cuatro años estaba Blanca Durán de alcaldesa local. Con ella hubo mucho problema por lo que es abiertamente lesbiana. Estaba alborotado el tema de amenazas, de peleas, de tribus que se tomaron Lourdes, los parques que hay por ahí, esperaban a la gente tipo tres de la mañana cuando empezaban a cerrar los bares armados hasta los dientes para chuzarlos o agredirlos de formas fuertes. No te niego que eso ha bajado, al menos ya no son tan sanguinarios en público, pero no ha dejado de pasar. Cuando pasan parejas gay por Lourdes o por unas cuadritas donde hay unos lugares de rock les gritan obscenidades, cosas amenazantes, si ven el papayazo de que no hay más gente o que son poquitos aprovechan y los cogen a golpes, ¿por qué? ah no porque es un marica, porque ese es un maricón y ellos no tienen que estar acá, ese es el súper argumento cuando uno intenta hacer acercamientos con ellos” (Comunicación personal, 2018).

Es utópico para la comunidad intentar mediar con sus agresores, en especial por sus ideologías altamente homofóbicas, sin contar la falta de respaldo de la policía. A medida que ahondamos en las historias entorno al sector, encontramos sucesos mucho más graves. Un ejemplo fue el abuso

sexual de una mujer trans descrito por Andrés, uno de sus amigos más cercanos quien prefirió omitir el nombre de la víctima:

“Si uno es marica o arepera y se le nota no puede pasarse por ahí. Si es travesti menos. Esa parte es muy miedosa, ellos se emborrachan antes de llegar o si no en esos barcitos de la cuadra de los rockeros ¿Si la ha visto? Ellos son pesados siempre, imagínate con los tragos en la cabeza. Uno puede andar Chapinero, no digo que no, pero eso de todos lados es mentira. Uno puede ser lo que es en algunas cuadras, en otras tiene que disimular haciéndose el hetero. Toca saber adaptarse porque si se la montan nada que hacer, a ti nadie te va a defender, nadie es tan bobo de meterse en problemas de otro.

Tú le preguntas a cualquiera y te van a decir que todo por acá es muy bonito, que se pasa delicioso, pero cuando te tengan confianza verás que cosas que pasan son muy densas. Tú sabes que los rapados y los metachos son súper homófobos, no te pueden ver siendo medio afeminado porque ya te van a gritar de todo, y eso que ahí hay más maricas que en cualquier otro parche. Todos hemos sabido de alguien a quien le han cascado cuando iba o se devolvía de la rumba. [...] ¿Sabes qué es lo más mierda? Ellos no quedan contentos con darte dos golpes, cuando yo hacía activismo sólo en Chapinero, ponle 2015, 2016, me hice amigo de una niña que apenas estaba haciendo el tránsito, no llevaba ni un año con hormonas. Una noche estábamos regalando condones por acá con una campaña que teníamos en el Parque de los Hippies, yo la vi, nos acompañó un ratico y se fue a buscar plan por la décima. Ay Lau ¡Lo que me arrepiento de no haberla invitado a hacer algo para que no se fuera solita o haber estado más pendiente de ella! Ponle dos semanas después me buscó, andaba toda perdida, pero a mí no se me hizo raro, ella siempre se perdía. Cuando nos vimos me contó lo que le pasó. La muy tonta, sabiendo cómo es por allá se atravesó por toda la cuadra de los bares rock y luego por toda mitad de Lourdes como a las diez de la noche. Claro, cuando iba llegando una pandilla la fichó. Cuatro manes se le fueron detrás. Ella sólo los ignoraba y avanzaba tratando de perderseles, pero los manes sabían para dónde meterla. Tres cuadrillas. Cruzaron la Caracas, por ahí a esa hora nadie se fija en nada, la gente o es gente fea o es gente bien que camina a toda para salirse de ahí y meterse a los barcitos. La hicieron desviarse y una cuadra después la arrinconaron, una calle oscura donde ya estaba todo cerrado. Esos hijueputas la violaron Lau, la humillaron, le decían maricon, perro asqueroso, degenerado, que si tanto le gustaba la verga ahí tenía cuatro para ver si se le quitaba lo marica. No les bastaba con violarla, tenían que pegarle la traumatizada de la vida con todo lo que le decían. Lo peor es que se creían terroristas o algo los degenerados ¿Sabes con qué remataron? Con que la gente como ella tenía que morir, pero que la dejaban para que les avisara a otras maricas lo que les iba a pasar, obvio amenazándola con matarla si llegaba a denunciarlos. Aparte esas pandillas tu no las ves siempre Lau, pero ellos siempre andan por ahí, tienen todo controladito, saben quién es uno y de veras le podía ir peor si iba a la policía. Ella me dijo porque no podía más y quería ayuda psicológica, pero demandarlos ni por el putas.

¿No te parece muy horrible? Pensar que a tres cuadras de donde todo el mundo estaba re contento rumbeando, tomando, una nena estaba viviendo eso” (Comunicación personal, 2018).

Otro hecho tuvo origen en el Parque detrás de la iglesia. En este lugar, el trabajo sexual masculino se desarrolla en cualquier horario, siendo difícil notarlo gracias a los códigos manejados entre trabajador y cliente, quienes conservan un “bajo perfil”, evitando así problemas con la policía o los residentes del sector. La mayoría de “putos” –como se autodenominan- buscan clientes en este punto una o dos veces por semana, intercalan su lugar de trabajo con el fin de evitar ser reconocidos, a diferencia de trabajadoras sexuales cisgénero y/o trans, relegadas a la Avenida Caracas. A principios del 2018, un joven vivió un crimen de odio.

“Una noche llegó un grupito en un carro, eran tres tipos. No eran la locura ni se veían malos. Yo me les monté al carro y me empezaron a decir que íbamos a tener sexo grupal. A mí se me hizo raro porque en Chapi hay bares de orgías para gays que en todo el mundo conoce, era más fácil irse para allá, pero yo les dije que sí de una. Marica eso fue el infierno, cogimos para Chapinero Alto pero se desviaron, dieron un montón de vueltas. Yo perdidísimo, a estas alturas no puedo decirte bien dónde fue todo. Yo creo que era cerca al desvío pa’ la Calera porque encontraron un poterito con mucha bolsa de basura y me metieron ahí y los barrios de más arriba son todos lindos, no tienen tanto monte. Ahí pararon, nos bajamos y me empezaron a pegar, cuando me tenían vuelto nada me violaron con palos, porque me decían que yo fijo era un sidoso, un enfermo. Yo a lo último no sentía nada, el cuerpo como que se me durmió, era un shock muy horrible. Acabaron y me volvieron a dejar en la parte de abajo de Chapi, los manes me decían que tuviera mucho cuidado, que mejor me perdiera porque si me volvían a ver mariquiando me mataban. Me dejaron sobre la Caracas y nunca los volví a ver.

Yo si le conté a unos amigos, pero lo aburridor es la intensidad con que denuncie y yo no lo voy a hacer, ¿Pa’ qué? Si igual uno sabe que no van a hacerles nada a esos manes. Ponle la firma que la policía se me va a burlar, o no me van a poner cuidado, o me van a decir que fue culpa mía por perra, aparte mi familia no tiene ni idea de que yo ando en esas cosas, ellos no pueden enterarse” (Comunicación personal, 2018).

Las dos situaciones de violencia extrema descritas tienen en común el móvil (transfobia y homofobia), los horarios, pues ambas ocurrieron a altas horas de la noche, y las características de los espacios donde ocurrieron. La primera situación ocurrió en un callejón de la carrera 15, lleno de locales e instituciones educativas cerradas a esa hora, seguía siendo Chapinero central. En el segundo relato la víctima desconoce la ubicación exacta, teniendo como indicio la cercanía de Chapinero Alto y un terreno alejado. Ambos son lugares poco habitados en ese horario, con

mínima iluminación y relativamente alejados de viviendas o establecimientos abiertos. Al transitar los callejones noté una gran cantidad de basuras regadas y en bolsas. No solo los primeros relatos denotan el miedo que producen las zonas oscuras, solitarias, desaseadas, también los últimos confirman que esto facilita la ocurrencia de crímenes.

En ningún caso hubo una denuncia formal por miedo a las burlas de agentes de policía, al riesgo de las posibles represalias de los agresores, sumados a la falta de justicia e investigaciones exhaustivas en la fiscalía cuando los crímenes afectan a personas LGBT. Resulta irónico que la zona donde más se visibiliza la comunidad homosexual, bisexual y trans de la ciudad, invisibilice algunas de las agresiones más atroces. En cierta medida se ha naturalizado la violencia, todos y todas las personas que me acompañaron durante la investigación acuden a Chapinero en busca de diversión, pero saben que pueden ser víctimas de sucesos similares en algún momento sólo por ser “diferentes”.

Cambiando de espacio, los informantes coinciden en que antes en el Parque de los Hippies, ubicado sobre la carrera 7 con calle 60 solían presentarse las mismas problemáticas pese a contar con un CAI. Actualmente eso solo se repite bajo los efectos del alcohol, cuando a la madrugada skaters o integrantes de tribus urbanas ya mencionadas confrontan a personas no heteronormativas. Ahora las peleas rara vez trascienden a agresiones físicas, suelen quedarse en insultos. Los afectados optan por contestar algunas frases y retirarse rápidamente del lugar, evitando confrontaciones mayores.

Varias acciones han transformado Los Hippies en un lugar seguro. Allí se han realizado la mayoría de actos simbólicos, obras de teatro, conmemoraciones por parte de la alcaldía en relación a la comunidad. Los primeros pasos seguros, descritos anteriormente, se pintaron en las cebras del parque. El primer anuncio de *Bogotá* usando los colores de la bandera LGBT fue instalado ahí, paralelo a la socialización de pactos de convivencia con la Policía Metropolitana, fomentando acciones efectivas para proteger a cualquier víctima de discriminación.



Imagen 9: Instalación en el Parque de Los Hippies

Algunos han intentado deteriorar estos símbolos, y continúa el recelo hacia la Policía por sus malos tratos, constantes burlas y negligencia. Aun así, las acciones en el lugar son constantes, se ha aumentado la iluminación nocturna, ha disminuido la presencia de basuras, constantemente retocan la pintura en pasos seguros, en la instalación de #OrgulloBogotá y se realizan eventos con frecuencia, lo cual consolida Los Hippies como un espacio público amable con la diversidad sexual y de género.

En el resto del Distrito Diverso los miedos se agudizan en las noches por culpa de la delincuencia común. En áreas residenciales, si es visible la persecución hacia personas con performances no normativos. Muchos afirmaban sentir miedo de tomar taxis en la calle por las probabilidades de atraco por parte de los conductores. En distintos momentos pregunté por qué el tramo desde la carrera 13 con calle 52 hasta la carrera 13 con calle 65 y toda la avenida Caracas resultan espacios de miedo. La mayoría respondió apelando a los mismos factores: son zonas de delincuencia, expendio de drogas, presencia de habitantes de calle y trabajadoras sexuales trans a altas zonas de la noche. Esto es problemático siendo que las mujeres trans son las más vulneradas; muchas de ellas “se han visto condenadas a ejercer la prostitución, hay predios abandonados, ropavejeros, es una zona compleja. Ellas históricamente han estado vetadas de la zona de rumba, hay endodiscriminación, los mismos gays las rechazan, hasta las mismas trans que tienen más plata y consiguieron otros trabajos entonces no les toca prostituirse. Los guardias les impiden el ingreso a bares, restaurantes, porque hay un estigma, las miran feo, las humillan, se está

trabajando en eso, pero es algo que ha pasado siempre” (B. García, comunicación personal, 2019).

Así se reafirma la importancia de la economía. No todas las mujeres trans son potenciales clientes de los establecimientos, tampoco acompañantes en fiestas, sino trabajadoras en las calles. Su presencia se liga a lo prohibido, al peligro. Son constantes víctimas a quienes nadie defiende si no aportan algún beneficio monetario al sector. Se encuentran en lo más bajo de la jerarquía sexual expuesta por Rubin (1989). Son deshumanizadas al punto de pasar a ser una característica más del espacio, “si la Caracas siempre es peligrosa, peor después de las 11 que cierra Transmilenio y eso se llena de indigentes, putas, travestis y es un atracadero fijo” (Comunicación personal con un hombre gay en la discoteca Leo’s, 2018).

Según Andrés Useche “hay violencias muy fuertes a personas transgénero porque no las dejan ingresar a los establecimientos y las ridiculizan a la entrada, escudándose en el derecho de admisión. Sólo aceptan a chicas trans que cumplan ciertos cánones, que sean chicas de gimnasio, de ropa de marca, elegantes, de ingreso económico alto. No es con todas las trans que hay esa discriminación. En Chapinero la discriminación hacia mujeres trans es muy fuerte, afortunadamente ellas se han ido empoderando y exigiendo sus derechos, pero si hay mucha violencia” (Comunicación personal, 2018). La desigualdad se agudiza desde diferentes puntos, la estética o belleza física, el nivel de ingresos, el trabajo mediante el cual los consiguen, siendo las trabajadoras sexuales trans las más desfavorecidas, “el grupo superior es selectivo en lo que respecta a la existencia, al estilo, al gusto; el estrato inferior se las ve con la miseria, con desprecio” (Luhmann, 2006:544).

En el día las dinámicas comerciales cambian, los establecimientos abiertos no brindan la misma acogida a personas diversas que los nocturnos. En 2018 se realizó un Consejo Local de Política Social centrado en problemáticas LGBT. Tras hablar de educación, salud, discriminación en la localidad, una de las asistentes expuso la principal problemática en el día:

“Si vamos en pareja nos miran como bichos raros, generan muchísima incomodidad. Hay partes donde hay gente intolerante que no acepta nuestra forma de ser, nuestra orientación sexual. Las miradas hablan así no le estén diciendo a uno cosas feas. Y de todas formas si dicen cosas si voy con mi novia o así. Debería haber más seguridad para nosotras, una va por la calle y empiezan a insultarla. Las

personas heterosexuales deberían socializar más con nosotros, tener más tolerancia, conocernos, porque el problema de la discriminación es que hace parte de la cotidianidad. Por ejemplo, en la fiesta a diferencia de los heterosexuales, las personas LGBT deben pensar siempre a donde los dejarán ingresar. Yo no creo que la gente hetero tenga que planear horas para ir fijo a un sitio donde no vaya a pasar un mal rato porque lo saquen o ni los dejen entrar, o que les toque aguantarse las ganas de darle amor a su pareja cuando la ven en la calle por miedo a un insulto o algo peor” (Comunicación personal, 2018).

Fredy Suarez comparte esa crítica:

“Chapigay es nocturno, eso hay que tenerlo en cuenta, Chapinero normal, en el día es totalmente diferente. Eso lo queremos destacar, la vida LGBTI no es solamente nocturna, nosotros estamos vivos, trabajamos, estudiamos, convivimos a toda hora, sobretodo en el día hacemos nuestras actividades. Tú ves eso después de las 6 de la tarde ves en Chapinero cogidos de la mano, los novios se dan besos, pero solo en la noche. En el día no se hace nada de eso, yo trabajé en la 63 con 13 y no se ve nada de eso. Nos congregamos, pero sólo nocturno, en el día puede haber sitios de homosocialización, pero son a puerta cerrada, clandestinos. Claro que ayuda que allá es tan comercial, es muy poco residencial por eso se concentraron ahí, porque lo residencial es muy poco entonces no hay ningún inconveniente con que a las 6-7 de la noche ande con mi pareja porque a esa hora la gente va para sus casas, cansado, no le ponen cuidado a nada y puedo hacerlo más libremente. Pero uno pasa en el día que todos lo ven o pasa de noche a las cuerdas de puros apartamentos y sabe que es muy diferente, lo van a mirar mal, a decir en murmullos, pero sabiendo que uno oye que qué asco la marica, es muy incómodo porque uno se siente rechazado todo el tiempo [...] En Chapinero se concentró todo así, son muchas cuerdas donde puedo andar tranquilo, pero sálgase de la parte de barcitos, bajémonos hacia la 40 a ver si vemos algo así. Lo otro es que puedo andar desde la 68 con 13 hasta la 45 porque de ahí para allá empieza la zona universitaria, allá no nos podemos pasar porque vienen los de la San Toto,³⁷ los de la Piloto, los de la Javeriana y me van a criticar. Entonces tengo ese lapso grande donde puedo andar libremente, donde me van a ver y dicen “chévere la pinta de la marica” mientras que allá te van a ver y te van a discriminar [...] yo creo que donde están las casas es la misma discriminación, tu bajas por la 63 y te metes como a la 55, a las casa metidas, o pasando la Caracas, no hacia la séptima sino hacia abajo, sobre la séptima no habría tanta discriminación como en esos sectores tan residenciales porque hay mucha familia y muchísimo adulto mayor” (Comunicación personal, 2018).

³⁷ Universidad Santo Tomás.

En el imaginario social -sin contar las violencias ya descritas-, solo unas cuantas calles se consideran seguras al expresar el género más allá del binarismo heterosexual. No es posible habitar libremente el espacio. Las personas diversas son marginadas, pudiendo ocupar solo las cuadras descritas en determinados horarios y para fines específicos. Las acciones dirigidas por comerciantes y el Estado en pro de igualdad se han limitado a lugares cómodos, olvidando que en el día, en el resto de la localidad (en las áreas residenciales, en la parte rural) no desaparecen “siguen habitando el espacio público, aunque lo hagan con miedo; por lo tanto, solo queda crear mecanismos de defensa y de prevención contra las violencias, en unos casos defensivos (como ignorar al agresor, bajar la mirada, vestirse con recato) u ofensivos (tomar cursos de defensa personal, tener objetos para contrarrestar la agresión como gas pimienta, gritar, reaccionar, insultar o golpear)” (Toro y Ochoa, 2017:70). Muchos optan por evitar salir del Distrito Diverso, hacerlo solo en compañía de conocidos, disimular su disidencia con grandes abrigos que cubran el resto de su vestimenta y tomar taxis o vehículos de Uber para desplazarse, aunque su destino sea cercano, exponiéndose a robos, frecuentes en medios de transporte público. “Se requiere un proceso de protección para el desaprendizaje del miedo, permitiendo que finalmente podamos ser habitantes de la ciudad, es decir, que podamos recorrerla, usarla, disfrutarla y ejercer como ciudadanas” (Toro y Ochoa, 2017:70).

El imaginario de que sea una zona segura es falso. Hay mayor visibilización de la comunidad; sí se presenta violencia, solo que las violencias son distintas. “Ahí en los bares los drogan, escopolaminan, e incluso se han asesinado a personas de la comunidad. Atacan principalmente a los gay por vernos como inferiores, débiles, los taxistas siempre hacen paseos millonarios, hay abusos sexuales, algunos establecimientos discriminan a las chicas trans al verlas como peleonas o tener el estigma de que son trabajadoras sexuales buscando clientes. Chapinero puede ser mil veces más violento que Tunjuelito, pero se disfraza esa violencia porque sólo es de noche en los fines de semana, mientras que en Tunjuelito es más suave y a cualquier hora” (F. Vanegas, comunicación personal, 2018).

El riesgo y los mecanismos de defensa se naturalizan, haciéndose de formas inconscientes, como lo hace Melisa, quien narra:

“A mí nunca me han dejado en un sitio por fuera ni me han tratado mal, me miran raro porque yo me considero mujer, pero para muchos soy andrógina, por la ropa y las rastas, pero de ahí no más. Yo voy con mi pareja, voy cogida de la mano, si me dan ganas de darle un beso le doy un beso cuando se

puede y nadie me dice nada y me preguntan ¿negra usted cómo hace? y yo lo que hago es que manejo la parte del respeto, por ejemplo mi pareja me dice dame un beso y yo analizo el entorno y le digo, mira allá hay personas de tercera edad, hay niños, hay personas muy serias, manes, hay esto yo mejor le doy el beso en la mejilla, ella me pregunta por qué no me gusta y yo creo que cuando la gente infunde respeto yo también tengo que dar respeto, así me he ahorrado muchas cosas” (Comunicación personal, 2019).

No ha sido víctima de violencias directas o físicas, pero la necesidad de evitar cualquier muestra de afecto hacia su pareja cuando está en público refleja el control que sostienen los fieles a la heteronorma, quienes no tienen que limitarse al salir con sus parejas al ser del sexo opuesto.

El peligro de vivir otros delitos es habitual, “en las noches los residentes de Chapinero y la comunidad flotante en general no se pueden mover libremente, no hay lugares seguros y eso provoca que uno deje de visitar sectores de rumba o comerciales. Los taxistas les echan cosas a las personas que salen de los establecimientos y luego los roban. La falta de transporte público afecta porque da miedo coger el taxi. No hay una respuesta de las autoridades ante el delito ni un plan de prevención antes de los hechos” (CLOPS Chapinero, 2018). Este riesgo responde a la delincuencia común, no es consecuencia directa de la heteronorma. Un nuevo problema surge y es la forma en que los crímenes de odio son abordados como simples robos, omitiendo la sevicia, la discriminación presente en los casos, sumados a todas las situaciones no denunciadas. “Los casos que se ven mucho son los de la escopolamina, casos de que vas a tener una noche de sexo en tu apartamento con el man que te levantaste en Theatron y amaneces golpeado, torturado y con el apartamento desocupado. Otra cosa es que por proteger tu privacidad no cuentas los hechos como fue, dices que se te metieron a la casa y te robaron o que te pegaste con la puerta, pero no cuentan específicamente que en realidad era la persona que te levantaste horas antes” (M. Moore, comunicación personal, 2018). En el recuento histórico de la violencia LGBT en el país vimos el asesinato de Guillermo Garzón. El mismo modus operandi prevalece, usualmente sin desenlaces fatales dejando traumas físicos y emocionales a las víctimas.

Así como la delincuencia es un riesgo latente a lo largo de la localidad, lo son los actos de fobia a la diferencia. Chapinero central es un punto de concentración LGBT, lo que facilita la mayor frecuencia de situaciones violentas. Empero, los espacios públicos que comparten características como poca iluminación, baja afluencia de personas, alta presencia de basuras de toda la localidad son lugares de potenciales agresiones. Por su parte, la mayoría de zonas residenciales son de

estratos sociales altos, cuentan con seguridad privada lo cual reduce las violencias físicas, pero siguen presentándose insultos y miradas despectivas.

Más al norte la situación no varía mucho, “el Chicó, la calle 100, la carrera 15, la zona T, son partes seguras por el tipo de estratificación, todo es bonito, tranquilo, no son negocios gay pero tampoco son negocios donde te discriminen y si pasa te van a defender como pasó con los muchachos que se besaron en el Andino, un man los insultó y a la final el mismo centro comercial ofreció disculpas públicas. De pronto se puede presentar eso, el insulto, pero que tú digas uy te pueden agredir, casi no. Incluso puede ser mucho más seguro allá que toda la zona gay” (B. García, comunicación personal, 2019). Cabe resaltar que los negocios más costosos de la localidad son en esos puntos. Allá la diversidad no es tan amplia como en Chapinero central, la mayoría de consumidores son personas con recursos económicos relativamente altos, prácticamente cada local cuenta con seguridad privada, además de vigilantes por cuadradas. La estética del sector es agradable en el imaginario de la mayoría; no se repiten las características espaciales ligadas a topofobias de otros espacios; tanto establecimientos como parques (Parque El Virrey, Parque de la 93) cuentan con iluminación suficiente para transitar con tranquilidad, la cantidad de basuras es mínima; no hay callejones sin salida, vidrios rotos o paredes deterioradas.

Finalmente, quiero referirme al área rural de la localidad, usualmente olvidada.

“Chapinero no es solo la parte bonita, sino zonas rurales, populares, de estratos 1, 2, donde todavía hay esas problemáticas de discriminación, son barrios muy hostiles. Hablemos del barrio San Luis, allá tenemos personas LGBTI, en su mayoría mujeres lesbianas, bisexuales, gay; personas trans no tenemos identificadas allá en ese espacio y ellos manifiestan que en ese sector el espacio público todavía es hostil, reciben insultos, groserías, amenazas de golpes si llegan a darse besos con sus parejas en público. No se sienten seguros transitando en esa zona, pero tampoco nos dejan entrar, llegar allá es duro. Aparte de ser lejos, es peligroso, nos han mencionado la presencia de grupos que controlan el territorio, yo personalmente no te aconsejo subir, al menos no sola” (B. García, comunicación personal, 2019).

El distrito no ofrece soluciones efectivas a los problemas de seguridad. A la marginación geográfica de los barrios rurales de Chapinero, se suma el abandono estatal bajo la excusa del control territorial ejercido por grupos delincuenciales. Es paradójico, siendo el Estado quien debería garantizar el cuidado de los ciudadanos de todo el territorio. Los líderes sociales cuyo

activismo se centra en área urbana conocen a algunos líderes de San Luis, manifiestan que “los principales problemas allá son el tema laboral, la necesidad de los servicios del distrito, la movilización, muchas veces la gente quiere asistir a eventos del distrito, pero sus factores económicos no les permiten asistir” (A. Useche, comunicación personal, 2018). Lastimosamente, esto me impidió movilizarme hacia el barrio, conocer sus espacios, su infraestructura y a sus habitantes, por ende, no puedo describir la estética espacial. De todas formas, me pareció importante mencionarlo, por las violencias conocidas de voz a voz y por ser muestra de la ineficacia de acciones estatales.

3.3.2 Historias de violencia en Tunjuelito

Hemos visto los cambios en dinámicas socioeconómicas en esta localidad del sur de la ciudad. La religión, la cercanía entre vecinos, el arraigo a los barrios, las viviendas, la ausencia de establecimientos LGBT y la falta de apoyo a las actividades de visibilización de la población diversa en sus parques son algunas de sus características generales. Contrario a Chapinero, en Tunjuelito no existen espacios completamente seguros para personas no heteronormativas. Ningún establecimiento es abiertamente gay friendly y los pocos intentos de crear lugares de entretenimiento libres de discriminación, han fracasado debido al rechazo de los vecinos. De ahí parte una gran ignorancia sobre las formas de referirse a personas no binarias o no heterosexuales, “por ejemplo el referente allá es chico trans y la gente apenas lo conoce empieza ‘¿usted es hombre, es mujer, es perro o qué es? ¿cómo así? ¿cómo se llama?’, no saben tratarles” (A. Useche, comunicación personal, 2018)

Andrés se refería a Camilo Cortés, referente local para asuntos LGBT de la SIS. Los sucesos allí lo atraviesan más allá de lo laboral, al ser un hombre trans cuya vida social se concentra en el sur de la ciudad. Según su experiencia

“acá es súper violento y nadie reconoce la identidad, por ejemplo con las mujeres trans. A ellas no las ven como mujeres trans sino como gais disfrazados. Para las mujeres trans si pueden usar la palabra gay, pero para los gais usan marica, reguero e plumas, a las lesbianas areperas. Cuando ven un hombre con una mujer trans dicen que él es marica, porque está con un hombre. En realidad, sigue siendo hetero porque es pareja de una MU-JER, la identidad va más allá de lo que tienen entre las piernas” (Comunicación personal, 2018).

Un punto clave de las dinámicas de Tunjuelito es la naturalización de la violencia cotidiana basada en la identidad de género u orientación sexual de la víctima. En los discursos de sus habitantes impera la protección de los roles binarios, el abierto rechazo a cualquier expresión distinta, la burla hacia las “marimachas”, las “locas” o “maricas” bajo argumentos religiosos y machistas. Shannon Delgadillo, lideresa trans sabe que:

“En Tunjuelito hay mucha población LGBTI que no quiere ser visible, a veces por falta de interés, otras veces por miedo. Acá la comunidad es chévere, tiene mucha disposición y quiere empezar a liberarse, pero hay muchas zonas que son peligrosas más que todo por la persecución, lo hagas público o no se da persecución solo por verte actuar distinto, el chisme se riega porque en los barrios todos se conocen. Muchas veces las personas por evitar eso no hacen público el tema ni se autorreconocen como parte de los sectores LGBTI [...] Cuando una trans empieza a hacer su tránsito, un gay a ser afeminado o dos lesbianas salen del closet tienen que aprender que el insulto se vuelve tan cotidiano que uno lo normaliza, uno con el tiempo no lo ve violento así sea violento” (Comunicación personal, 2018).

En apartados anteriores vimos ejemplos de adultos transmitiendo estos discursos de odio a los niños, reproduciéndolos en todas las edades y barrios, lo cual es sencillo al ser una localidad tan pequeña. Muchos optan por ocultar su orientación sexual u ocultar al máximo sus performances de género.

“Acá la localidad es muy reacia con el tema porque es una localidad muy longeva, hay mucho adulto mayor, es de mucho patriarcado, entonces el tema es todavía esquivo ante la sociedad porque no admiten eso. Acá no han sido muy bien recibidos nuestros procesos, en los eventos siempre nos hacen el feo. Por ejemplo, nosotros lo que a veces hacemos es escondernos y ya, pasar desapercibidos, nos camuflamos mejor y dejamos tanta pendejada, pero volvemos a lo de siempre ¿por qué tenemos que escondernos, no salir? [...] Son dinámicas muy diferentes y agresiones muy diferentes las que se dan en Chapinero a las de Tunjuelito. Aquí hay mucha comunidad camuflada por lo mismo que es tan conservador, entonces le quiero evitar rabia a la familia, el reproche de los vecinos, tengo que estar bien puestecito en mi lugar porque qué dirán las señoras del barrio. Acá no se ven edificios casi, sino casas; mucha gente lleva toda la vida viviendo acá, tienen sus creencias y no se las cambia nadie, dicen que esas cosas son del diablo, que mijito cambie que eso no es de Dios. Acá todavía andan muy arraigados con eso, la discriminación sigue porque son barrios y personas muy longevas y son ellos los que dicen ‘no haga eso, eso está mal visto, no se porte así’. [...] A mí un viejito que es muy amigo de mi mamá me decía que me acercara Dios, que por qué no cambiaba, yo le decía que soy cristiano, que soy hijo de Dios y por ser lo que soy no me voy a quemar en la hoguera del infierno. Ya no estamos en los tiempos de antes y cada uno busca a Dios a su manera. Por eso te digo, la localidad

está muy arraigada a la antigüedad, entonces la discriminación se siente mucho más, muchas veces nosotros nos quedamos quietecitos en la casa, en la zona de confort porque me da pereza ponerme a pelear” (F. Suárez, comunicación personal, 2018).

A grandes rasgos ese es el contexto social de la localidad. Exceptuando El Tunal donde tenemos solo conjuntos con torres de apartamentos, la mayoría de sus barrios mantienen la misma dinámica de ocupación, estilo de vivienda, cercanía entre familias y la religión sigue jugando un papel fundamental en la ideología y relaciones sociales en todos ellos.

Los conflictos violentos en Tunjuelito no se reducen a las agresiones por discriminación. Mientras en Chapinero estos ocupan el foco de las acciones del Estado y los comerciantes, en Tunjuelito no son una prioridad, debido a la frecuencia de otros conflictos, violencia intrafamiliar, fronteras invisibles en los barrios impuestas por pandillas, hurtos, microtráfico. Sé en Chapinero se presenta lo mismo, tal vez a menor escala, pero allá la comunidad LGBT es un pilar de la economía, su presencia beneficia a la sociedad, opuesto a Tunjuelito, donde son minoría, no representan beneficios socioeconómicos, limitándose a la condición de trasgresores e indeseables cuyas necesidades pasan a segundo plano. “Chapinero es una localidad LGBTI amigable donde nadie te conoce y los vecinos rara vez se meten contigo, cuando hablas de Tunjuelito es una localidad más popular, con problemas sociales más complejos. En las oficinas públicas sabemos que los problemas de violencia son más altos, no sólo hacia el movimiento LGBTI sino hay más violencia intrafamiliar, en los colegios y en la casa los niños no tienen conocimiento de cómo solucionar los conflictos, hay pandillas, las drogas ya no son solo para recreación en la fiesta, sino que mueven muchas partes de los barrios” (B. García, comunicación personal, 2018). “Hay tantos problemas tan grandes acá, los chinos se drogan, tienen hijos siendo muy chiquitos, venden drogas en el colegio, roban, mejor dicho pasa de todo, que lo último que se puede hablar es de diversidad sexual, hay cosas más importantes” (F. Suarez, comunicación personal, 2018). Pasa a ser un dilema de escala o de prioridades, la discriminación empeora la calidad de vida de los sujetos, pone en riesgo sus vidas, limita su derecho a habitar la ciudad. Sin embargo, otros conflictos tienen las mismas consecuencias para la mayoría, no solo para un sector de la población.

La falta de recursos logísticos y garantías de seguridad obligan a los líderes comunitarios a limitar sus acciones a sus círculos cercanos rechazando expresiones de asco, “cuando veo que dicen ‘ay ya llegaron las locas’ me toca decirles ‘no se llama loca, no son locas, ni están corridos ni es mal

educado como para que usted le diga que llegaron las locas, al menos en mi casa, porque si voy solo en un barrio donde no conozco a nadie si me toca morderme la lengua y quedarme calladito” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

La historia del movimiento LGBT también es distinta aquí. Durante la década de los 70’s inició el camino legal que llevó a la despenalización de la homosexualidad en Colombia, empezó la creación de establecimientos, en ese entonces clandestinos, para gays, lesbianas, transformistas y transgénero en Chapinero. Al mismo tiempo iban llegando mujeres trans de otros territorios, en especial municipios rurales. La violencia de guerrillas y grupos paramilitares en pueblos y pequeñas ciudades, sumadas al rechazo social obligó a una gran cantidad de personas de la comunidad LGBT del país, principalmente mujeres trans a abandonar sus lugares de origen. Algunas de ellas llegaron a la localidad, en su mayoría a Venecia y El Carmen.

Empezaron a laborar en diversas áreas, peluquerías, venta de dulces y trabajo sexual. Inicialmente la discriminación y violencia hacia ellas era alta, eran consideradas “locas y maricas”, no mujeres; a nivel jurídico eran personas ilegales por su expresión de género; no tenían ninguna protección de sus derechos por parte del Estado, además ellas no habían podido hacer tránsitos “bonitos” como Fredy los llama:

“la mayoría parecían travestis y no mujeres trans, seguían grandes, acuerpadas, con boso, peludas y de voz gruesa. No eran como las trans de ahora o las que ves en estratos altos que se ven como niñas, son bonitas, delicadas, recatadas, usan pantalón, zapato normalito. Ellas eran mucho más extravagantes, se inyectan lo que le recomiende la madre, algunas se operan, se ponen cosas muy exageradas” (Comunicación personal, 2018).

Las agresiones de todo tipo, asesinatos, violaciones, golpes, amenazas, robos, insultos eran el pan de cada día, pero en cada barrio las trans fueron conformando lazos de solidaridad, fueron adquiriendo independencia económica y crearon sus propios negocios.

“Se cuidaban entre ellas, empezaron a armarse con cuchillos y machetes para defenderse de cualquiera que intentara lastimarlas. Con el tiempo en cada barrio empezaron a conocerlas, a respetarlas, ellas no le decían activismo, pero lograron hacer respetar sus derechos con mano dura. Ahora la gente las conoce, las respeta, claro no siempre y eso que al menos han disminuido constantemente las agresiones físicas porque a los manes (principales agresores) les da miedo, saben que les puede ir muy mal si se mete con ellas. Incluso ellas son las que nos cuidan a nosotros (los hombres gays). Cuando nos amenazan, cuando alguien nos insulta o nos agrede en discotecas sobretodo de Venecia o algo así uno

sabe que ellas no están adentro, porque ellas parchan en las peluquerías o en la calle porque no las dejan entrar a las discotecas, pero si uno las llama y les avisa que tiene miedo o que le hicieron algo ellas de una llegan y le dan al que lo agredió. Les ha tocado defenderse solas y a las malas porque nunca las ha cuidado nadie más, de ahí que les digamos las “Madres”, son grandes, fuertes y cuidan lo suyo y a los suyos” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Hoy en día Venecia sigue siendo el hogar de la mayoría de mujeres trans de la localidad. Este barrio tiene una infraestructura bastante típica de barrios populares, sus calles principales (la Autopista Sur y la Carrera 53) hay concentración de comercio de toda clase, alimentos, abarrotes, exámenes médicos, ferreterías, etc. Las demás calles tienen casas de dos y tres pisos, unas pocas de cuatro, habitadas por diferentes generaciones de las mismas familias. Cuenta con canchas de baloncesto, rodeadas de casas con pequeños negocios –tiendas, barberías, misceláneas, farmacias. Comienza a ser evidente la fuerte influencia de la religión judeocristiana, ya que solo en el barrio existen cinco iglesias cristianas, una evangélica, una pentecostal y la infaltable parroquia católica, cuyos seguidores han luchado en contra de cualquier acción reivindicativa de personas no heteronormadas.

En la diagonal 46 y 47 con carreras 52 y 53 están la mayoría de sus salones de belleza. Entre las carreras 52 y 53b están los principales bares de la localidad, dirigidos únicamente a personas cisgénero heterosexuales. “En Venecia son cerrados a cualquier negocio diferente, apenas ven la bandera del Orgullo o cualquier símbolo gay llegan a quejarse. En toda mi vida supe de dos intentos de montar establecimientos gay y a la semana los quitaron porque los vecinos montaron presión diciendo que era la proliferación de perversiones” (F. Suarez, comunicación personal, 2018). En las esquinas se ubican trabajadoras sexuales cis y en el límite con el barrio Fátima están las trabajadoras sexuales transgénero. Ellas se han apropiado de las calles durante la noche, son reacias a permitir que nuevas trabajadoras se ubiquen en la zona a menos que tengan cierto vínculo con una Madre y les facilite el acceso. A los alrededores existen varios moteles cuyos usuarios no tienen distinción de género.

El imaginario piensa dos únicas posibilidades laborales para las mujeres trans, la prostitución o la peluquería. “Por el hecho de que eres trans generan el pensamiento de que eres trabajadora sexual siempre que caminas por la calle, peor si vas sola y arreglada, entonces te ofrecen plata, empiezan a darte vueltas, si van en carro dan la vuelta a la manzana, te dicen que te subas, te persiguen por varias cuadras y qué miedo porque tú no sabes cuándo cojan y te monten a la

fuerza, eso pasa mucho alrededor de los moteles de Venecia” (S. Delgadillo, comunicación personal, 2018)

Puede parecer paradójico el rechazo a personas no heteronormadas en cuadras residenciales si a pocas calles hay concentración de peluquerías, moteles y trabajadoras sexuales trans. En realidad, puede ser el intento por no permitir que estas personas empiecen a ocupar otros espacios, manteniéndoles en espacios reducidos, marginadas en las fronteras del barrio. La existencia de dichos establecimientos es irreversible y aceptada, en tanto no alberga a sujetos indeseables como trans u homosexuales y cuenta con clientela estable. Lo que los residentes intentan evitar es que cualquiera que altere el orden, entendiendo la heteronorma como parte de él, habite sus espacios. “En Venecia hay muchísima violencia verbal, por ejemplo, en diciembre del año pasado almorzando con mis papás encontramos chicas trans en el espacio público y las trataban de marimachos, de maricos y preferían no atenderlas que tratarlas con respeto. La gente es muy agresora, la violencia verbal es muy fuerte” (A. Useche, comunicación personal, 2018).

La hora también incrementa o disminuye la posibilidad de insultos, “ya sé que yo puedo caminar todo lo partido que quiera por acá en Venecia después de las 10 de la noche porque todo está súper solo y si paso a donde están las discotecas cada uno está en lo suyo, pero si camino así ahorita (2 pm) van a empezar a gritarme que la loca, ay mire la loca, o el murmullo que es lo que más fastidia. A mí no me importa que alguien me pare y me pregunte “¿usted por qué es tan marica?” serían más llevaderas las cosas y hasta debatimos, pero empiezan [hace sonido de murmullo], entonces tengo que hacerme notar demasiado y que me respalden las madres o tengo que camuflarme para que no me empiecen a tratar mal” (F. Suarez, comunicación personal, 2018). En las noches quienes transitan van en busca de rumba, diversión o sexo. En el día, transita el resto de ciudadanía, sujetos de todas las edades desarrollando sus actividades cotidianas. Cualquier persona “diferente” altera el orden y por ende “merece” castigos, al menos simbólicos.

Contiguo se ubica el barrio Rincón de Venecia; “ahí hay casos de chicos que no pueden hacer su transición porque están en pandillas re machistas que trabajan con paracos, con skinheads entonces les toca disimularlo. Ellos mismos me avisan ‘parce no vayas a pasar por este lado, por la cancha del barrio o por el barrio de noche porque hay pandillas que hacen limpieza’. En esos grupos hay personas de los sectores o que quieren hacer parte de los sectores y no pueden hacerlo libremente. No creas, han pasado que nos enteramos que el mismo que una ya sabía que es gay

de closet estuvo con los compañeros cogiendo a patadas a alguien por ser gay” (S. Delgadillo, comunicación personal, 2018). “Las persecuciones son todo el tiempo, siempre te gritan cosas, pero no se hace tan visible porque para uno ya se vuelve costumbre eso. Esa persecución pienso yo que es por esos líderes de los barrios, de las pandillas, que buscan limpiar el barrio de ladrones, de drogadictos y también buscan sacarnos a nosotros” (C. Cortés, comunicación personal, 2018). Por recomendación de los activistas de la localidad no pude hacer observación directa ni profundizar en las problemáticas allí. “En esos puntos hay mucha discriminación y ataques físicos, por eso te decía el tema de la policía. A ti no te conocen allá entonces toca que vayas con policía o mejor no vayas y si puedes no preguntes mucho, porque primero está la seguridad de la comunidad y la tuya y si empiezas a hablar mucho de eso puede que a ti no te molestan, pero si a los que te cuenten detalles de ellos. Yo sé que no sería tan útil hacer lo mismo en otros lados que si son tranquilos porque lo primordial son los puntos críticos, pero es lo mejor” (C. Cortés, comunicación personal, 2018). Al igual que ocurrió con San Luis en Chapinero, no puedo profundizar en este punto, mas no era correcto omitirlo teniendo en cuenta lo que se sabe del sector.

Limitando con Rincón de Venecia está el barrio Isla del Sol. Algunos lo consideran el más violento de todos;

“Es el sector más ultra machista de toda la localidad. En ese barrio todavía es lo más normal que los maridos le casquen a la mujer hasta casi matarla, se matan entre ellos porque uno le miró a la mujer o porque hubo una pelea de tragos. Allá ser gay, lesbiana o trans es un martirio, ahorita con la política pública les da miedo que los denuncien y ya no son tan pasados como antes que no les temblaba la mano para pegarle a cualquier man por afeminado, a una niña por marimacha o a las trans pues, por trans. Siguen siendo cuadras y cuadras donde todos le gritan a ellos y ellas cosas feas, que la loca, maricona, cuando cobra, lárquese de aquí malparida, cosas re pesadas” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Persiste la jerarquía del valor sexual, las mujeres y homosexuales ocupan lugares bajos y en lo más degradante están las y los trans y quienes performan su género de formas no binarias. “Para las mujeres trans hay más persecución, dicen cosas horribles, amenazan, empiezan a perseguirla a una entre cuadras hasta hacerle el encerrón. Que pase un chico gay es más suave que ser trans, pero ninguno se salva de la acosadera” (S. Delgadillo, comunicación personal, 2018). En otras

palabras, entre más afeminado sea un hombre, o masculina una mujer, más propenso es a ser objeto de represión.

“Hay muchos chismes de ese barrio, pero como es tan encerrado casi no hemos podido trabajar allá, no sabemos si los chismes sean ciertos, pero todos le tenemos mucho miedo a ese pedazo y la gente obviamente no denuncia entonces son cosas que nunca se van a comprobar [...] dicen que han violado a lesbianas para ‘enderezarlas’, a trans y a gays sólo para humillarlos, que han matado parejas gays por darse besos. Aparte tú no puedes entrar ni salir sin que te vean los de las pandillas que controlan las entradas del barrio y todo eso te vean. Lo que sí es seguro porque hasta nos han buscado a los de la mesa es que en esas pandillas hay mucho gay que les da miedo salir del closet porque saben lo que les puede pasar” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Me animé a visitar el barrio acompañada de dos amigas esperando no tener ningún problema. Viví acoso callejero durante toda la tarde y parte de la noche, algo desafortunadamente común en todos los demás barrios. A pesar de seguir siendo un barrio pequeño, se diferencia de otros de la localidad; puedo ver que no hay una fuerte cohesión, sus habitantes no se saludan ni se detienen a conversar. La distancia social borra cualquier posibilidad de protegerse de violencias machistas, ni siquiera cuando escalan a lo físico. Sumado a esto tenemos el control territorial ejercido por pandillas. El espacio se presta para su dominio ya que solo hay una vía de acceso; a medida que nos adentramos estamos más encerrados, sus fronteras están cerradas por cercas, potreros y pequeñas lomas que impiden salir por otro camino. Las bandas aprovechan su conocimiento geográfico para encerrar a cualquier visitante no grato. La infraestructura en general es similar a la de otros barrios. Sus diferencias se ven en el estilo de las casas (también suelen ser de uno a tres pisos, aunque están más deterioradas, construidas en obra negra, con materiales más económicos como techos en teja, paredes en ladrillo y unas cuantas están hechas en bareque), la ocupación del espacio (aquí hay un parque y una cancha de baloncesto, ambos suelen estar ocupados por pocas personas, al parecer consumidores o expendedores de estupefacientes y después de las 5 PM arriban pandillas) y el tipo de locales comerciales (solo hay tres tiendas en todo el barrio, el resto son zapaterías, carpinterías, talleres mecánicos y de ornamentación trabajados por hombres). Finalmente, a medida que nos adentramos al barrio, la iluminación pública disminuye, siendo los límites las áreas más oscuras y peligrosas en términos de crímenes comunes. Aun así, para las personas no heteronormadas es inseguro a cualquier hora, en el día por las agresiones de los trabajadores de locales y de noche por las pandillas. Podríamos suponer

que las violencias efectuadas por los segundos son más graves que las de los primeros, pero no conocí a ninguna víctima de agresiones físicas con quien pudiera corroborarlo.

Al norte de Tunjuelito está El Carmen. Repitiendo el patrón de otros barrios es mayormente residencial, hay varios locales comerciales, una parroquia católica, algunas iglesias cristianas y colegios públicos de primaria y bachillerato. También incluye la Casa Local de la Cultura donde inició el activismo LGBT de la localidad.

“Hace seis años acá no habían hecho nada. Éramos invisibles, no existíamos, pero en la realidad de las personas nos veíamos, nosotros nos identificamos, tenemos nuestro código de comunicación. Yo ya sabía que sí estábamos, yo veía, hablando en términos populares ‘aquí hay una loca’, este es de las mías. Empezamos a hacer integraciones en el parque del Tunal y nos sacaban corriendo, nos tiraban piedras, otros grupos nos agredían, y a la misma población les pasaron situaciones. Ahí empezamos a reunirnos en la casa de la cultura de Tunjuelito. Los alrededores no eran tan chéveres, pero no importaba porque uno adentro ya estaba súper bien” (F. Vanegas, comunicación personal, 2018).

Esas reuniones fueron el primer espacio seguro de homosocialización en la localidad. Se hacían de dos a cuatro veces al mes, sus participantes aprendían dibujo, danza y sobre todo, aprendían a respetarse, a no negar quienes eran. Los encuentros periódicos solo duraron poco más de un año, dejando amistades, personas empoderadas que al día de hoy no necesitan juntarse seguido para ser el apoyo de la comunidad, luchar por visibilizarse, reivindicar sus derechos y organizar periódicamente acciones en espacios públicos. A pesar de ello sigue siendo insuficiente para eliminar toda violencia, “El Carmen igual es una zona muy machista, ninguna persona de los sectores puede darle amor a sus parejas sin ser agredido verbalmente, uno pasa por ahí e intenta verse más machito porque si lo ven afeminado de una le hacen matoneo. Lo bueno es que en la principal siempre hay muchos carros, los locales siempre están llenos entonces no pasa de las palabras, pero de todas maneras es muy incómodo” (F. Vanegas, comunicación personal, 2018). Cuando no hay acciones directas siguen los mecanismos simbólicos de dominación. “Una vez estuvimos al lado de la casa de la cultura, nos fuimos a un parque que está a una cuadra a jugar con la pelota como a las cuatro de la tarde y llegó la policía, que la gente había llamado a decir que había un grupo de personas haciendo quien sabe qué y que nos teníamos que ir. No estábamos haciendo nada, era un grupo grande, era de día y los vecinos no nos habían dicho nada, pero si querían que nos sacaran de acá. Nosotros estábamos contentos porque nadie nos había molestado, y con eso vimos que nos ven tan indeseables, mejor evitábamos quedarnos por ahí, meeeenos si

eran grupos grandotes” (S. Delgadillo, comunicación personal, 2018). Las quejas anónimas y la acción inmediata de la policía los empujó a evitar recrearse en parques pequeños de los barrios.

Surge otra disparidad entre Chapinero y Tunjuelito. Pese a los potenciales peligros en cualquier lugar, en la primera localidad están bien delimitados los puntos críticos por muestras de discriminación, en la segunda no. “En general no son tanto x o y calle densas, no es que digamos en tal calle si o si pasa esto, es algo de los barrios completos, en cualquier lado pueden pasar cosas porque no nos quieren respetar y si yo que soy funcionario público voy a poner la cara cuando me traen una queja, se escudan en que solo fueron palabras y que la trans, o la lesbiana, o el gay se lo buscaron por andar siendo así, eso ya es algo de toda la localidad” (C. Cortés, comunicación personal, 2018).

Hay otros espacios considerados públicos pese a tener techo, muros e ir dirigidos a público con cierto poder adquisitivo para el consumo: los centros comerciales. El más importante de la localidad limita con El Carmen, es el Centro Comercial Ciudad Tunal, ocupando el tramo de las Carreras 24 hasta 24b y las Calles 47b a 48 sur. Se puede decir que su estructura es bastante típica, en la primera planta está el supermercado Éxito, algunos locales comerciales, en la segunda hay varios almacenes de ropa, calzado y algunas peluquerías, en el último principalmente hay locales de comidas y salas de cine. Es visitado principalmente por familias y parejas heterosexuales, son pocos los grupos de amigos o personas diversas allí, a diferencia del centro comercial Andino o Atlantis, donde es recurrente la presencia de parejas del mismo sexo o grandes grupos de amigos cenando antes de ir de fiesta. Afuera está la capilla del Tunal, que se llena sin importar la hora o el clima, reflejando la fuerte fe católica de los vecinos. Finalmente, el centro comercial está rodeado de una zona netamente residencial. Frente a la entrada del centro comercial de la carrera 24 está un CAI y los rodean distintos conjuntos residenciales.

Desde el ingreso quienes performen su género trasgrediendo la norma viven situaciones desagradables, generadas por los guardias de seguridad. No son pocos ni dispares los testimonios al respecto.

“Ahí la violencia la ejercen los celadores, no nos dejan entrar, nos sacan, dicen que locas, pervertidas por dar muestras de afecto en público tan simples como tomarse de la mano. Las familias le hacen a uno malas miradas, comentarios hostiles. Cuando pasa algo llaman a los policías del CAI. Los

celadores se juntan con la policía y lo tratan a uno a las patadas, nos empujan, hacen comentarios discriminatorios y no hacen los debidos procedimientos” (F. Vanegas, comunicación personal, 2018).

“La policía o los vigilantes cuando entra un homosexual lo siguen hasta los baños. Yo te acepto que ese es un sitio de levante y de encuentros sexuales. Pero esa no es la forma porque es la violencia de perseguirlos, de entrar al baño a ver qué hacen, si no estás haciendo nada te hacen sentir culpable solo por vestirse como te gusta o salir con tu pareja. Si te encuentran haciendo algo se hace toda la humillación, hay mil gritos y te boletean todo lo que pueden antes de llevarte al CAI. Hacen toda la escama y que oso porque todos somos vecinos, entonces claro le van a decir a tu familia lo que te pillaron haciendo y la gente después no denuncia por miedo a consecuencias para ellos o para sus familias. Las familias tienen suficiente con aguantarse el hijo gay entonces no quiere aparte aumentar los chismes, se vive mucho del qué dirán” (A. Useche, comunicación personal, 2018).

“El centro comercial es muy homofóbico, demasiado, los vendedores, vigilantes, toda la gente. Ahí se arman unos escándalos, estamos pensando desde la mesa hacer una acción allá en contra de la discriminación, las chicas trans ¿por qué no van a poder entrar? El chico afeminado ¿por qué no va a poder entrar? porque lo van a rechazar, de una vez lo van a señalar. Igual si cada quien puede hacer lo que quiera desde que no afecte la convivencia con las demás personas. Ahí los vendedores se quedan mirando mucho, si la persona pasa varias veces empiezan a decirle “ay miren a la marica”, llaman al vigilante para que saquen a la persona” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

“En el centro comercial sacaron a un amigo y al novio por darse un beso, ¡No más un beso! ¿Tú crees que a un hetero le hacen eso? Nunca porque lo que les fastidia no es el beso, es la maricada y mujeres como yo siempre les despertamos el morbo. Cuando yo o cualquier amiga que haya hecho transición entra los vigilantes lo siguen a uno hasta el baño a ver uno a cuál entra, qué va a hacer en el baño y unos son tan descarados que entran a orinar y tratan de verle lo que tiene entre las piernas” (S. Delgadillo, comunicación personal, 2018).

En una de mis visitas al punto me acompañó un amigo gay que prefiere ocultar su nombre. Él vivió en el Tunal la mayor parte de su vida y nunca participó del activismo LGBT. Estuvo evidentemente incómodo todo el tiempo, asegurando que iba solo por acompañarme, ya que le desagradaba el lugar:

“Lauri si voy a parchar con mis amigos o con algún pelito³⁸ prefiero toda la vida ir a Chapi que estar acá. Obvio el centro comercial es re barato, pero sale cara la miradera mal de todo el mundo y se me hace tan triste no poder mirar bonito a la persona con la que ando y menos darle besitos porque de una

³⁸ Término usado para referirse a alguien con quien se tiene una relación erótico afectiva informal.

me van a discriminar [...] Medio me respetan porque voy contigo, y eso que apenas entré el vigilante me miró horrible” (Comunicación personal, 2018).

Todas estas opiniones son muestra de un problema situado y constante, con el agravante de tener a los vigilantes –encargados de proteger a los visitantes- reproduciendo la mayoría de violencias. En otros espacios, la soledad generaba miedo de inmediato. Aquí, la presencia de personas no disminuye el riesgo de agresión, lo aumenta y si se presentan escándalos estarán más expuestos.

“Se reciben demasiadas denuncias del centro comercial, que los discriminaron, que los sacaron, ahí es donde uno pregunta si estabas haciendo algo mal, si tú estabas normal sin hacer nada malo o fuera de lo normal ellos no tenían que sacarte. Empezamos a indagar y nos dábamos cuenta de que estaban en el baño haciendo cosas que no debían hacer, tienen encuentros sexuales ahí, obviamente te van a sacar porque actuaste mal, pero eso no borra las veces que nos tratan mal sin hacer nada malo, o por vestirse de mujer si es una trans. Aparte no es por defender a la gente, yo sé que hay cosas mal hechas, pero no justifica que te humillen delante de todo el mundo, te tiren, te golpeen. Ese no es el debido proceso” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Algo similar ocurre en el Parque Metropolitano El Tunal. Muchos ven en él uno de los principales puntos de *Cruising*, es decir, la práctica de tener sexo en lugares públicos. De eso derivan varios conflictos.

“Es un lugar que se usa para encuentro sexuales, entonces vienen los de la comunidad a quejarse porque los agredieron, que los vigilantes los humillaron, pero a veces es porque te encontraron los vigilantes ejerciendo prácticas sexuales allá, entonces obviamente te van a sacar y te van a decir cosas. Obviamente la manera de sacarlos y decir las cosas no debe ser con palabras de odio ni golpes, pero uno debe ser consciente de por qué lo sacaron. A veces ellos dicen que tienen que aceptarlos así, por no tener dónde más hacer sus cosas, entonces se dan peleas con los vigilantes y la policía aunque ellos saben que hicieron las cosas mal” (C. Cortés, comunicación personal, 2018).

Tras esto hay toda una cadena. Las parejas heterosexuales pueden expresar tu afecto de forma física sin problema en cualquier parte, pueden ingresar a cualquier establecimiento y siempre serán bienvenidos, las parejas del mismo sexo no. Si no cuentan con dinero para ir a zonas gay friendly, son juzgados al transitar los espacios y son rechazados en sus hogares, optan por encuentros clandestinos. Los códigos de convivencia prohíben cualquier encuentro sexual en espacios públicos, eso es entendible, pero en varios casos las acciones violentas se dan solo por besos o abrazos. Esto no excluye a las parejas heterosexuales de esas prácticas, también ellos se han visto envueltos en problemas por tener relaciones sexuales en baños o tras los árboles del

parque. Los vigilantes tienen una aplicación selectiva del castigo, siendo mucho más severos con parejas del mismo sexo y una múltiple posición de poder: están en la cima de la jerarquía sexual por ser hombres aparentemente heterosexuales, pueden decidir quienes entran al sitio, obligarlos a salir y hacen usos excesivos de la fuerza para reafirmar su control.

Debe trabajarse en capacitaciones para los guardias de seguridad en materia de igualdad y debidos procesos, sin dejar de lado la urgencia de abordar a quienes tienen estos encuentros, principalmente hombres homosexuales para hacerles entender su error. Los mismos líderes sociales dicen que “no pueden exigir respeto si la comunidad no respeta a otros, no sigue códigos básicos de convivencia y reproduce el estigma de que los homosexuales son promiscuos y perversos” (F. Suarez, comunicación personal, 2018). Otras situaciones negativas han tenido lugar aquí.

“Hace cinco años con los que nos reuníamos en la Casa de la Cultura allá se tomó la iniciativa de hacer una reunión en el parque un viernes a las 10 de la mañana. En el grupo había chicas trans, dos compañeros andaban de la mano, otros chicos gays tenían ropa muy ajustada, pero otros tenían ropa común. Llegaron unos chicos de otras tribus urbanas (no supe con certeza a cuál tribu pertenecían) y empezaron a amedrentarnos diciendo ‘no queremos locas hijueputas acá’ y hartos insultos. Cuando un compañero no aguantó más y les gritó que respetaran ellos empezaron a apedrearnos. Nos fuimos corriendo para que ninguno se lastimara” (F. Vanegas, comunicación personal, 2018).

Por fortuna las acciones y eventos realizados han dado frutos poco a poco. Al día de hoy son casi nulas las agresiones físicas con motivo de género en el parque, aun cuando prevalece el acoso verbal. “Ves la expresión gesticular de desagrado hacia nosotres. La gente se nos burla si hacemos deporte y somos afeminados, si la trans no se ha operado, se pone licra y se le notan los genitales. Ahí la violencia simbólica y psicológica es muy constante pero bueno, al menos de ahí no pasa” (A. Useche, comunicación personal, 2018). Solo prevalecen los hechos protagonizados por vigilantes.

Aquí las violencias se dan a plena luz del día gracias al respaldo de los vecinos; algunos están plenamente de acuerdo, otros no toman partido y casi nadie defiende a quienes performan “mal” el género. Recordemos que “el Tunal es muy conservadora y apegada a lo religioso, ahí está la parroquia más importante de la localidad, afuerita del centro comercial, se hace como una pequeña persecución hacia el tema de la homosexualidad desde adentro. Mi papá a pesar de que

es católico me aceptó y me apoya y me contó que el día de la marcha hablaron de nosotros en la iglesia como las personas que estaban en pecado, que había que orar mucho por nosotros o si no Dios no nos iba a encaminar ni a perdonarnos” (A. Useche, comunicación personal, 2018).

La parte residencial del Tunal está conformada por grandes conjuntos de apartamentos, con torres de máximo seis pisos cuyos ocupantes no sostienen vínculos muy estrechos. Muchos ven en los callejones del Tunal espacios peligrosos. En las noches ladrones aprovechan la soledad y poca iluminación entre edificios para atracar. Aunque es delincuencia común, cuando las víctimas son LGBT adicionalmente hay insultos y golpizas por ser “unas locas o unas maricas”. Se repite el patrón de las áreas habitacionales de Chapinero: son delitos comunes agravados por la discriminación.

Hemos visto características útiles para contrastar los espacios y violencias en ambas localidades. A excepción del Tunal, una diferencia clave está en el aumento de actos violentos en el día, en lugares concurridos, opuesto a las violencias en zonas solitarias, oscuras y a la madrugada en Chapinero. Sin embargo, en dos de los puntos críticos la soledad es la aliada perfecta en los crímenes.

Empecemos con el barrio Abraham Lincoln. Limita con Ciudad Bolívar y Usme, conocidos por temas de inseguridad,

“Vuelve y juega, vienen te golpean, lo hacen pasar por un robo, pero lo que hacen es que te agreden, te golpean, te insultan y luego pasa por robo y no por discriminación. Hay casos de chicas trans que están por ahí trabajando, haciendo vueltas en la Alcaldía (local) o visitando a alguien y cuando salen las persiguen desde ahí hasta Ciudad Bolívar. Ellas salen y muchas veces esa persecución no es por discriminación sino por acoso sexual. Por ejemplo, a una amiga que trabaja ahí en la intentaron violar saliendo del trabajo, como no se dejó violar la persiguieron y le metieron 10 puñaladas en Ciudad Bolívar. [...] A mí una vez, me cogieron a piedra. Fue muy raro, yo estaba sola y había un solo tipo, yo cogí una piedra y se la devolví, pero después me fui porque él siguió y me dio mucho miedo. Hasta los vigilantes de la alcaldía o de las obras saludan con tono morboso o burlándose y es muy incómodo. Yo siempre me siento supremamente vulnerable caminando por allá” (Mujer trans de Tunjuelito, comunicación personal, 2018).

Otro testimonio es el de Andrés Sánchez, joven trabajador en construcción.

“Yo estaba trabajando en una obra cerca a la alcaldía local, apréndase esto Lau: todo sitio que tenga rusos y potreros es peligroso porque nadie lo oye a uno si uno pide auxilio. En ese tiempo yo no había

salido del closet. Eso fue hace tres años entonces si se me notaba, pero estaba apenas haciendo mi proceso y desde el principio me hacían bullying porque yo no les chiflaba a las mujeres que pasaban. Ahí empezaron a sospechar y en el primer pago todos salieron a Venecia a putiar y yo no quise ir porque para qué. Claro a los días ellos ya más me la montaron por marica hasta que un día llovió mucho y dentro de la misma obra me violaron cuatro de ellos. Yo todavía no hacía activismo ni nada y como era amigo de Fredy menos mal los de la mesa me acompañaron, me motivaron a denunciar y sirvió. Solo uno de los tipos quedó preso. Igual yo quedé tranquilo, el distrito me apoyó para conseguir un trabajo nuevo, mejor con puras obras públicas entonces re bien. [...] No te niego que las heridas todavía duelen, pero ahora soy más libre, hago activismo. No es que todo pase por algo, eso no debería pasarle a nadie” (Comunicación personal, 2019).

Las violencias verbales se asemejan a las identificadas en otros barrios, con la diferencia de que escalaron hasta ser agresiones físicas y sexuales. El espacio tiene factores que facilitan esto, hay varios potreros, las casas se asemejan a las de El Carmen y Venecia, más el único comercio son tiendas, papelerías y panaderías, dejando varias cuadras desoladas. En los contextos previos los vecinos perpetuaban o respaldaban agresiones verbales y algunas físicas. Ahora los ataques desbordados superan cualquier límite, de ahí que los perpetuadores sintieran la confianza de delinquir sin miedo a la intervención de terceros, el espacio lo facilitaba.

Finalmente abordé el Humedal La Libélula, también conocido como el potrero del Portal, ya que está totalmente descuidado, la vegetación es bastante alta, no hay ningún tipo de iluminación, señalización, aseo o seguridad allí. Solo lo visité una vez en compañía de Fredy Suarez y Abel, amigo de Fredy. Ese día había dos hombres con armas de fuego, los cuales según mis compañeros pertenecen a grupos paramilitares. Además habitantes de calle recorrían constantemente la zona e inclusive uno intentó seducir a Abel, ofreciéndole que se adentraran al potrero a que él “se lo chupara y le hiciera lo que quisiera por 5 Lucas”.³⁹ Posteriormente, sostuvo un par de conversaciones cortas con los hombres. Al final los hombres se acercaron lentamente a nosotros, enseñando sus armas en señal de amenaza. Ahí abandonamos el lugar. Se encuentra ubicado en la Av. Boyacá con calle 56 sur aproximadamente. Es un lugar que conecta las localidades Tunjuelito y Ciudad Bolívar. El río Tunjuelo rodea el humedal y la zona se conoce por su inseguridad. Visitamos el humedal por solicitud de los vecinos a la Mesa Local.

³⁹ Cinco mil pesos.

“El problema del humedal es que es un sitio de homosocialización desde hace más de 20 años. Allá los hombres se reunían, a veces llegaban en grupo, a veces se citaban para tener sexo con alguien, o a veces simplemente iban a recorrerlo, a ver si encontraban una pareja sexual para tener aventuras de momento. Cuando yo era pelado podía venir sin miedo, no pasaba nada, y como uno afuera andaba todo enclosetado y no hay forma de darse amor con alguien en otro lado, a uno le tocaba acá, pero era chévere, yo crecí y me subí el estatus, yo ya no vengo acá a buscar, aparte qué miedo, pero muchos todavía lo hacen y como se llenó de paracos⁴⁰ y ladrones llegan y les sale un man, ellos piensan que es para comerse y apenas se empiezan a calentar llegan los otros armados, le roban todo, a veces de paso los violan y se van, y como qué pena contar que uno vino a culear y le hicieron eso, entonces eso nunca lo denuncian [...] No y la misma gente nos mandó una carta quejándose porque a veces las familias que pasan desde o para Ciudad Bolívar o los niños que están jugando encontraban manes dándose, obvio eso es re incómodo y más si son chiquitos. Y es que uno antes lo hacía de noche, tarde, pa que no lo viera nadie, pero ahora son muy descarados y sacan la excusa de que les da miedo ir por la noche y no salir” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Se triplican los riesgos del anterior punto a falta de cualquier construcción que de al menos sensación de seguridad. Este espacio público es totalmente natural, solo hay vegetación, la estructura más cercana es el Portal del Tunal de Transmilenio, ubicado al menos a 300 metros de la entrada al humedal. Es un espacio de todos, habitado por pocos y sin ninguna garantía de protección, no solo para quienes se arriesgan a practicar cruising, sino para habitantes de cualquiera de las dos localidades conectadas que deben caminar por ahí constantemente.

3.3.3. Violencia policial

A las violencias expuestas, ejercidas en la cotidianidad por civiles (vecinos, guardias de seguridad, integrantes de pandillas y otros ciudadanos) se suman las muestras de exclusión por parte de los supuestos agentes de protección: la Policía Metropolitana.

La desconfianza en esta institución se ha generalizado, en especial en años recientes debido a abusos de poder, uso exagerado de la fuerza, corrupción, abusos sexuales y presuntos asesinatos de civiles en algunos CAI de la ciudad, o durante procedimientos policiales. A pesar de representar cierta seguridad frente a ciertos posibles delitos como ocurre en el parque de Lourdes,

⁴⁰ Integrantes de grupos paramilitares.

donde después de las ocho de la noche muchos prefieren ubicarse ahí por la cercanía del comando, cuando tienen alguna queja o denuncia por ataques y amenazas las personas no heteronormadas prefieren acudir a sus redes de afecto, líderes sociales o pasar por alto la situación, para evitar las respuestas negativas de los agentes. “Por ejemplo entro yo al CAI y le digo al policía ‘hey señor policía, fui agredido’ y el decir de ellos es ‘quien lo manda a ser marica’, entonces ahí es donde empezamos a cogerles fastidio y ellos a nosotros” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Las denuncias no son bien recibidas, muchos prefieren no hacerlas dejando un vacío en las estadísticas de violencia en la ciudad, dando datos de que la seguridad está mejorando, aunque puede estar en declive. “Los policías no saben cómo tratar a una mujer trans, lesbiana, a un hombre gay. Hay un tema concreto con la discriminación y es la subestimación de lo que significa ser diverso, para la policía la exclusión es la consecuencia que nos toca pagar por ser diversos, por ser diversos es que nos pasa lo que nos pasa, hay una justificación ante la violencia y eso debemos trabajarlo” (Hombre gay habitante de Chapinero, comunicación personal, 2018).

Un ejemplo se da en el barrio San Carlos,

“¿Por qué se elige el parque San Carlos? No es gratis, porque el parque no es nada chévere para eventos. Ahí súper incómodo, es pequeño, pasa una avenida principal, ¿por qué el parque San Carlos? Porque es donde más sufre la comunidad trans con el CAI. Es la puerta a un proceso de impacto donde digamos NO a la agresión. Nos contaban que las trans iban, las acosaban, las insultaban, las perseguían y si se quejaban la respuesta era ‘eso le pasa por andar por acá vestido así, ahí no podemos hacer nada’, negándoles los derechos a la identidad, al respeto y a protección. Si yo como chica trans me acerco al CAI no es para sentirme agredida ni agredir, sino porque necesito un apoyo. Yo tengo que poder acudir a la institución cuando, como y con quien sea porque el simple hecho de la palabra ‘quién lo mandó a ser marica’ es violencia, me están discriminando, me están violentando mis derechos, mi orientación sexual no tiene que afectar mi ciudadanía” (F. Suarez, comunicación personal, 2018).

Poco a poco han logrado mejorar la situación en este punto con activismo, la Mesa siempre invita a los policías a sus eventos en espacios públicos para demostrar que es posible convivir en paz en los mismos espacios. Cuando revisamos el resto de lugares encontramos un camino largo por recorrer. La fuerza pública no solo ejerce violencia simbólica al negarse a prestar protección a la comunidad, o verbal al repetir insultos cuando se acercan al CAI, también ejercen violencias físicas en ambas localidades.

“En Chapinero tenemos agresiones físicas y muchas por parte de la fuerza pública, o sea de la policía, pero casi no hay denuncia formal, sino la comunidad nos lo ha manifestado. Las personas dicen ‘mire yo iba por tal lado y el policía me cogió a bolillo porque estaba muy de noche’ o ‘me llevaron al CAI y me dejaron toda la noche, me golpearon no más por no dejarme requisar de un hombre si soy mujer trans y me tiene que requisar una mujer’. Sabemos que no siempre son puras víctimas, a veces los mismos chicos agredidos confiesan que estaban haciendo exhibicionismo o algo indebido, pero igual ese no es el procedimiento, hay un código de policía y unos pactos de convivencia que no se están cumpliendo. Aparte no podemos hacer nada porque la mayoría no denuncian, me llaman a contarme la situación y después no denuncian entonces la cosa queda ahí, nunca pasa nada porque no hay denuncias formales y sin eso no podemos abrir procesos. [...] La comunidad no denuncia es por miedo, dicen que les da miedo porque van a estar expuestos y no saben si más adelante haya una venganza porque los policías fichan muy feo a la gente” (B. García, conversación personal, 2018).

Al sur de la ciudad las reacciones de la policía son similares.

“Con ejercicio de prostitución acá en Venecia en la principal de Venecia, en San Carlos sobre la Caracas, en el Parque del Tunal, en el Centro Comercial, al pie de la Biblioteca, son los sitios donde hay más violencias. En el ejercicio de prostitución, ellas (las chicas trans) trabajan sobre la calle, en Venecia hay muchos bares, residencias, entonces el policía pasa, la agrede, le grita puta maricon, le pegan o la amenazan con los bolillos para que se vaya, ¿por qué la tienen que agredir? Siempre dicen ‘No es que se tiene que mover porque esto no es un puteadero’. Si se puede hacer el procedimiento, listo ese es el trabajo de ellos, pero no hay que llegar a agredir” (F. Suarez, 2018).

De este modo se quiebra la confianza con los sujetos, quienes se aíslan evitando a miembros de la policía quienes “al amparo de una supuesta legalidad, son percibidos como importantes agentes del deterioro social y cómplices de una delincuencia que avanza incontenible, no sólo sobre la institucionalidad, sino sobre ciudadanas y ciudadanos, que experimentan la vida cotidiana como un caos en el que las fuentes de la inseguridad son indiferenciables. Los agentes institucionales de la seguridad en la ciudad pierden credibilidad y se convierten en los enemigos visibles que ejercen impunemente la violencia cotidiana” (Reguillo, 2008:69).

La Policía es la institución del Estado con más fuerza y presencia en el día a día, cuya figura en vez de dar solución a los problemas inmediatos de los demandantes, alimenta el conflicto. “Así, lo institucional ha devenido fuente de inseguridad, encarnación de una violencia temible por su capacidad de operación “legal” [...] Cuando la gente ya no puede distinguir entre las fuerzas del orden y los delincuentes se rompe el ecosistema de la ciudad, se disloca la brújula que orienta la sociabilidad” (Reguillo, 2008:69). Más adelante veremos que en el papel están puestas las

alternativas necesarias para reducir el problema de la violencia policial, mediante la actual Política Pública LGBTI de Bogotá. Empero, no han sido efectivos al no ponerse en práctica correctamente.

CAPÍTULO 4. LA IMPORTANCIA DE ACCIONES EN CONTRA DE LAS VIOLENCIAS

Hemos visto que en Bogotá vivimos una de las problemáticas más usuales en cualquier sociedad, la presencia de sujetos violentos cuyo accionar se basa en su constante deseo de castigar. Sus agresiones, o el mero miedo de que ocurran ha limitado la posibilidad de los grupos minoritarios de recorrer y habitar tranquilamente la ciudad. Me he centrado en exponer vivencias de personas que desafían la heteronorma, algunas historias de violencia y las características de los lugares donde se llevan a cabo, junto con los espacios de participación que les han permitido visibilizarse, unirse como comunidad y combatir las formas de represión históricas en dos localidades de la capital colombiana; surgieron como resistencia a la heteronormatividad y sus mecanismos de dominación.

Quienes usan la fuerza o los discursos de odio no tienen el control absoluto, ya que “el poder no se localiza en una esfera social concreta, sino que está repartido en todo el ámbito de la acción humana. Sin embargo, hay manifestaciones concentradas de relaciones de poder en ciertas formas sociales que condicionan y enmarcan la práctica del poder en la sociedad en general imponiendo la dominación” (Castells, 2009:39).

Si bien, al día de hoy siguen presentándose formas físicas y simbólicas de control, la cantidad de vidas perdidas, golpizas o abusos sexuales dados en el marco del mismo han disminuido en los últimos años gracias a los esfuerzos conjuntos de activistas sociales y uno de los mayores organismos de control, el Estado. En teoría, “en las sociedades democráticas los ciudadanos son iguales en derecho, lo que no implica que las desigualdades sociales desaparezcan, sino que se hacen esfuerzos para que los ciudadanos sean tratados de forma semejante y formen juntos un cuerpo con una identidad y valores comunes” (Paugam, 2007:87). En el presente capítulo analizaré los dos mecanismos que han sido clave en la lucha contra la violencia hacia gays, lesbianas, bisexuales y transexuales: las acciones de los movimientos sociales y la Política Pública LGBTI de Bogotá. Posteriormente haré referencia a sus limitaciones o falencias.

4.1 Movimientos sociales como contrapoder

Hacer estudios sobre problemáticas afrontadas por una comunidad en lugares específicos, con características comunes bien marcadas va más allá de la mera descripción de lugares, contextos históricos, historias particulares y en este caso, de exponer los mecanismos empleados para resistir a la supremacía heterosexual. Es fundamental reflexionar qué hay detrás de la forma en que las personas se organizan para sobrevivir, brindarse apoyo, afecto, protección. En este apartado expongo un análisis de los movimientos sociales y las redes que los hacen posibles, con ayuda de la propuesta teórica del sociólogo Manuel Castells.

La preponderancia de la heteronorma conlleva una serie de relaciones de poder que han cimentado valores, intereses y acciones para su (re)producción en la sociedad bogotana. Aquí abordamos el poder como “la capacidad relacional que permite a uno o más actores sociales influir de forma asimétrica en las decisiones de otros actores de modo que se favorezcan su voluntad, intereses y valores del actor” (Castells, 2009:33). Ejercer el poder implica mecanismos sutiles (discursos cotidianos, lenguaje no verbal, asignación y calificación de valores, mejora de oportunidades sociales, económicas y políticas a quienes efectúan acciones que benefician las ideas dominantes), y se emplea la coacción o por lo menos la amenaza de usarla (agresiones verbales, físicas, intimidación, amenazas, abusos sexuales, asesinatos,). La combinación de mecanismos otorga a un sector el control simbólico del sistema de creencias de las sociedades. A pesar de esto, las opiniones de algunos integrantes de cualquier grupo suelen diferir, más si la estructura hegemónica afecta su libertad personal y calidad de vida; “las sociedades son contradictorias y conflictivas, donde haya poder también hay contrapoder, que considero la capacidad de los actores sociales para desafiar al poder incorporado en las instituciones de la sociedad con el objetivo de reclamar la representación de sus propios valores e intereses” (Castells, 2012:22).

Precisamente esto ocurre en ambas localidades abordadas y en la ciudad en general. El contrapoder históricamente se ha resistido a la norma heterosexual, enfrentándola con cada vez más herramientas. Desde hace varias décadas, e incluso siglos, ser un transgresor del género en Colombia conlleva consecuencias diarias, simbólicas o hasta fatales. La subversión no resulta efectiva ni mucho menos es segura cuando quien la efectúa es un sujeto en solitario sin ningún

respaldo de, al menos, una pequeña parte del colectivo. Por ello las personas directamente afectadas por la heterosexualidad obligatoria, o el binarismo de género fueron –y seguirán siendo- quienes se agruparon para actuar.

Allí está el origen de los movimientos sociales LGBT, “son movimientos emocionales [...] empiezan con la transformación de la emoción en acción. Según la teoría de la inteligencia afectiva, las emociones más importantes para la movilización social y el comportamiento político son el miedo (una emoción negativa) y el entusiasmo (una emoción positiva)” (Castells, 2012:30-31). La crítica al patriarcado y la heterosexualidad obligatoria hecha por Castells puede aplicarse a las situaciones halladas en campo:

“la homosexualidad masculina se limitó, en el tiempo y el espacio, a los impulsos adolescentes «ignorados a sabiendas» o las expresiones ocultas en contextos específicos (por ejemplo, en las órdenes religiosas de la Iglesia católica). Debido a que los hombres conservaron sus privilegios de género, clase y raza, la represión de los homosexuales en la sociedad fue/es muy selectiva. No obstante, la norma fundamental del patriarcado era, y es, la organización de la vida en torno a la familia heterosexual, permitiendo de forma fortuita la expresión privada del deseo del mismo sexo a los hombres, siempre que se mantenga en los callejones traseros de la sociedad” (Castells, 2001:230).

Si bien, en este caso la desesperación por proteger a la familia heterosexual, la religión, la reproducción humana y el binarismo son algunos de los argumentos usados para atacar cualquier expresión distinta, no es la razón principal de castigos; los detonantes son los performances de género no normativos. La principal forma de autocuidado de personas homosexuales en espacios públicos es, como dijo Fredy Suarez, “disimular la maricada”, evitar cualquier muestra de afecto con alguien del mismo sexo, no usar ninguna expresión, vestimenta o gestos femeninos si se es hombre, ni masculinos si se es mujer, interiorizar el mapa de lugares seguros para estas acciones, limitar la habitabilidad del espacio a calles consideradas seguras. Usualmente, quienes ejercen el poder no reprenden a todo aquel cuyo pensamiento difiera de sus “principios” -básicamente porque es imposible leer las mentes de los demás-, sino a quienes subvierten el género y la heterosexualidad de forma explícita. Cuando un hombre no es conocido por el resto de la comunidad, transita y evita hacer cualquier expresión fuera de la norma, automáticamente recibe el privilegio de los hombres cisgénero heterosexuales de transitar sin peligro a la discriminación, al menos motivada por este aspecto.

Recuerdo que entre mis conversaciones de campo, un ciudadano mencionó que “ni siquiera hay que ser gay para que te hagan algo, solo tienes que parecerlo” (comunicación personal, 2018). De ahí parten los distintos grados, frecuencia y formas de castigos; la violencia prácticamente permanente vivida por mujeres trans; las agresiones un poco menos recurrentes e igual de graves a hombres abiertamente gay y afeminados, y probablemente a mujeres lesbianas tomboy (con quienes lamentablemente no pude trabajar a profundidad), y la mediana tranquilidad de los homosexuales que evitaban cualquier expresión de su orientación sexual en público.

Poco a poco la comunidad se ha ido hartando de ocultar quienes son, de no poder transitar más espacios de la ciudad, ni hacerlo con la relativa tranquilidad de la que gozan personas heteronormadas, en tanto todos viven el riesgo de ser víctimas de crímenes como robos. Es ese deseo común de “ser” abiertamente lo que llevó a la consolidación de acciones por parte de movimientos sociales. “Los individuos formaron redes sin tener en cuenta sus opiniones personales ni su filiación. Se unieron. Se movilizaron. Y su unión les ayudó a superar el miedo, esa emoción paralizante de la que se vale el poder para prosperar y reproducirse [...] Crean comunidad, y la comunidad se basa en el compañerismo, un mecanismo psicológico fundamental para superar el miedo. Y superar el miedo es el umbral fundamental que deben cruzar los individuos para comprometerse en un movimiento social, ya que saben que en última instancia tendrán que enfrentarse a la violencia si traspasan los límites establecidos por las élites dominantes” (Castells, 2012:20-27).

Sin restar valor a los aportes de Castells, difiero en dos puntos. Primero, aunque el interés colectivo ha primado por encima de los intereses personales en pro de alcanzar objetivos comunes, hemos visto que los sujetos no los abandonaron completamente, por el contrario, han ligado sus experiencias complementándose, aportando conocimientos y posibilidades subjetivas en cada acción. Por ejemplo, en Tunjuelito Fredy Suarez desea mantenerse en su barrio, aprovecha su cercanía con sus vecinos, amigos y amigas de su familia para transformar imaginarios y establecer relaciones fraternales con sujetos que aún no “salen del closet”. A Shannon la ha atravesado su experiencia como mujer trans, su identidad no puede ser ocultada, así que se ha interesado en encontrar garantías de seguridad para ella y demás mujeres trans. A

Camilo, Brenda y Melissa les importa mejorar la credibilidad en las instituciones, mientras que a otros sujetos diversos no les interesa hacer activismo en espacios públicos, mas sus acciones cotidianas (enfrentar a agresores, compartir sus experiencias, expresar su género y deseos de forma no normativa) implican resistencia. De este modo, la multiplicidad de intereses fortalece la red que sostiene los movimientos, en tanto “una red es un conjunto de nodos interconectados que pueden tener mayor o menor relevancia para el conjunto de la red. [...] No obstante, todos los nodos de la red son necesarios para su funcionamiento” (Castells, 2009:45).

El segundo punto del que difiero es asegurar que los individuos deban cruzar el umbral del miedo para comprometerse con la red; por el contrario, este suele motivarlos a actuar. A lo largo de este trabajo hemos visto que la violencia no es solo un hecho reciente, ni tampoco inacabado. Han sido décadas de ataques de todo tipo. Las encuestas, el acercamiento a la comunidad me ha permitido corroborar que la comunidad sigue teniendo miedo, si no fuese así no emplearían los mecanismos de protección mencionados. Pese a que el miedo sigue presente, es una de las mayores motivaciones de sujetos LGBT. Hace varios años se han enfrentado al temor, se organizaron e iniciaron acciones para disminuir todos los peligros que alimentan ese sentimiento. Al día de hoy saben que falta un tramo largo por recorrer, aunque sueñan con mejoras generación tras generación hasta que llegue el momento de culminar un año sin pérdidas de compañeras o compañeros por muertes violentas producto del odio. El miedo ha actuado de la mano con la emoción. Acercarme a la comunidad me permitió ver la emoción cuando una compañera trans hacia su tránsito, alguna víctima de violencia se atrevía a denunciar y recibir apoyo, o durante la planeación de cada evento, sin importar las dificultades o disputas, y mejor aún, observar el brillo en sus ojos cuando se tomaban un lugar para hacerse visibles, espacios usualmente temidos como el Parque San Carlos, El Tunal y Lourdes. Por ende, en los movimientos sociales el miedo y el entusiasmo no son sentimientos opuestos, sino complementarios.

Juntarse no elimina de raíz una emoción negativa, pero las hace más llevaderas, permitiéndoles resistir al poder y atacarlo directamente desde los lugares de socialización por excelencia, los espacios públicos. Al incorporarse a un lugar ocupado y “desafiar las normas del uso del espacio, otros ciudadanos pudieran ser parte del movimiento sin necesidad de adherirse a una ideología u organización, simplemente estando allí por sus propias razones. Los espacios ocupados no son

algo sin sentido: normalmente están cargados con el poder simbólico de la invasión de los centros de poder del Estado” (Castells, 2012:27). Cada evento, pintura, mural, bandera son expresiones de contrapoder que resignifican los espacios.

Pese a que la historia muestra cómo los movimientos sociales han producido nuevos valores y objetivos que transforman las instituciones mediante acciones directas, el movimiento LGBT en Bogotá ha aprendido a comprender el poder heteronormativo. Conoce sus medios, han vivido las acciones de quienes lo han interiorizado. Adicionalmente, aceptan las dificultades de la comunidad para dedicar todo su tiempo a una lucha que, como el mismo Freddy Vanegas mencionó, “no me da de comer, y cuando toca pelear tanto algo uno tiene que saber cuándo no va a dar abasto. Todos tenemos vidas, familias, trabajos o estudio, qué mejor que dedicarnos de lleno a la lucha, pero todavía no se puede vivir de eso. Por lo mismo necesitamos ser muchos trabajando por la misma causa” (comunicación personal, 2019).

Con base en esto, decidieron aumentar el alcance de su lucha con el respaldo de una de las instituciones más poderosas, el Estado. Pretenden “cambiar el Estado, pero no apoderarse de él. Expresan sentimientos y agitan el debate, pero no crean partidos ni apoyan gobiernos” (Castells, 2012:217), teniendo en cuenta que las sociedades no son comunidades con valores e intereses unificados, que son “estructuras sociales contradictorias surgidas de conflictos y negociaciones entre diversos actores sociales, a menudo opuestos [...] De forma que las instituciones del Estado y, más allá del Estado, las instituciones, organizaciones y discursos que enmarcan y regulan la vida social nunca son expresiones fieles de la «sociedad»” (Castells, 2009:38).

Ha sido una estrategia interesante, mas no completamente efectiva. El Estado se vale de diversos mecanismos de control en pro de sus intereses. Empero, los activistas nunca han sabido a ciencia cierta si el interés del Estado realmente es proteger sus derechos, o si es mantener la heteronorma. Ello varía de acuerdo a los mandatarios de turno y sus decisiones personales. También evidenciamos la falta de unidad de las instituciones. En el caso específico de Bogotá, el movimiento logró la creación y aplicación hasta la actualidad de la Política Pública LGBTI y la Alcaldía Mayor ha conformado algunas subdivisiones, creadas específicamente para atender las necesidades de las personas con performance de género no normativo, cuyos esfuerzos se ven

limitados por falta de recursos, falta de apoyo de otras entidades, falta de seguimiento y en especial, por las violencias ejercidas por la Policía Metropolitana, quienes en vez de protegerles ante una agresión, la perpetúan.

Podemos comprender el accionar de los movimientos sociales, sus motivaciones, los colectivos sociales consolidados en ambas localidades y sus acciones en espacios públicos. Ahora falta revisar lo estipulado en la Política Pública LGBTI.

4.2 Política Pública Lgbti de Bogotá

En apartados anteriores fue descrito cómo varios grupos de activistas apoyaron al candidato a la Alcaldía Mayor y posterior mandatario Luis Eduardo Garzón en 2002, bajo su promesa de establecer acciones concretas, oficinas de gobierno y decretos dedicados a la protección de los derechos de las personas LGBT. Gracias a la persistencia del colectivo, su administración abrió camino para la Política Pública LGBTI de Bogotá, consolidada y publicada en 2008. Además de haber sido quienes presionaron constantemente a los funcionarios públicos en su creación, la comunidad fue clave en su fijación de objetivos, desarrollo y planes de acción.

Es importante entender las políticas públicas como “el resultado de una acción colectiva que se desarrolla en lo público y de una serie de transacciones políticas, en donde el gobierno ya no tiene como único objetivo ejecutar lo planeado, sino también garantizar la coordinación y la cooperación de los actores sociales. Lo anterior recalca dos elementos fundamentales del concepto: lo político y lo público” (Torres & Santander, 2013:56). Es justo el carácter público lo que le dio a los líderes sociales un papel protagónico al plantear estos lineamientos para la intervención del Estado. Las políticas públicas usualmente surgen de la inconformidad, de uno o varios problemas que afectan el bienestar colectivo. De ahí que sean reflejo de los anhelos de la sociedad, evidenciando lo que se pretende conseguir con la intervención pública y cómo se distribuyen las responsabilidades y recursos entre los sujetos implicados. Por lo tanto, “no son solo documentos con listados de actividades y asignaciones presupuestales, su papel va más allá; son la materialización de la acción del Estado, el puente visible entre el gobierno y la ciudadanía. [...] son apuestas socio-políticas para resolver problemas públicos concretos, necesidades

individuales y colectivas que son definida por la misma sociedad. Así, la política pública juega un rol fundamental en la construcción de la realidad social” (Torres & Santander, 2013:15).

El camino de los y las activistas hacia la búsqueda de estrategias y garantías por parte del Estado, en aras de mejorar las condiciones de vida en todas sus esferas (educación, salud, seguridad, acceso a vivienda, integración social) inició desde antes de la despenalización de la homosexualidad en Colombia. Como vimos anteriormente, incluso en la clandestinidad, el movimiento LGBT ya había iniciado su activismo, y han estado presentes hasta el día de hoy generación tras generación, trabajando en conjunto con cada oficina creada para velar por sus derechos (Secretaría de la mujer, subdirección para asuntos LGBTI de la Secretaría de Planeación, referentes LGBT de la Secretaría de Integración Social), y resistiendo a otras instituciones estatales violentas, en especial la Policía Nacional. La política pública “es el resultado de la movilización de ciertos actores, públicos y privados, con intereses contradictorios. Por lo tanto, las políticas públicas son el resultado de estas movilizaciones, por eso, su análisis se constituye en una puerta de entrada para la comprensión de las relaciones del Estado con la sociedad” (Roth, 2009:25).

Desde el momento de su publicación, los objetivos de la Política Pública LGBTI de Bogotá no han cambiado. Su objetivo principal es “garantizar el ejercicio pleno de derechos a personas de los sectores LGBTI como parte de la producción, gestión social y bienestar colectivo de la ciudad, y sus objetivos específicos son consolidar desarrollos institucionales para el reconocimiento, garantía y restitución de los derechos de las personas de los sectores LGBTI; generar capacidades en las organizaciones y personas de los sectores LGBTI para una efectiva representación de sus intereses como colectivo en los espacios de decisión de la ciudad; promover una cultura ciudadana basada en el reconocimiento, garantía y restitución del derecho a una vida libre de violencias y de discriminación por identidad de género y orientación sexual; posicionar la perspectiva de géneros y diversidad sexual para la formulación, implementación, seguimiento y evaluación de las políticas públicas en el Distrito Capital” (Secretaría Distrital de Planeación, 2008:58-59).

En el 2010 se creó el Consejo Consultivo LGBTI, con el fin de garantizar la participación de la comunidad en la formulación, desarrollo, ejecución y monitoreo de la Política Pública. Este está conformado por nueve representantes, usualmente activistas sociales que no sean funcionarios públicos, elegidos por la ciudadanía mediante votaciones anuales, donde cualquier integrante de la comunidad puede participar. Su principal aporte fue la estrategia En Bogotá Se Puede Ser, solicitada en 2010, cuya finalidad es “proponer y contribuir al cambio de imaginarios y representaciones sociales en torno a lesbianas, gays, bisexuales, transgeneristas e intersexuales; divulgar conceptos y conocimientos básicos en relación con las orientaciones sexuales y las identidades de género; difundir la política pública para la garantía plena de derechos de lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas como eje estructurante del reconocimiento, protección, promoción y ejercicio de derechos fundamentales” (Alcaldía Local de Tunjuelito, 2017:22-23).

A grandes rasgos, la política pública ha incluido estudios académicos, investigaciones, productos teóricos como glosarios LGBT para explicarle a los funcionarios públicos la forma correcta de referirse a las diferentes identidades de género y preferencias sexuales, Pactos de Convivencia o No Agresión entre Policía Metropolitana y ciudadanía; ha capacitado a parte de los funcionarios en materia de trato respetuoso con las personas de identidades diversas; ha establecido las oficinas previamente mencionadas, con funciones exclusivamente en pro de mejorar la calidad de vida de gays, lesbianas, bisexuales y trans; planteó y posteriormente creó comedores comunitarios, centros de atención a la diversidad, la Casa Refugio Lgbt de Bogotá y en su plan de acción incluyó otras acciones ya vigentes, como el Festival por la Igualdad, la conmemoración de días contra la homofobia, la transfobia, el apoyo logístico a la Mesa Distrital LGBT, brindando en el Centro Comunitario un lugar de reuniones, y apoyo logístico a la Marcha del Orgullo cada año. Así mismo, ha servido para fortalecer las repesalias contra quienes sean denunciados por ejercer violencias con motivos de género u orientación sexual.

Cuando revisamos la Política Pública de Bogotá y la contrastamos con el más reciente informe publicado por la Secretaría de Planeación sobre los logros que ha tenido en sus primeros diez años de aplicación y en especial, con las narraciones de sus beneficiarios sobre casos de violencia extrema antes de que fuese creada, vemos que en mayor o menor medida se han cumplido algunos objetivos específicos. Personas diversas han tenido más y mejor acceso a educación, a protección

en casos de amenazas de su integridad física verificables, a salud (especialmente en tratamientos de reemplazo hormonal o cuidados de VIH) y a espacios de participación, los cuales les ha permitido visibilizarse, “salir del closet” y organizarse, conformando cada vez más colectivos sociales en la ciudad con respaldo del Distrito.⁴¹ Uno de los puntos más relevantes en el decreto y en sus lineamientos es la seguridad de las personas LGBT. Aun así, la falta de denuncias formales por razones previamente descritas ha limitado el monitoreo, evaluación y los cambios de estrategias de protección.

A lo largo de la inmersión en campo, muchos y muchas recordaban historias de agresiones permanentes en varios sectores de la ciudad antes de la implementación de esta Política. “Con la política si ha mejorado la vaina. Al menos ahora son menos agresivos porque les da miedo la multa o hasta que los metan presos, pero tú sabes que todavía hay gente que no le importa nada” (F. Suarez, comunicación personal, 2019). La disminución de violencias que ponen en riesgo la vida de la comunidad no es sinónimo de la ausencia de riesgos o de violencias distintas, debido a que no se ha eliminado el poder de la heteronorma ni el desprecio a la diferencia, los victimarios únicamente responden a un miedo nuevo, la posibilidad de enfrentar consecuencias penales y económicas tras efectuar agresiones.

4.3 Falencias en su aplicación

La investigación muestra que la intervención distrital se queda corta ante los problemas de violencia en cualquier grado presentados en la ciudad. En sus casi doce años de existencia y diez de aplicación no se ha cumplido el objetivo más importante de la política pública: modificar imaginarios sociales para alcanzar una sociedad más incluyente y menos violenta con la población diversa, empezando por funcionarios públicos.

Una de las primeras acciones de delegados encargados de ejecutar los lineamientos de la Política Pública fue la creación de herramientas pedagógicas que resumen los conceptos básicos para facilitar la comprensión de las identidades de la ciudadanía, mejorando el vínculo entre ellos y el

⁴¹ Tomado de Secretaría de Planeación, *Logros Política Pública LGBTI 2019* recuperados de <http://www.sdp.gov.co/gestion-socioeconomica/diversidad-sexual/generalidades>

gobierno. No es claro en qué año se publicó su guía más usada, el *Glosario Políticas Públicas: Diccionario LGBT*, aunque por los planes de acción de la política, podemos inferir que fue uno de los primeros productos y continúa vigente aproximadamente desde el 2010. Aquí tienen el primer error, siguen reproduciendo el binarismo de género ligado netamente al sexo. Según el glosario, una “MUJER: Es una persona que tiene caracteres sexuales primarios y secundarios predominantemente femeninos y en virtud de esa clasificación se le asigna un sexo (mujer) un rol y un estatus. HOMBRE: Es la idea que se ha construido culturalmente de una persona que tiene caracteres sexuales primarios (genotipo) y secundarios (fenotipos) predominantemente masculinos”⁴². Si bien, mencionan que la asignación se construye culturalmente e implica un estatus, las definiciones pueden interpretarse como la aceptación desde el Estado del género totalmente ligado al sexo de los sujetos. De entrada, la herramienta creada en pro de la inclusión de población diversa niega a quienes se desligan de la heteronorma, sacando de la definición de “mujer” y “hombre” a personas trans y adicionalmente, en el resto del glosario no se hace ninguna referencia a personas no binarias o andróginas, quienes tampoco se identifican con lo queer.

Ya esto pone en duda la calidad de las capacitaciones dadas a la comunidad. Si los delegados expertos en materia de género tienen tal desacierto conceptual ¿Qué podemos esperar de otros funcionarios? ¿Qué información se está difundiendo? Ahora bien, intentando creer que en las capacitaciones no se presenta el mismo error, los lineamientos de la política pública no incluyeron un seguimiento o formación constante en enfoque diferencial o estudios de género. Algunas subramas de la alcaldía (oficinas de otras áreas, Policía de Chapinero) recibieron solo una, máximo dos capacitaciones para evitar mala atención, reproducción de violencias o estigmas frente a la población diversa. Esto no es suficiente teniendo en cuenta que:

1. Cada cierto tiempo son contratados nuevos funcionarios públicos
2. La Policía Metropolitana está en constante movimiento, los agentes de los CAI de Chapinero se intercambian frecuentemente con los de otras localidades
3. En caso de haber recibido capacitación y tener dudas al aplicar lo aprendido, se encuentran con documentos con imprecisiones conceptuales u otros larguísimos poco

⁴² Tomado de Secretaría de Planeación, *Glosario Políticas Públicas: Diccionario LGBT*. Recuperado de http://www.sdp.gov.co/gestion-socioeconomica/diversidad-sexual/diccionario_lgbti/index.html

usados en la práctica, tales como los *Lineamientos Conceptuales de la Política Pública LGBTI de Bogotá* (2015) que tiene 153 páginas.

4. No hay ningún seguimiento, actualización, ni monitoreo de aplicación de lo aprendido a la hora de tratar con la comunidad.

Las consecuencias de estas fallas se ven reflejadas en la desconfianza hacia las instituciones, la falta de denuncias ante formas de violencia cotidianas, la separación de acciones colectivas de agentes estatales y lo más grave, en la reproducción de violencias ejercidas por funcionarios públicos de agentes de policía como expuse anteriormente. Se está quebrando la característica más importante de las Políticas Públicas, la forma en que fortalece la relación Estado-Comunidad y facilita su actuación conjunta.

Exceptuando el glosario, los lineamientos generales y conceptuales de la Política LGBTI de la ciudad son bastante completos, el problema radica en su puesta en marcha. La implementación es una etapa “fundamental porque es ahí que la política, hasta este entonces casi exclusivamente hecha de discursos y de palabras, se transforma en hechos concretos, en realidad “palpables” [...] Durante mucho tiempo, la implementación ha sido la gran ausente en la discusión de la política pública” (Roth, 2009:107). Cuando la implementación falla, los documentos pierden toda validez porque la comunidad, los funcionarios y peor aún, los agresores la desconocen, o no le otorgan legitimidad. La frecuencia de la frase “pasó esto, pero no se hizo denuncia porque eso no sirve para nada” en gran parte de las historias halladas en campo corrobora la ineficacia de las acciones gubernamentales con respecto al primer objetivo específico planteado.

Siguiendo con sus falencias, hemos visto que el objetivo principal de la Política Pública es garantizar el ejercicio pleno de derechos de las personas LGBTI. Activar programas dirigidos exclusivamente a su atención no es suficiente, ya que no se está trabajando el problema de fondo que conlleva la vulneración de esta población: la heteronorma y las acciones violentas efectuadas en su nombre. A pesar de hacer referencia constante en la necesidad de cambiar imaginarios sociales que alimentan la exclusión, no se han hecho intervenciones directas con los principales perpetuadores de violencias, personas no pertenecientes a la comunidad no heterosexual ni binaria, o integrantes “de closet” vinculados a pandillas, o simplemente homofóbicos.

Lo anterior era válido en los primeros años de implementación, ya que se ha dado un proceso de apertura a sectores LGBT, propiciando redes de afecto, nuevos colectivos donde cada vez más

personas encuentran un espacio seguro y fraternal para salir del closet, empezar sus tránsitos de género y demás atenciones integrales para mejorar su calidad de vida. Integrantes de la Mesa LGBT de Bogotá y de Tunjuelito han hecho campañas de socialización de la Política Pública, enseñando a sus pares sus derechos adquiridos y la protección que ahora, supuestamente, les brinda el Estado. Cada vez más sujetos expresan abiertamente su disidencia, lo cual es muy valioso.

Las intervenciones desde el 2008 hasta la fecha han reducido los índices de asesinatos a personas LGBT, han construido estrategias y lugares para su protección cuando están en riesgo extremo y ha facilitado el acceso a varios derechos fundamentales. No solo es producto de la intervención de la Alcaldía, sino del trabajo constante de colectivos sociales distritales y locales. Sin embargo, hay una especie de estancamiento en los últimos años. Los informes de Colombia Diversa de la última década evidencian que en todos los años se han registrado más de cien asesinatos por odio a personas LGBT. Los testimonios recopilados dan cuenta del miedo aún latente. La observación en campo evidenció la falta de libertad para transitar y los posibles riesgos de subvertir la heteronorma.

Antes las y los sujetos no aceptaban su identidad a falta de una red de afecto que les brindara sostén en caso de ser rechazados por personas cercanas. Ahora muchos cuentan con dicha red, hacen parte de un movimiento y siguen temiendo al salir de casa. El problema ya no es solo la falta de vinculación o programas estatales, ni la ausencia de amistades con orientaciones diversas. Ahora, al igual que siempre, sigue latente el peligro de ser violentados. Los agresores han reducido la gravedad de sus actos, pero estos continúan. Siguen creyendo que su percepción sobre los roles de género es la única correcta, todo lo diferente es digno de represión. Tal imaginario aún impera, dándole a cada agresor un entorno que respalde sus actos, en tanto varios testigos en el fondo comparten su ideología. De ahí la necesidad de buscar herramientas para alcanzar los objetivos de la Política Pública trabajando con los actores que día a día restringen el derecho a vivir la ciudadanía plena sin distinciones de género o sexualidad, los mismos agresores.

Cuando se pintaron los “espacios seguros” de Chapinero, no se hizo paralelamente ninguna campaña de socialización, no se le explicó al resto de población el significado de tales colores. Sea por edad, falta de acceso a internet, o simple deseo de alejarse de cualquier discurso no heteronormado, muchos ni siquiera saben que todo fue alusivo a la comunidad de gais, lesbianas,

bisexuales y trans, por ende, tales colores no los frenarían a la hora de arrojar un insulto, golpe o expresión de rechazo a una de estas personas. En los eventos de Tunjuelito, tampoco se hicieron invitaciones al resto de visitantes del Parque para participar, ni se socializaron los propósitos de los eventos fuera de la tarima principal, ni de las siglas o demás símbolos.

Probablemente muchos ya no vean en las personas no heteronormativas una minoría, al menos en Bogotá, en especial cuando se reúnen en espacios distintos a Chapinero Central a compartir. No obstante, si siguen siendo otros “lejanos”, “distintos”, a quienes ven como “pervertidos”, “alejados de Dios”, “potencialmente peligrosos”, “enfermos”.

Sé que no es fácil abordar directamente a sujetos violentos, no solo aquí sino en otros contextos, más conociendo la cultura de violencia que siempre ha caracterizado al país. Aun así, el Estado no puede negarle a sus ciudadanos protección, debe seguir en la búsqueda de aliados. No basta con el movimiento social LGBT, es necesario incluir aliados que, sin necesidad de hacer parte de dicha comunidad, los vea como compañeros y compañeras en igualdad de virtudes, derechos, a quienes además de respetar, deben defender pronunciándose ante cualquier situación de exclusión.

Lo que facilita la violencia es el poder detentado por los y las agresoras. A medida que la minoría pasa a ser la mayoría, la cohesión social aumenta en fuerza y cantidad de sujetos, lo “raro” pasa a ser una nueva normalidad donde todas las expresiones son válidas siempre y cuando no pongan en riesgo los derechos de sus pares. Esto le quita fuerza, por lo menos a quienes lanzan insultos y agreden físicamente (sin llegar a la violencia extrema). Lamentablemente, este es un escenario todavía utópico. Llevamos cientos de años aprendiendo una cultura de violencia fuertemente arraigada, evidente en nuestras formas de entretenimiento, discursos cotidianos, potencialmente dirigida a cualquiera, sin distinciones de etnia, género, edad, ocupación, así que esperar un cambio cultural radical con mecanismos tan sencillos no es lo apropiado, más no por eso deben seguirse omitiendo al resto de sujetos del debate, y mucho menos de las intervenciones públicas.

En contextos de vínculos estrechos como los barrios, la información se difunde rápidamente. En algunas zonas de Tunjuelito, incluir a vecinos reacios a aceptar la diversidad, podría mejorar las relaciones interpersonales cotidianas de algunos de sus habitantes.

En zonas más peligrosas de ambas localidades deben plantearse estrategias distintas, cuyo punto de partida sea el trabajo con agentes de policía. Sabemos que es una institución con poca legitimidad social, caracterizada por abusos de poder, excesos en uso de la fuerza y recientemente denunciada por múltiples muertes de ciudadanos en medio de “procedimientos policiales”. No basta con crear divisiones que trabajen este tema de forma exclusiva, ni colectivos cada vez más grandes. Se requiere la injerencia de todas las subdivisiones posibles, incluyendo estamentos Estatales y ciudadanos.

Hasta cierto punto, cada hecho cumplió con varias metas y mejoró la calidad de vida de algunos y algunas. En este punto, ya no basta con dos semanas de eventos en los mismos puntos como lo hace el Festival por la Igualdad, ni dos o tres eventos locales al año hechos por y para personas LGBT. Es hora de instalar una mesa más amplia que integre a otros actores sociales, buscando acuerdos y posibles técnicas para una aplicación más efectiva de la Política Pública LGBTI de Bogotá, acompañadas de aportes más significativos de las y los líderes sociales. Los entornos humanos están en continua transformación y por ende las personas y las sociedades deben estar en incesante acomodo. Las políticas públicas “no son ajenas a la dinámica de evolución social, por el contrario, son una de sus mayores expresiones. Tanto la continuidad como el cambio son inherentes a la concepción de política pública. Las políticas son profundamente dinámicas, al igual que lo son los problemas sociales. Por lo que pensar opciones de política inalterables no es lo mejor para un hacedor de políticas” (Torres & Santander, 2013:61).

Es urgente socializar la Política Pública en el resto de la ciudad. En Chapinero Central suele haber mayor presencia de funcionarios distritales, eventos y la variedad de colectivos ha facilitado su difusión, mas no se han hecho esfuerzos suficientes para darla a conocer a ciudadanos con acceso reducido a la información, como lo son habitantes del área rural y de localidades del sur, debido a la falta de internet, o de redes de afecto inmersas en el tema, que les hagan saber la existencia y contenidos de la Política.

Sin duda el Estado requiere de varias oficinas delegadas para sus distintos asuntos, mas no debe sostener una división radical entre ellas, sino un trabajo conjunto de acuerdo a las capacidades e información con que cuenta cada una. Por ejemplo en temas LGBT hay un enorme vacío estadístico, no solo en materia de seguridad, sino que son identidades invisibilizadas en censos nacionales. Incluir a entidades públicas como el DANE en esto, realizar estudios que incluyan

las identidades de género es de la ciudadanía, especialmente en el Censo Nacional podría dar un panorama más completo de diversidad sexual en el país, facilitando la creación posterior de nuevos programas con enfoque diferencial, actualizaciones en la Política Pública y planes de acción distintos.

Finalmente, a lo largo del distrito se han conformado varios colectivos distintos, conformados por personas LGBT que actúan de formas distintas de acuerdo a los intereses específicos de sus integrantes. Esa no debe ser razón para quebrar el movimiento completo mediante disputas y enemistades en su interior. A cada reunión de las Mesas (Distrital, del Sur, de Tunjuelito) y de otros colectivos o fundaciones pueden asistir delegados de cualquier otra agrupación o ciudadanos no adscritos a ninguno. En las pocas situaciones en que ocurre y confluyen los integrantes de al menos las tres mesas, surgen conflictos por intereses, mayor visibilización en una parte de la ciudad, manejo de redes sociales en internet. Surgen luchas de egos que solo debilitan el gran movimiento y tarde o temprano llevarán a retrocesos en sus logros. Es fundamental hacer ejercicios reflexivos dentro de agrupaciones sociales y dependencias estatales en pro de continuar, mediante caminos más efectivos, la resistencia a la violencia.

REFLEXIONES FINALES

Tras la recolección de datos elaboré cartografías sociales con ayuda y posterior revisión de algunos informantes clave para marcar cada espacio ligado a miedos o riesgos. Los espacios de miedo están señalados por colores de esta forma:

- **Zonas amarillas:** Son espacios potencialmente peligrosos donde transitar resulta incómodo en razón de miradas o gestos hostiles u otras formas de discriminación expresada mediante el lenguaje corporal.
- **Zonas naranja:** Son espacios de los que históricamente se tienen registros de violencias, son frecuentes insultos y no se puede transitar libremente el espacio, pero que no han sido el escenario de agresiones físicas graves. En este punto incluí el parque posterior de Lourdes, ya que tuvieron origen historias de violencia extrema -como la del joven trabajador sexual abusado por cuatro hombres-, aun cuando no se materializó el crimen allí. Inicialmente demarqué San Luis y Rincón de Venecia como zonas rojas, pero al ver que ni los activistas ni yo pudimos visitarlo, me recomendaron pasarlo a naranja por falta de verificación de los relatos.
- **Zonas rojas:** Son los lugares más temidos. El registro policial, la delincuencia común y las anécdotas conocidas por el grupo evidencian más posibilidades de ser víctimas de ataques físicos, violaciones o asesinatos. La cuadra de bares rock inicialmente fue ubicada entre las zonas naranja, hasta que la comunidad estuvo en desacuerdo en vista de no poder transitar por allí sin ser violentados. Si bien, los crímenes graves no son frecuentes, si es casi inminente la violencia verbal, la persecución e intimidación de los LGBT allí, particularmente a altas horas de la noche o a la madrugada.

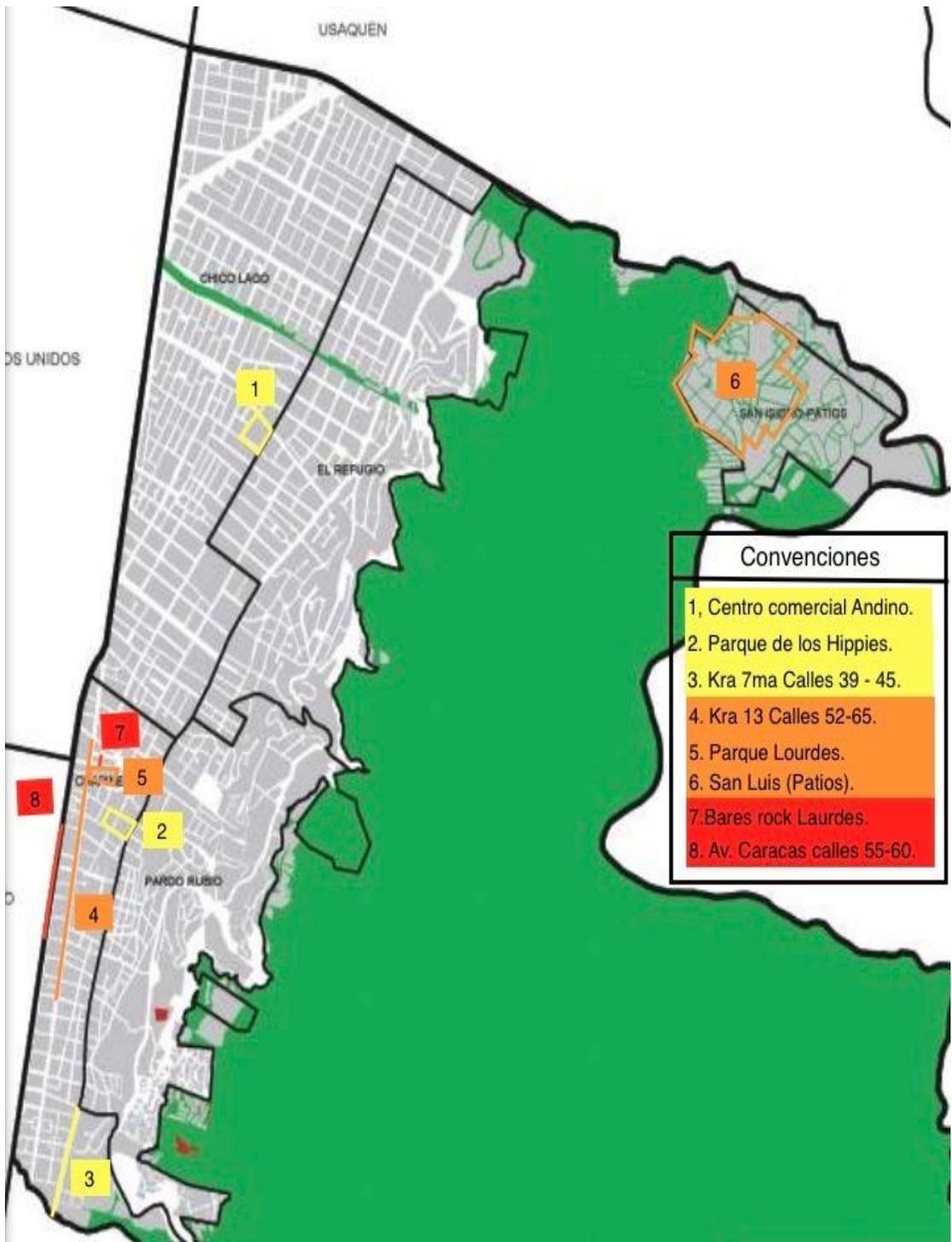


Imagen 10: Lugares de topofobias en Chapinero

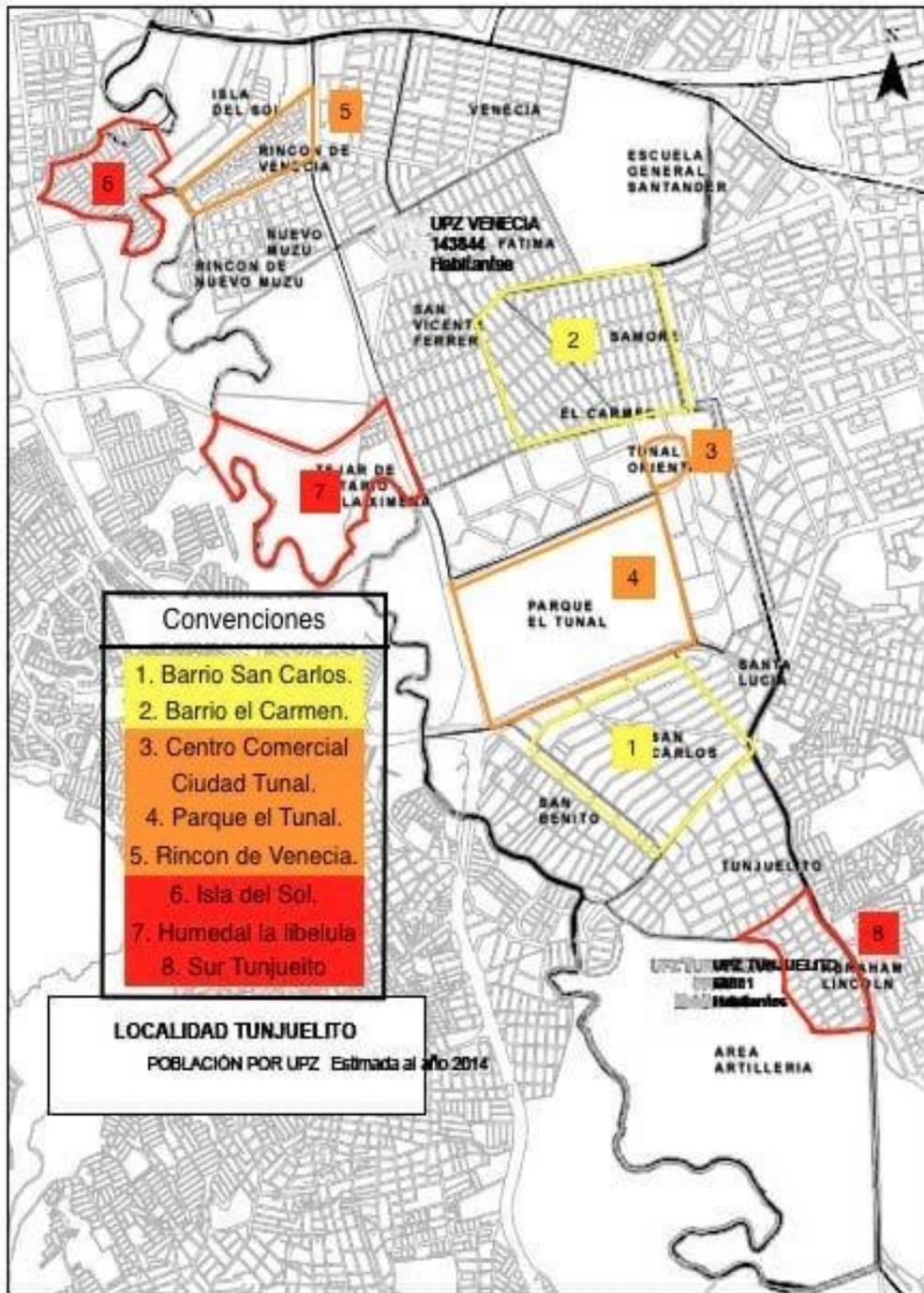


Imagen 11: Lugares de topofobias en Tunjuelito

En ambas cartografías evidenciamos seis puntos ligados a topofobias en cada localidad, son las “zonas inseguras, aquellas a las cuales se puede entrar, atravesar e identificar por rasgos distintivos que las diferencian de otras zonas” (Martel y Baires, 2004:15). Encontramos varias

características a resaltar. Mientras en Chapinero observamos más zonas amarillas y anaranjadas, en Tunjuelito los espacios de peligro alto (naranja y rojo) son mayoría. En extensión territorial de los espacios, es mucho mayor la proporción de espacios de miedo en Tunjuelito a pesar de ser una localidad de menor tamaño.

En Chapinero se han identificado calles con características, relatos e imaginarios específicos que las han convertido en espacios temidos, de los que intentan protegerse evitándolos a altas horas de la noche o dirigiéndose rápidamente a cuadras más seguras. A su vez Tunjuelito también tiene puntos muy específicos, como el Humedal, el Parque El Tunal y el Centro Comercial Ciudad Tunal, empero, los demás espacios marcados son barrios enteros cuyo arraigo cultural hace posibles las violencias en cualquier calle. Probablemente esto se debe a las formas de vinculación en esta localidad pequeña.

La antropóloga María Teresa Salcedo hizo una investigación sobre identidad y percepción en distintos espacios urbanos en Bogotá, incluyendo Tunjuelito. Coincidió sobre el carácter barrial y la cercanía vecinal, afirmando que allí “las calles se perciben por medio del hábito, caminándolas como parte de una apropiación táctil, saludándolas desde el reconocimiento de rostros y esquinas que evocan afectos, pero también alejándolas con base en temores y miedos a tránsitos espaciales por la trasgresión o por los efectos de la ausencia de obras públicas” (2003:61). El reconocimiento mutuo producto de las dinámicas de vinculación y ocupación en Tunjuelito hace más difíciles los intentos de pasar desapercibidos, a la vez que les permite a los sujetos diversos evocar sentimientos de temor, al reconocer a sus posibles agresores, los lugares que frecuentan, o rodearse de terrenos baldíos, construcciones inacabadas, espacios desolados. La localidad del sur no se caracteriza por tener mucha población flotante o en constante movimiento que puede, o no, arrojar comentarios despectivos.

Aquí quienes les rechazan rara vez transitaban el lugar por casualidad, todo lo contrario, lo habitan y las violencias también funcionan como advertencias hacia sujetos diversos, obligándolos a ocultarse, esconder sus identidades, preferencias, relaciones o evitar determinados barrios por completo. Así mismo, la baja visibilización de personas no heteronormadas en comparación con Chapinero, hace a los pocos visibles blancos más fáciles de castigos.

No podemos limitarnos a una visión tan general si tenemos otro aspecto trascendental, las características de espacios específicos. Ninguna de las localidades es completamente residencial, ni su infraestructura total es idéntica. Inclusive hay puntos más semejantes a puntos de la otra localidad que a otros barrios de la misma.

Partamos por El Tunal, el único barrio de Tunjuelito conformado por conjuntos de apartamentos, con torres de cinco a seis pisos. Sus habitantes pueden generar vínculos en zonas comunes de los conjuntos, o de fuera de ellos, en el Parque, el Centro Comercial, las tiendas del Carmen, su barrio vecino, pero la visibilidad de los transeúntes es menor que en barrios abiertos con casas de varios pisos ocupadas por una misma familia y personas frecuentemente departiendo en tiendas y panaderías, mientras observan a quienes pasan. A pesar de que en Chapinero son pocos los conjuntos residenciales, la mayoría de zonas habitacionales contienen mayormente torres de apartamentos. El punto de encuentro entre todos no es afuera, es dentro de los hogares. De ahí que en los relatos, los conjuntos o torres de apartamentos se conciben como espacios donde es posible recibir miradas o frases de rechazo, mas no es una constante y por ende, los espacios con este tipo de residencias no son objetos de topofobias.

Otro punto importante común en los relatos fue la limitación para ocupar el espacio de acuerdo a características físicas y económicas. En Chapinero, algunos transitaban con libertad las cuadras de “Distrito Diverso”, excepto si no eran potenciales clientes de los distintos locales, evitando movilizarse hacia áreas sin establecimientos nocturnos o con predominancia de sitios sin símbolos LGBT como los ubicados cerca a la Universidad Javeriana, desde la calle 45 hacia el sur. Mujeres trans de bajos recursos o trabajadoras sexuales suelen recibir más rechazo que parejas del mismo sexo o mujeres trans cuya vestimenta, maquillaje y fenotipos reflejaran ingresos económicos superiores y beneficiosos para el comercio, al punto de que quienes ejercen prostitución se relegan a zonas altamente peligrosas como la Avenida Caracas.

En Venecia, las y los sujetos LGBT también suelen limitar sus recorridos al área de bares, discotecas y moteles, a sabiendas del fuerte rechazo por parte de los habitantes que ocupan el resto del barrio. Se demarcan territorios con fronteras invisibles, establecidas tras discursos y experiencias. En ambos espacios los ciudadanos evitan que sujetos “prohibidos” socialicen en

lugares distintos a los destinados a la fiesta o el entretenimiento en general. Les alejan de zonas habitadas por niños, familias, adultos mayores, relegando incluso a sus propios vecinos mediante muestras de discriminación ya expuestas.

Cuando revisamos las zonas rojas de ambas localidades vemos gran diversidad, en Tunjuelito el Humedal es completamente vegetación, el sur del barrio Abraham Lincoln combina potreros y casas pequeñas, y la Isla del Sol combina casas, parques y callejones. A su vez, Chapinero tiene un tramo de la Avenida Caracas, con algunos apartamentos y locales cerrados en las noches, al menos en los primeros pisos de cada edificio. Entonces ¿Qué rasgos comunes podríamos encontrar? Primero la falta de iluminación. Estos espacios tienen poco o nulo alumbrado público, el cual no da abasto para su extensión, facilitando que quienes van a cometer un delito, se oculten en la oscuridad.

Todos son solitarios o u ocupados por sujetos generadores de miedo como posibles integrantes de pandillas y habitantes de calle. Las historias o visitas ligadas a estos espacios evidencian que es casi imposible ser auxiliado por alguien en caso de ser víctima, y con esto no solo me refiero a violencias por discriminación, sino a cualquier delito posible. No obstante, la gravedad varía de acuerdo a la posición de la víctima en la jerarquía social. Cualquier sujeto puede ser víctima de atraco, luego toda mujer cisgénero, transexual o parejas del mismo sexo allí pueden, además del delito, sufrir violencias sexuales, persecución, intimidación. Todos tienen una base o agravante de género, aunque las razones y los discursos que les acompañen son los que evidencian si el móvil incluyó una cuota de odio.

En tercer lugar, en todos hay fuerte deterioro urbano. Las construcciones a su alrededor están envejecidas, algunas fueron abandonadas, hay grafitis, gran cantidad de basuras y sus límites pueden dejar a las posibles víctimas encerradas, como el humedal que está totalmente rodeado de pasto, el sur de Abraham Lincoln limita con la Escuela de Artillería, que termina siendo un tramo baldío con mucha vegetación más, la Isla del Sol solo tiene una salida y cruzando la Avenida Caracas hay varios callejones o calles deshabitadas bastante largas.

El deterioro urbano, los símbolos a veces difíciles de entender como ciertos grafitis, la falta de alumbrado son factores que facilitan el delito, alimentan el miedo y agravan la agresividad

cuando este le ocurre a algún sujeto excluido, como personas LGBT. Sin embargo, hace falta incluir el último lugar “rojo” en estas reflexiones, la cuadra de bares rock. En esta tal vez no haya tan poca iluminación ni tantas basuras como los demás, pero sus alrededores si tienen esas características. Debemos recordar que se catalogó en las zonas rojas por el permanente acoso verbal, fácil en un callejón estrecho con un mismo tipo de establecimientos; los casos de grupos que efectúan violencias físicas tuvieron origen en esa cuadra, más no se efectuaron ahí, sino que los agresores trasladaron a las víctimas a espacios con las características anteriores para efectuar los actos. De un modo u otro, las características comunes entre espacios violentos se conectan.

El temor, de este modo, surge tanto de experiencias reales, como de la posibilidad latente de que ocurran. Así podemos categorizar dos “tipos de espacios del miedo: uno es el espacio en el cual verdaderamente ocurre una experiencia maléfica, lo cual suscita un sentimiento topofóbico hacia el lugar, dado a partir de la experiencia propia del individuo o de una imagen del miedo transmitida por los canales de comunicación. El otro es el espacio creado como resultado del miedo, un espacio que debe garantizar la seguridad, cuyas características evidencian la existencia de una sociedad atemorizada en la cual todo lo externo se torna sospechoso” (Mape y Avendaño, 2017:55).

La predominancia de violencias verbales en esta cuadra sin ningún reparo ocurre por dinámicas similares a las de los barrios de Tunjuelito; los agresores sienten respaldo del resto de sujetos de su entorno, quienes aunque no ejercen agresiones, tampoco los increpan, ya que el tema no es de su interés, o la heteronorma se ha interiorizado e implícitamente están de acuerdo con reprender al otro “trasgresor”. Con base en ello podríamos preguntarnos ¿por qué no se consideran zonas rojas todos los barrios de Tunjuelito? o ¿por qué no catalogar esa cuadra en las zonas anaranjadas?. La explicación está en la importancia de la cultura. Los espacios no tienen significados por si solos, lo adquieren gracias a la sociedad que los habita y a la vez, influye en sus acciones cotidianas. En Chapinero las violencias pueden llegar a consecuencias fatales, siempre y cuando se llegue a espacios privados o propicios para ello. Empero, la intervención de las asociaciones LGBT, cada vez más respaldadas por el Estado, los eventos constantes, las redes de afecto la han catalogado como una localidad apropiada para la comunidad no heteronormativa.

Uno o más sujetos no suelen arrojar comentarios discriminatorios en espacios concurridos, sino en sectores u horarios de poca afluencia de transeúntes ya que identifican los símbolos pintados a lo largo de la localidad, han sido testigos de la presencia de funcionarios públicos en cada evento, tienen conciencia de las consecuencias sociales y/o penales que pueden afrontar por ejercer discriminación. En Chapinero la comunidad LGBT no es una mayoría permanente, pero sí han logrado un nivel de visibilización importante que reduce el riesgo de agresiones directas en la zona Distrito Diverso. Sumado a esto, algunos integrantes de la comunidad viven allí, contribuyen al pago de seguridad privada en calles y edificios. Los ingresos económicos altos no solo les facilitan el acceso y cuidado en establecimientos gay friendly, además les facilita el cuidado en sus barrios del casco urbano, tanto en los edificios de Chapinero Central como de barrios ubicados al norte de la ciudad. De ahí que los casos de violencia más graves de la localidad sean en callejones sin vigilancia, basureros, terrenos baldíos o dentro de los apartamentos, tras confiar en los agresores y permitirles la entrada.

En Tunjuelito los esfuerzos todavía no les permiten ser reconocidos como sujetos de derechos por el resto de la comunidad. Siguen siendo objetos de burlas, rechazos, y ante insultos, directos o a distancia, prácticamente nadie interviene reprochando al agresor o agresora. A todo lo anterior se suma el control territorial que ejercen pandillas o grupos armados. Este punto prefiero dejarlo abierto por mi seguridad y la de cada informante que me permitió incluir su nombre en el presente trabajo. De todas formas, anhelo que a futuro alguien cuente con las condiciones de protección y compañía necesarias para ahondar en el tema.

Recordemos que, a pesar de que el movimiento LGBT aparentemente comparte un objetivo general, cada sigla representa una identidad distinta, con dinámicas, problemáticas cotidianas y expresiones múltiples, integrada por personas interseccionales, es decir, quienes no solo se rigen por identidades de género u orientaciones sexuales diversas, sino por su etnia, edad, economía, nivel de ingresos, ubicación social.

Esta es una problemática amplia, los posibles puntos comunes son resultado de la investigación con dos muestras de la ciudad. Siguen existiendo otros espacios, activistas, integrantes de la comunidad con quienes pueden enriquecerse las reflexiones en torno a las violencias vividas por personas no heteronormadas. Inclusive espacios locales con dinámicas rurales como San Luis

siguen sin ser abordados. Espero que investigaciones futuras puedan abordarlos empleando herramientas metodológicas distintas.

A modo de cierre, quiero recalcar la importancia de acercarnos a las comunidades desde las emociones y los vínculos de amistad. Usualmente los debates frente a la objetividad científica, el papel del investigador, la “distancia antropológica”, suelen imponer barreras en las formas de relacionarnos. Cuando trabajamos temas delicados como la violencia, en un contexto colombiano donde nuestra historia ha sido marcada por ella, la mayoría de sujetos se encuentran agotados. No desean dar entrevistas vacías, efímeras, no sienten la confianza para abrir sus experiencias, menos después de años de luchas que en ocasiones no parecen rendir frutos, denuncias que terminan en su re-victimización por parte de algunos, reproches y burlas por parte de otros. En ocasiones la arrogancia académica nos hace olvidar una característica fundamental de los investigadores sociales: la empatía.

No basta con agradecerle a los sujetos, debemos acercarnos a ellos, escucharlos profundamente, acompañar sus recorridos, sueños, activismo (en quienes lo hagan). Al principio yo construí una fuerte barrera con mis colaboradores de investigación, que se fue derrumbando en el compartir cotidiano. De entrada recibí información de gran valor, pero tras cada evento, cada recorrido, cada cita y cada espacio para compartir fueron develando historias más personales, miedos, anécdotas, hasta llegar al punto de permitirme hacer grabaciones, transcripciones literales de nuestras conversaciones y en especial, de dejarme algunos vínculos que participaron en la revisión de este documento de principio a fin. No espero que se haga a un lado la academia, pero sí que la construyamos desde los múltiples saberes. Dejar de describir al otro, para empezar a ser y construir con el otro preserva la virtud más importante de nuestra disciplina: la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA:

- Aguirre, A. (2010) *Escenarios de violencia urbana. Usos y percepciones del espacio público relacionado con la vivienda en Ciudad Juárez, Chihuahua* (tesis de maestría). Colegio de La Frontera, Tijuana.
- Alcaldía Local de Tunjuelito (2017) *Línea técnica. Política Pública LGBTI*. Bogotá, Colombia. Recuperado de http://www.sdp.gov.co/sites/default/files/lineamiento_tecnico_de_la_politica_publica_lgbti_-_tunjuelito.pdf
- Barrientos, A; Benavides, M. & Serrano, M. (2015) El espacio público urbano: Un fenómeno territorial. *Revista Textos Antropológicos*. 15(1), 97-116.
- Beceyro, R. (2003) *Ensayos Sobre Fotografía*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Bourgois, P. (2002) *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*. (J. González, trad.) Ciudad de México. Siglo veintiuno Editores. (Obra original publicada en 1995)
- Bourgois, P. (2001) The power of violence in war and peace: post-cold war lessons from El Salvador. *Ethnography*, 2(1). 5-34.
- Butler, Judith. (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate Feminista*. 18, 296-314.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. (A. Bitxio, trad.) Buenos Aires. Editorial Paidós (Obra original publicada en 1993).
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género* (P. Soley, trad.). Barcelona. Editorial Paidós (Obra original publicada en 2004)
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. (A. Muñoz, trad.) Barcelona. Editorial Paidós (Obra original publicada en 1990)
- Castells, M. (2001) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad volumen 2*. (C. Martínez, trad.) México. Siglo Veintiuno Editores (Obra original publicada en 1999).

- Castells, M. (2009) *Comunicación y Poder* (M. Hernández, trad.) Madrid. Alianza Editorial. (Obra original publicada en 2009).
- Castells, M. (2012) *Redes de indignación y esperanza* (M. Hernández, trad.) Madrid, Alianza Editorial. (Obra original publicada en 2012)
- Castillo, E. (2018). *No somos etcétera: Veinte años de historia del movimiento LGBT en Colombia*. Bogotá. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Colombia Diversa (2005) *Derechos humanos de lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en Colombia* 2005. Recuperado de <http://colombiadiversa.org/colombiadiversa/documentos/informes-dh/colombia-diversa-informe-dh-2005.pdf>
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos y Organización de los Estados Americanos (2015) *Violencia contra Personas Lesbianas, Gay, Bisexuales, Trans e Intersex en América*. Recuperado de <http://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/violenciapersonaslgbti.pdf>
- Concha-Eastman, A. (2000) Violencia Urbana en América Latina y el Caribe: dimensiones, explicaciones, acciones. En Rotker S. (Ed.), *Ciudadanías del Miedo* (pp. 39-55). Venezuela. Editorial Nueva Sociedad.
- Cotrina, Y. (2017) Diversidad sexual en la historia jurídica colombiana. *Pensamiento Jurídico* 47. 149-165.
- Delfín, E. (2014). *Miradas gay a chapinero. El espacio de homosocialización homosexual en la configuración de masculinidades en jóvenes homosexuales de Bogotá* (Tesis de pregrado). Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Delgado, M. (1999) *El animal público. Hacia una antropología de los espacios públicos*. Editorial Anagrama. Barcelona
- Feixa, C., y Ferrándiz, F. (2004) Una mirada antropológica sobre las violencias. *Revista Alteridades*. 14(27). 159-174.
- Giddens, A. (2000) *Sociología* (M. Requena, trad.) Madrid, Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1998)
- Giglia, A. (2012) *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Ciudad de México. Editorial Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

- González, M.; Delucca, N. E. (2011) *El concepto de violencia: Investigación sobre violencia vincular* [En línea]. 3er Congreso Internacional de Investigación, 15 al 17 de noviembre de 2011, La Plata. Disponible en Memoria Académica:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1541/ev.1541.pdf
- Gros, A. (2016). Judith Butler y Beatriz Preciado: una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer. *Civilizar* 16(30): 245-260.
- Guber, R. (2004). *El Salvaje Metropolitano: Reconstrucción del Conocimiento Social En El Trabajo de Campo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós
- Gutiérrez, B. (2003). Proyecto Planeta Paz-Colombia. Bogotá. *La Iniciativa de comunicación. Comunicación y medios para el desarrollo de América Latina y el Caribe*. Recuperado de <http://www.comminit.com/la/node/34115>
- Hernández, Y. (2006). Acerca del género como categoría analítica. *Revista crítica de ciencias sociales Nómadas* 13(1). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18153296009>
- Lefebvre, H. (1972) *La revolución urbana*. Madrid. Alianza Editorial.
- Lindón, A., Hiernaux, D. (2006). *Tratado de geografía humana*. Ciudad de México. Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.
- Luhmann, N. (2006). *La sociedad de la sociedad*. Ciudad de México, Editorial Herder.
- Mairal, G. (2000) Una exploración etnográfica del espacio urbano. *Revista de Antropología Social* 9. 177-191.
- Mape, F. & Avendaño, J. (2017)). Topofobias e imaginarios del miedo sobre el espacio urbano de la localidad de Fontibón. *Perspectiva Geográfica* 22(1). 49-68
- Marcus, G. (2001) Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Revista Alteridades*. 11, 111-127
- Martel, R., & Baires, S. (2004) Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: Construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional Imaginarios, Lugares y Metrópolis. Coloquio llevado a cabo en México D.F.
- Navarro, C. (2016). *Cuerpo, discurso, contexto. La performatividad del cuerpo político en Judith Butler*. Madrid. Universidad Carlos III de Madrid, Instituto de Estudios de Género.

- Páramo, P. (2007). El significado de los lugares públicos para la gente de Bogotá. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Páramo, P. & Burbano, A. (2014) Los usos y la apropiación del espacio público para el fortalecimiento de la democracia. *Revista de Arquitectura*. 16, 6-15.
- Paugam, S. (2007) *Las formas elementales de la pobreza*. (M. Hernández, trad.) Madrid, Alianza Editorial.
- Reguillo, R (2008) Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Revista Alteridades* 18(36), 63-74
- Roth, A. (2009) *Políticas públicas. Formulación, implementación y evaluación*. Bogotá, Ediciones Aurora.
- Rubin, G. (1989) Reflexionando sobre el sexo: Notas para una teoría radical de la sexualidad”. En Carole Vance (comp.). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid. Revolución.
- Salas-Menotti, I. (2008) Significado psicológico de la violencia y la agresión en una muestra urbana colombiana. *Revista Diversitas-Perspectivas en Psicología*. 4(2). 331-343.
- Salcedo, M. (2003) Fisonomías de lo público y lo privado en Bogotá: identidad y percepción en espacios urbanos. *Revista Colombiana de Antropología* 39. 41-70.
- Santos, X. (2002) Espacios disidentes en los procesos de ordenación territorial. *Anales de geografía* 40. 69-104
- Scheper-Hughes, N. (1993) *Death without weeping. The violence of everyday life in Brazil*. Los Ángeles. University of California Press. (Obra original publicada en 1989)
- Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte (2017) *Localidad de Chapinero*. Bogotá, Colombia. Recuperado de <http://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/es/localidades/chapinero>
- Secretaría Distrital de Planeación (2008) *Por una ciudad de derechos. Lineamientos generales de la Política Pública para la garantía plena de los derechos de las personas lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas – lgbt – y sobre identidades de género y orientaciones sexuales*

en el Distrito Capital. Bogotá, Colombia. Recuperado de http://www.sdp.gov.co/sites/default/files/lineamientos_ppgdglt_2008.pdf

Secretaría Distrital de Planeación (2011) *Bogotá: Ciudad de estadísticas, Boletín No. 25. Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en cifras*. Bogotá, Colombia. Recuperado de <http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/InformacionTomaDecisiones/Estadisticas/Bogot%E1%20Ciudad%20de%20Estad%EDsticas/2011/DICE108-CartillaEstadisticasLGBT-2011.pdf>

Secretaría Distrital de Planeación (2014) *Bogotá: Ciudad de estadísticas, Boletín No. 88. Índice de seguridad humana para las localidades de Bogotá*. Bogotá, Colombia. Recuperado de <http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/InformacionTomaDecisiones/Estadisticas/Bogot%E1%20Ciudad%20de%20Estad%EDsticas/2017/88-ActualizacionIndiceSeguridadHumanaLocalidadesBog.pdf>

Secretaría Distrital para la Integración Social. Subdirección de asuntos LGBT (2015) *Ejercicio de derechos de personas de los sectores sociales LGBTI en el Distrito Capital. Lectura de realidades*. Bogotá, Colombia. Recuperado de http://old.integracionsocial.gov.co/anexos/documentos/2015_centro_documentacion/10152015_LLECTURAS_DE_REALIDADES.pdf

Soto, C. (2016) Género y clase, una imbricación ineludible. En *Desigualdad y clases sociales, estudios sobre la estructura social paraguaya*. (Ed. Luis Ortiz). Asunción. CLACSO.

Toro, J. y Ochoa, M. (2017). Violencia de género y ciudad: cartografías feministas del temor y el miedo. *Sociedad y economía* 32. 65-84.

Torres, J., Santander, J. (2013) *Introducción a las políticas públicas. Conceptos y herramientas desde la relación entre Estado y ciudadanía*. Bogotá D.C., IEMP Ediciones.

Zúñiga, M. (2014) Las mujeres en los espacios públicos: entre la violencia y la búsqueda de libertad. *Revista Región y Sociedad* 4. 77-100.